

ANUARIO DE LA AMERICA



1893

SANCHEZ

EDITOR

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

PQ7297
.P48
L5

1952-50
1952-50



1020100206

13726

AD
SIX

JUAN DE DIOS PEZA.

A L I R A

DE LA PATRIA

PROPIEDAD DEL EDITOR

1893

LIBRERIA NACIONAL Y EXTRANJERA,
DE EUSEBIO SANCHEZ, EDITOR
San José el Real N. 18. México.

PQ 7297

.P48

L5



Esta obra es propiedad del Editor y nadie podrá reimprimirla sin su consentimiento. Quedan asegurados los derechos de propiedad conforme á la ley.

Pertenece al Lic. Guadalupe Cavazos.

Monterrey, Agosto 18/894.

Monterrey, Agosto 20 de 1894.

Me anda este libro en su día monástico, al Sr. Gral. Bernardo Reyes, su afino amigo y servidor.

Guadalupe Cavazos

AL LECTOR.

15372

AL triunfar la causa republicana en 1867, puede decirse, que despertó en todo el país el espíritu aletargado por muchos años, de escribir y publicar todo cuanto se relaciona con las bellas letras en México.

Por esto, está en nuestro concepto bien definida, con el nombre de "Renacimiento Literario" la época á que nos referimos.

Poco se cultivó la bella literatura durante el Imperio. En 12 de Octubre de 1865, Maximiliano dirigió á su Ministro de Gobernación una carta indicándole su deseo de crear un teatro nacional, bajo la dirección del poeta español José Zorrilla. Todos saben que ese proyecto se inició en la práctica, representando el "Don Juan Tenorio" en la antigua capilla de Palacio, convertida en teatro. Pero ni el director, ni la obra, ni el autor del proyecto eran mexicanos. La dramática, como la lírica, estaban entumecidas y avergonzadas por aquellos días, y puede asegurarse que de la primera sólo llamaron la atención, dos obras que atacaban directamente á la sociedad y al Gobierno. Una de ellas fué la comedia de José T. Cuellar titulada: "Un Ranchero de Irapuato," que puso de relieve las ridículas palabras y costumbres de los afrancesados; y la otra, una pieza compuesta por dos inteligentes alumnos de la Escuela de San Ildefonso, Don

Víctor Banuet y Don Martín Fernández de Jáuregui, denominada "El Sorteo," criticando el Decreto de enganches militares expedido recientemente y burlándose de las prácticas aristocráticas de la efímera Corte.

Fuera de estas creaciones nacionales, que naturalmente se prohibieron en cuanto fueron conocidas, nada nuevo se ofreció al público por aquellos días.

En la lírica, sí se encuentran algunas producciones de mérito puramente gramatical, puesto que eran de correctos y atildados versificadores, que ni volaron nunca por los cielos de la inspiración, ni han dejado luminosa huella en los espacios de la Fama.

Debemos confesarlo con franqueza; los verdaderos poetas, habían hecho lo que los antiguos cantores de Israel junto á los ríos de Babilonia, colgado sus arpas en los sauces, mientras pasaba la tormenta de dolores que les agobiaban.

Parece que con la victoria de las armas nacionales, la inspiración surgió con bríos nuevos, llena de lozanía y de frescura, como las hojas que visten en Europa á esos árboles que han pasado largos meses envueltos en sudarios de nieve.

A los pocos días de instalado el Gobierno Republicano, un inolvidable caballero, gala de la patria por sus ideas puras y sanas, orgullo del Foro por su sabiduría y ornamento de la sociedad por sus finas maneras, convocó en su casa para una reunión á todos los escritores y poetas que estaban en la Capital, para que solemnizaran la paz y el progreso, empuñando en vez del fusil y la espada, la lira y la pluma. Nos referimos al Sr. Lic. D. Rafael Martínez de la Torre.

En torno suyo, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Ignacio M. Altamirano, Vicente Riva Palacio, Luis G. Ortíz, Manuel Peredo, Alfredo Chavero, Julián Montiel, Joaquín Téllez, Juan P. de los Ríos, Joaquín Villalobos, Justo Sierra, Enrique Olivarría, José T. de Cuellar, Rafael González Paez, Juan A. Mateos, Lorenzo Elizaga, Juan Clemente Zenea y otros varios, hicieron oír de nuevo sus inspirados cantos y sostuvieron el movimiento literario de México.

Las *Revistas* del Sr. D. José María Iglesias, conteniendo los hechos más notables de la peregrinación de Paso del Norte y del

dominio extranjero; los libros de D. Matías Romero, historiado todos los asuntos de nuestro Gobierno y el de los Estados Unidos; las *Reseñas sobre el Ejército del Norte durante la Intervención Extranjera*, escrita por D. Juan de Dios Arias; los *Ensayos Políticos*, del Sr. Elizaga; la *Reseña sobre la Campaña de Puebla*, por D. Pantaleón Tovar; los *Apuntes ó Memorias sobre la Intervención Extranjera*, que escribió, sin lograr concluir, el Gral. Juan N. Mirafuentes; las obras de D. Manuel Payno intituladas *Cuentas, Gastos, Acreedores, y Otros asuntos del tiempo de la Intervención Francesa y del Imperio, y Lecciones de Economía Política*; las *Memorias* sobre la revolución é independencia de México, por D. Anastasio Zerecero; el *Ensayo de un Estudio Comparativo entre México y los Estados Unidos*, por D. José Díaz Covarrubias; los *Apuntes sobre un Sistema Militar para la República*, por D. Manuel Balbontín; los *Nuevos Métodos Astronómicos para determinar la hora, el azimut, la latitud y la longitud geográfica, con entera independencia de medidas angulares absolutas*, y el *Tratado de Topografía*, de D. Francisco Díaz Covarrubias; el *Compendio de Gramática de la Lengua Española, según se habla en México*, y el *Catecismo de Moral*, de D. Nicolás Pizarro; las *Lecciones de Geografía, Estadística Mercantil é Historia del Comercio*, de D. José María Baranda; la *Geografía Universal y Particular de México*, de D. Antonio García Cubas, y los *Estudios sobre la Educación*, de D. Ignacio Ramírez, así como otras muchas obras que no citamos para no pecar de difusos, demuestran evidencialmente el incremento que las ciencias y las artes adquirieron desde luego, á la sombra del pabellón republicano.

Respecto de Literatura, mucho tendríamos que decir; pero bástenos recordar que en aquellos días se publicaban obras de grande oportunidad; porque como dice el Sr. Altamirano: "el pueblo deseaba saber lo que había pasado en todos los ámbitos de la República; quería conocer personalmente á sus defensores y á sus enemigos, sus glorias y sus infortunios;" obedeciendo á esta necesidad, escribió Juan A. Mateos sus novelas "El Sol de Mayo" y "El Cerro de las Campanas;" y el inspirado Vicente Riva Palacio, publicó sus novelas "Calvario y Tabor," "Monja y Casada, Virgen y Mártir," "Martín Garatuza," "Los

Piratas del Golfo," "Don Guillén de Lampart," "Las dos Emparedadas" y "La Vuelta de los Muertos;" Altamirano escribió y publicó deliciosas revistas de arte y letras; sus novelas "Clemencia" y "La Dama de Honor," sus "Rimas," verdaderos modelos de poesía americana, y fundó para gloria de México un elegante semanario intitulado: "El Renacimiento," con la constante colaboración de todos los escritores más notables; José María Ramírez, "El viejo," publicó sus originales novelas "Una Rosa y un Harapo" y "Los Pícaros;" D. Anselmo de la Portilla escribió su novela "Virginia;" Aniceto Ortega escribió "La Bruja de Beruley;" Enrique Olavarría, "El Tálamo y la Horca" y "Lágrimas y Sonrisas;" José Rivera y Río publicó sus "Flores del Destierro" (poesías), y sus novelas "El Hambre y el Oro" y "Los Dramas de Nueva-York;" y D. Pedro Santacilia, dió á la estampa sus bellísimos é interesantes "Apólogos."

Bajo esta influencia, en medio de este movimiento inusitado y asombroso, las Escuelas Nacionales, hospedaban en sus cátedras, á jóvenes bisoños todavía, que amaban las letras, cultivando en silencio el divino arte de la poesía. Entre estos jóvenes, figuraban como inspirados y precoces, Manuel Acuña, Juan de Dios Peza, Agustín F. Cuenca, Rafael Rebollar, Gustavo Baz, Francisco Cosmes, Agustín García Figueroa, José Manuel Gutiérrez Zamora, Juan B. Garza, Manuel de Olaguíbel, José Olmedo y Lama, Francisco de P. Ortíz, Miguel Portillo, Javier Santa María, Agapito Silva, Eduardo E. Zárate, Ramón Rodríguez Rivera y Rodolfo Talavera.

Todos estos jóvenes han brillado más ó menos en nuestro Parnaso, y deber nuestro es confesar que han sido alentados por Ramírez, Prieto, Riva Palacio, y sobre todo, por Ignacio Manuel Altamirano, que los ha visto y considerado como á hijos predilectos de su corazón entusiasta.

Fijados así los orígenes de la generación nueva, creada por el triunfo de la República, nos ocuparemos suscintamente para no fatigar á los lectores, de la índole del libro "LA LIRA DE LA PATRIA" del que es autor Juan de Dios Peza, muy conocido por sus muchas y bellísimas producciones, no sólo en nuestra Patria, sino en todos los dominios de la lengua castellana y en extraños paí-

ses, como lo acredita la traducción hecha al ruso, al italiano, al inglés, al portugués y al francés, de algunos de los "Cantos del Hogar."

No nos ocuparemos de la biografía del poeta; nos toca solamente hablar de la utilidad y significación del libro que encabezamos con estas líneas.

Para nadie es un misterio que la propaganda de fríos sistemas filosóficos; el desconocimiento de muchos héroes y de muchos hechos, amortiguan el amor patrio y el culto por el pasado en los corazones nuevos, y este libro tiende en todas sus páginas á robustecer ese culto, á conmemorar sucesos de altísima importancia histórica; á no consentir que se pierdan los nombres de los mártires; á infiltrar una devoción por todo lo que ha sido grande y hermoso en los anales patrios, y á demostrar por último, que el poeta moderno ya no pulsa el laúd que resonaba junto á los castillos de la Edad Media, ni el mandolín que sólo saludaba el crecimiento de una rosa ó el vuelo de una alondra, sino que busca en los hechos y asuntos que le rodean, un motivo real y verdadero para sus inspiraciones. De esta suerte, los versos á la vez que cautivan, enseñan y aprovechan, y no hay mejor manera de fijar en el ánimo el amor á lo bueno y á lo noble, que la de presentarla en la más hermosa y más sencilla de las formas.

El mexicano que ausente de su patria, ó recorriendo en ella la vasta extensión de su territorio, lea "LA LIRA DE LA PATRIA," se conmoverá indudablemente, sintiendo en lo más íntimo de su pecho, el orgullo natural y santo de haber nacido en región tan privilegiada y tan heroica.

No puede acusarse al autor de romántico, por más que nosotros creamos, que mientras haya en el mundo amor que lleve hasta el sacrificio, dolores que rediman, esperanzas que consuelen y privaciones que fortalezcan, poniendo de relieve la honradez, la fe y la lealtad, habrá romanticismo y bardos que lo cultiven para provecho de las sociedades.

Después de leído este libro, no se le llamará á Juan de Dios Peza, "cantor del hogar" solamente, sino "del hogar y de la patria," pues no es poco, ni inservible, lo que su nativa tierra le ha inspirado.

No es nuestra época, una de las más propicias para el culto de la poesía. Dé la sociedad en general pudiera decirse lo que el galano y erudito escritor chileno Don Efraim Vázquez Guarda, en su reciente é interesante libro, "Tajos y Reveses" ("Crítica y Sátira") dice del medio en que vivimos.

"Vivimos en un centro en que es mengua ante los ojos de muchos cultivar la literatura. Se prefieren los asuntos económicos ó los sociales, con exclusión de todos los demás. Saber gramática y escribir como Dios y el buen gusto lo mandan, es cosa á la cual muchos no le hallan objeto. En efecto, ¿se necesita acaso de ella para *endosar un vale*, ó para saber lo que Darwin, Littré y tantos más piensan acerca del origen de las cosas, y del hombre en primer término?"

Por fortuna, en México se aman las letras, y todavía hay muchos que buscan gratisimo soláz en los libros. Juan de Dios Peza, que escribió en unión del erudito é inspirado Vicente Riva Palacio "Leyendas y tradiciones mexicanas," busca ahora en los episodios contra el invasor extranjero, en la conmemoración de los héroes y en alabar nuestras glorias, nuevo cauce á su inspiración fecunda.

Esto es el mejor testimonio de que en el brumoso *medio ambiente* en que nos agitamos, con las convulsiones económicas y sociales, hay sin embargo quien tañe el sonoro laúd de áureas cuerdas, cuyas dulces notas son tan gratas y consoladoras, como los ecos de la canción que en la infancia nos arrullaba y nos conmovía.

Sirva esta interesante obra de estímulo á los que se propongan continuar la tarea iniciada por el popular Guillermo Prieto con su valioso "Romancero nacional," seguido por Peza con sus "Romances de la guerra extranjera" y terminada en el porvenir por tantos hijos predilectos de las musas, que sienten correr en sus venas el fuego sagrado de la inspiración y del amor patrio.

Ya un modesto y levantado poeta épico, Don Eduardo del Valle, ha cantado al inmortal "Cuauhtemoc," mereciendo su poema hermoso los honores de la traducción al francés, según se lo anunciara el poeta parisiense Raoul de Reyrols; ya el dramático Peón Contreras, justamente laureado, escribió un "Romancero

de glorias y tradiciones aztecas;" ya Chavero llevó á la escena á Xóchitl, y un ilustre joven uruguayo, el Dr. Pedro Mascaró y Sosa presentó como tesis en la Universidad Central de Madrid, un estudio sobre la poesía méxico-gentílica. Son innumerables las leyendas, romances y novelas que de asuntos nacionales tratan y parece que gusta y se acepta este nuevo género que ha de constituir una literatura propia.

¡No hay que desmayar en tarea tan noble, poetas del Anáhuac! Cada libro de autor mexicano que aparece, es un nuevo contingente para la reputación y la gloria en que hemos nacido, y como dice el sabio Ignacio Ramírez.

"Lo importante para el literato es el ejercicio; luchando se forman los generales; pintando se revelan los artistas y fulminando los rayos de la elocuencia y confundiendo quejidos con la lira, tal vez conseguiremos ser oradores ó poetas; por lo menos, no nos avergonzará nuestra ignorancia."

Hagámos libros de lo nuestro y para lo nuestro, y seremos sin duda más comprendidos y más estimados en el mundo.

¡Ojalá que este libro produzca moralmente los fecundos resultados á que lo destinan sus páginas, y que á la vez despierte en derredor del poeta otro aplauso, que sea un nuevo lenitivo á sus dolores humanos!

Tlalnepantla, Febrero de 1893.

ALBERTO FRANCO.

COLON E ISABEL.

A EVARISTO FOMBONA.

Cantar á ese gigante soberano
Que al soplo de su espíritu fecundo
Hizo triunfar el pensamiento humano
Arrebatando al mar un nuevo mundo;
Cantar al que fué sabio entre los sabios,
Cantar al débil que humilló á los grandes,
Nunca osarán mi lira ni mis labios.
Forman su eterno pedestal los Andes,
El Popocatepétl su fe retrata,
Las pampas son sus lechos de coronas,
Su majestad refleja el Amazonas,
Y un himno á su poder tributa el Plata.

No es la voz débil que al vibrar espira,
La digna de su nombre ¿puede tanto
La palabra fugaz...? ¿Quién no lo admira?
La mar, la inmensa mar, esa es su lira,
Su Homero el sol, la tempestad su canto.

Cuando cual buzo audaz, mi pensamiento
 Penetra del pasado en las edades,
 Y mira bajo el ancho firmamento
 De América las vastas soledades:
 El inca dando al sol culto ferviente,
 El araucano indómito y bravío,
 El azteca tenaz que afirma el trono,
 Adunando al saber el poderío:
 ¡A cuántas reflexiones me abandono!...
 Todas esas sabanas calentadas
 Por la luz tropical, llenas de flores,
 Con sus bosques incultos, y sus selvas
 Llenas de majestad; con sus paisajes
 Cerrados por azules horizontes,
 Sus montes de granito,
 Sus volcanes de nieve coronados,
 Semejando diamantes engarzados
 En el esmalte azul del infinito;

Las llanuras soberbias é imponentes,
 Que puebla todavía
 En la noche sombría
 El eco atronador de los torrentes;
 Los hondos ventisqueros,
 Las cordilleras siempre amenazantes,
 Y al aire sacudiéndose arrogantes,
 Abanicos del bosque, los palmeros;
 No miro con mi ardiente fantasía
 Sólo una tierra virgen que podría
 Ser aquel legendario paraíso
 Que solo Adán para vivir tenía;
 Miro las nuevas fecundantes venas
 De un mundo á grandes fines destinado,
 Con su Esparta y su Atenas,
 Tan bello y tan feliz como ignorado.
 Para poder cantarlo, busca el verso
 Una lira con cuerdas de diamante,

Por único escenario el Universo,
 Voz de huracán y aliento de gigante.

Que destrence la aurora
 Sus guedejas de rayos en la altura:
 Que los tumbos del mar con voz sonora
 Pueblen con ecos dulces la espesura:
 Que las aves del trópico, teñidas
 Sus alas en el iris, su contento
 Den con esas cadencias tan sentidas
 Que van de selva en selva repetidas
 Sobre las arpas que columpia el viento,
 Venid conmigo á descorrer osados
 El velo de los siglos ya pasados.

Tuvo Don Juan Segundo
 En Isabel de Portugal, la bella,
 Un ángel, que más tarde fué la estrella
 Que guió á Colón á descubrir un mundo.
 El claro albor de su niñez tranquila
 Se apagó en la tristeza y en el llanto:
 En el triste y oscuro monasterio
 Donde, envuelta en el luto y el misterio;
 Fué Blanca de Borbón á llorar tanto;
 Allí Isabel fortaleció su mente,
 Y aquel claustro de Arévalo imponente
 Fe le dió para entrar al mundo humano;
 Dió vigor á su espíritu intranquilo;
 Fué su primer asilo soberano,
 Cual la Rábida fué primer asilo
 Del Vidente del mundo americano.

Muerto Alfonso, su hermano,
 En el convento de Avila se encierra,
 Y hasta allí van los grandes de la tierra,
 Llenos de amor á disputar su mano.
 Ella da el triunfo de su amor primero
 A su igual en grandeza y en familia,

Al que, rey de Sicilia,
 Es de Aragón el príncipe heredero.
 A tan gentil pareja
 Con ensañado afán persigue y veja
 De Enrique Cuarto la orgullosa Corte;
 Pero palpita el alma castellana
 Que de Isabel en la gentil persona,
 Más que la majestad de la corona,
 Ve la virtud excelsa y soberana.
 La España en Guadalete decaída,
 Y luego en Covadonga renacida,
 No vuelve á unirse, ni por grande impera,
 Hasta que ocupa, sin rencor ni encono,
 De Berenguela y Jaime el áureo trono,
 El genio augusto de Isabel Primera!
 Grande en su sencillez, es cual la aurora
 Que al asomarse, todo lo ilumina;
 Humilde en su piedad, cual peregrina
 Va al templo en cada triunfo, y reza, y llora;
 Nada á su gran espíritu le agobia:
 Desbarata en Segovia
 La infiel conjuración; libra á Toledo;
 Fija de las costumbres la pureza;
 El crimen blasonando en la nobleza
 Castiga, vindicando al pueblo ibero:
 Por todos con el alma bendecida,
 Por todos con el alma idolatrada,
 Rinde y toma vencida,
 Edén de amores, la imperial Granada.
 Dejadme que venere
 A esa noble mujer. . . Llegóse un día
 En que un errante loco le pedía,
 Ya por todos los reyes desdeñado,
 Buscar un hemisferio, que veía
 Allá en sus sueños por el mar velado.
 No intento escudriñar el pensamiento
 Del visionario que á Isabel se humilla.

¿La América es la Antilla
 En que soñó Aristóteles? ¿La Atlántida
 Que Platón imagina en su deseo,
 Y menciona en su diálogo el Timéo?
 ¿Escandinavos son los navegantes
 Que cinco siglos antes
 De que el insigne genovés naciera,
 Fijo en Islandia su anhelar profundo,
 Al piélago se arrojan animados,
 Y son por ruda tempestad lanzados
 A la región boreal del Nuevo Mundo . . . ?
 ¡Yo no lo sé! Se ofusca la memoria
 Entre la noche de la edad pasada;
 Sólo hay tras esa noche una alborada:
 Isabel y Colón: ¡La Fe y la Gloria!

¡Cuántos hondos martirios, cuántas penas
 Sufrió Colón! ¡El dolo y la perfidia
 Le siguen por doquier! La negra envidia
 Al vencedor del mar puso cadenas!
 Maldice á Bobadilla y á Espinosa
 La humanidad que amamantarlos plugo;
 El hondo mar con voz estrepitosa
 Aún grita maldición para el verdugo!
 El mundo descubierto,
 A hierro y viva sangre conquistado,
 ¿Fué solamente un lóbrego desierto?
 ¿Vive? ¿palpita? ¿crece? ¿ha progresado?
 ¡Ah, sí! Tended la vista . . . Cien naciones,
 Grandes en su riqueza y poderío,
 Responden con sonoras pulsaciones
 Al eco tosco del acento mío.
 El suelo que Cortés, airado y fiero,
 Holló con planta osada,
 Templando lo terrible de su espada
 La dulzura y bondad del misionero;
 Cual tuvo un Cuauhtemoc, que al mundo asombra,

Tuvo después cien héroes: un Hidalgo,
 Cuya palabra sempiterna vibra;
 Un Morelos, en genio esplendoroso;
 Un Juárez, el coloso
 Que de la Europa y su invasión nos libra!
 Bolívar, en Santa Ana y Carabobo,
 Y en Ayacucho Sucre, son dos grandes,
 Son dos soles de América en la historia,
 Que tienen hoy por pedestal de gloria
 Las cumbres gigantescas de los Andes.
 ¡Junín! el solo nombre
 De esta epopeya mágica engrandece
 El lauro inmarcesible de aquel hombre,
 Que un semidiós al combatir parece.
 Sucre, Silva, Salom, Córdoba y Flores,
 Colombia, Lima, Chile, Venezuela,
 En el Olimpo para todos vuela
 La eterna fama, y con amor profundo
 La cife eterna y fúlgida aureola:
 ¡Gigantes de la América española,
 Hoy tenéis por altar al Nuevo Mundo!
 Ningún rencor nuestro cariño entraña:
 Del Chimborazo, cuya frente baña
 El astro que á Colombia vivifica,
 A la *montaña estrella*
 Que frente al mar omnipotente brilla,
 Resuena dulce, sonora y bella
 El habla de Castilla:
 Heredamos su arrojo, su fe pura,
 Su nobleza bravía.

¡Oh, España! juzgo mengua
 Lanzarte insultos con tu propia lengua;
 Que no cabe insultar á la hidalguía.
 En nombre de Isabel, justa y piadosa,
 En nombre de Colón, ningún agravio
 Para manchar tu historia esplendorosa
 Verás brotar de nuestro humilde labio.

¡A Colón á Isabel el lauro eterno!
 Abra sus áureas puertas el Olimpo,
 Y ofrezca un trono á su sin par grandeza:
 Resuene en nuestros bosques el arrullo
 Del aura errante entre doradas pomas:
 Las flores en capullo
 Denles por grato incienso sus aromas:
 El volcán, pebetero soberano,
 Arda incesante en blancas aureolas,
 Y un himno cadencioso el mar indiano
 Murmure eterno con sus verdes olas.
 El universo en coro
 Con arpas de cristal, con liras de oro,
 Al ver á los latinos congregados,
 Ensalce ante los pueblos florecientes
 Por la América misma libertados,
 Aquellos genios, soles esplendentes
 De Colón é Isabel, y con profundo
 Respeto santo y con amor bendito,
 Libre, sereno, eterno, sin segundo,
 Resuene sobre el Cosmos este grito:
 ¡Gloria al descubridor del Nuevo Mundo!
 ¡Gloria á Isabel, por quien miró cumplida
 Su gigantesca empresa soberana!
 ¡Gloria, en fin, á la tierra prometida
 La libre y virgen tierra americana!

HIDALGO.

Mártir de tu conciencia! nuestra historia
Bañada está en la luz de tu grandeza;
El pueblo cambió en culto tu memoria,
Y las canas que ornaban tu cabeza
En hojas de laurel tornó la gloria.

Si con mundos de luz tu santo nombre
En el cielo de México está escrito,
Que vele al pueblo y al tirano asombre;
Para ser libre te bastó ser hombre,
Para ser inmortal te bastó un grito.

Ahora venimos á tu altar trayendo
De respeto y amor eternas flores,
Tu muerte y tus martirios bendiciendo;
Míranos con el alma repitiendo
Las divinas palabras de Dolores.

Feliz aquel á quien el mundo llame
El cantor de tu gloria noble anciano;
Labio feliz el que tu nombre aclame;
¡Feliz todo el que en tí venere y ame
Al *Redentor* del pueblo mexicano!

1869.

LA VICTORIA DE TAMPICO.

(Escena del segundo acto de "El capitán Miguel")

Sargento.—Cuando fué el bravo Guerrero
Presidente, yo era un chico
y en aquel tiempo á Tampico
llegó un general ibero.

Miguel. —¿Barradas?

Sargento.— Justo; eso es;
Barradas precisamente
queriendo, audaz y valiente,
ser un nuevo Hernán Cortés.
Entonces, sólo al decir
que extraña tropa llegaba
el Gobierno ya miraba
enlutado el porvenir.
Y por prudencia ó temor
cesaban goces y fiestas,
haciéndole mil protestas
á cualquier Embajador.
Barradas, bravo y experto,
vencer á México anhelaba
y entra altivo á toda vela,
como Virrey frente al puerto.
Santa-Ana, á la patria fiel,
tan audaz como animoso
derrotó al jefe ambicioso
ganando eterno laurel.

Fué una derrota ejemplar
 que no olvidará la Historia
 pues allí alcanzó la gloria
 de hacerlo capitular.
 En México ¡Qué ansiedad
 por saber el resultado!
 Estaba en completo estado
 de agitación la ciudad.
 Una noche, á ver un drama
 Guerrero fué al coliseo,
 un teatro tosco y feo
 que "Principal" se le llama.
 Llegado el acto tercero,
 ve con asombro la gente
 que al palco del presidente,
 entra, con traje de cuero,
 un hombre y le da un papel;
 Guerrero al leerlo llora,
 y el público en esa hora,
 enternecido con él,
 supone lo que le avisa
 al Presidente el pliego
 y queda mudo, en sosiego,
 entre lágrimas y risa.
 Cuando acabó de leer
 Guerrero, se levantó
 de su asiento y así habló
 sin poderse contener:
 "Si con frases no me explico,
 "el llanto lo hará por mí. . . .
 "me comunican aquí
 "la victoria de Tampico. . . .!
 "Vencido está el jefe ibero,
 "Santa-Ana lo derrotó. . . ."
 Y un gran grito resonó:
 "¡Vivan Santa-Ana y Guerrero!"
 Guerrero con alegría,

dijo enseñando leal
 la faja de general
 que en la cintura tenía:
 "Mando al brigadier Santa-Ana,
 "esta faja, no os asombre,
 "para que la porte en nombre
 "de la Nación Mexicana."
 Volvió el público á gritar
 nuevos vivas y á aplaudir,
 en unos era el reír,
 en otros era el llorar
 y no hay mármoles ni bronces,
 ni existen tinta y color,
 que puedan pintar, señor,
 el patriotismo de entonces.

Miguel. —Tu buena memoria pasma
 á cualquiera, mi sargento,
 tu relato da contento,
 enardece y entusiasma.

Sargento. —Cuando el teatro dejaron
 todos con gran ansiedad,
 ¿Sabéis lo que en la ciudad
 con asombro contemplaron?
 Adornadas con festones
 todas las casas vecinas,
 con faroles y cortinas
 en cornisas y balcones;
 sobre las torres bermejas
 de los vetustos conventos,
 gallardetes, ornamentos,
 guirnaldas y candelijas.
 Las calles. . . . ¡qué animación!
 Las gentes si se encontraban,
 entusiastas se abrazaban
 con lágrimas de emoción.
 No se escuchaba un reproche,
 todo era franco y sincero,

que estaba México entero
de triunfo en aquella noche.
Y todos los mexicanos
que un mismo placer sentían,
entonces sí se querían
como si fuesen hermanos. . . . !
Me enternezco cuando pienso
en esto, porque señor
no he visto un modo mejor
de dar á un bravo un ascenso,
ni un modo más natural,
más franco, más elocuente,
de expresar públicamente
el contento nacional.
Glorias del pasado son,
mas para un viejo soldado,
esas glorias del pasado
dan vida á su corazón !

DE MARINERO A TRAPISTA.

AL SEÑOR GENERAL DON VICENTE RIVA PALACIO

Nieto del inmortal caudillo de la Independencia

DON VICENTE GUERRERO

I

Quando ya todos los héroes
que con Hidalgo surgieron,
quedaron frente al destino,
aprimados ó muertos;
sólo un tenaz insurgente,
el indomable Guerrero,
sostuvo entre las montañas
la libertad y el derecho.

El, desde ochocientos once
que entró á servir con Morelos,
asistió á muchos combates
en que demostró su genio;
y el año de diez y nueve
fueron tantos sus esfuerzos,
que alcanzó veinte victorias
contra el virreinal ejército.

Más tarde, cuando Iturbide
salió para darle encuentro,
siendo por él derrotado
del Sur en los campamentos;

se le ofreció por amigo,
se le entregó como adepto
y al fin en una entrevista
celebrada el diez de Enero
de ochocientos veinte y uno,
de Acatepam en el pueblo,
juráronse en un abrazo
obrar de común acuerdo
para proclamar muy pronto
la independencia de México.

Guerrero fué como el águila,
altivo, incansable, fiero,
halló nido en la montaña,
la caza le dió alimento,
jamás lograron rendirlo
y cuando en calma le vieron
era porque ya la presa
hubo en sus garras deshecho.

II

Tal era el bravo insurgente
que, por sus brillantes méritos,
figuró luego en la Patria
como Jefe del Gobierno;
dejándonos por memoria
y por glorioso recuerdo,
la victoria de Tampico
conquistada en dos sangrientos
combates, que aniquilaron
al invasor extranjero.

Fueron Terán y Santa Anna
quienes con gran ardimiento
alcanzaron el triunfo

contra un brigadier ibero
que vencido y desarmado
con su flota dejó el puerto.

III

Cuando ya sin ingerencia
en asuntos del Gobierno
tranquilo en el Sur vivía
el indomable Guerrero,
por temor á su fiera
un crimen se tramó en México.

El General Bustamante
y sus Ministros, creyeron
oportuno darle muerte
al soldado de Morelos;
y hay quien diga que hubo alguno
que así exclamó en el consejo:
*“á ese suriano terrible
hay que quitarle de enmedio.”*

No era fácil darle alcance
ni era posible vencerlo,
y á un genovés, Picaluga,
corazón infame y negro,
como á Judas lo compraron
para consumir el hecho.

Picaluga tenía surto
un bergantín en el puerto
de Acapulco y era amigo
del bravo adalid del pueblo;
lo convidó una mañana,
á principios de Febrero,
á almorzar en el *Colombo*,

el héroe asistió al almuerzo,
y en cuanto le tuvo á bordo
se dió á la vela ligero,
y fué á entregarlo en Huatulco
á las fuerzas del Gobierno.

—
Por aquella negra infamia
cobró cincuenta mil pesos;
y nadie supo á qué sitio
huyó el traidor mariner.

—
En tanto al héroe suriano
á Oaxaca lo trajeron,
lo juzgaron á su antojo
en ridículo consejo,
mil crímenes le imputaron,
mil faltas le supusieron,
y ya sentenciado á muerte
lo fusilaron enfermo,
en la villa de Cuilapa
el catorce de Febrero
del año de treinta y uno
jaño en nuestra historia negro!

—
Cuando en el Almirantazgo
de Génova, conocieron
la infamia de Picaluga,
publicaron un decreto
declarándolo ante el mundo
traidor, villano y artero;
sentenciándolo á que muera
por la espalda, sin derecho
á sepultura sagrada,
ni á luto ni á testamento.

—
Breves pasaron los años
y el más profundo misterio

veló á todos el destino
del infame mariner.
Contábanse mil consejas
que amedrantaban al pueblo,
pero la verdad, lo triste,
lo horripilante, lo cierto,
era que el héroe de Tixtla,
el soldado de Morelos,
gozaba en humilde tumba
del último de los sueños
causando duelo á la Patria
y rubor á su Gobierno.

IV

—
Cuando cayó Bustamante
y que los años corrieron,
uno de sus más adictos
hombre rico y de provecho,
hizo un viaje á Tierra Santa,
pues era cristiano viejo.

—
Llegado á la Palestina
fué á visitar el convento
en que moran los trapistas
pensando ganar el cielo.
Al atravesar un claustro,
dicen que salió á su encuentro
un fraile, cuyo semblante
en amplia capucha envuelto
velaba con blanca barba
que le bajaba hasta el pecho.
—¿No me conocéis?—le dijo,
—No—respondióle el viajero.
—Pues llevo aquí algunos años
de rogar al Ser Supremo,

que á Bustamante y sus hombres,
y á mí, que fuí su instrumento,
nos perdone compasivo
y nos absuelva en su reino
del crimen que cometimos
con el general Guerrero.
Soy Francisco Picaluga
—Picaluga !!

—Humilde siervo
de Dios, á quien lo devora
un tenaz remordimiento.

Sin decir una palabra
y de admiración suspenso
el viajero conmovido
salió del triste convento
y después de algunos años
al referir el suceso
temblaba cual si estuviera
junto al traidor marinero.

Marzo de 1891.

NI EL NOMBRE NI EL OFICIO.¹

Cuentan crónicas añejas
En nuestro tiempo olvidadas,
Que allá en un pueblo escondido
De la sierra queretana
Vivió un español anciano,
Cuyos años delataban
En la frente las arrugas
Y en la cabeza las canas.

Era de carnes enjuto,
De penetrante mirada,
De generosas acciones
Y de muy pocas palabras.
Incansable en el trabajo,
Madrugaba con el alba,
Y era en el vestir humilde
Y en discreción una estatua.

Por apodo "el ermitaño"
En la sierra le llamaban,

1. El argumento de este romance corría de boca en boca hace algunos años. —No hace fe histórica, pero hay quien asegure su veracidad, y entre ellos, habló conmigo un ayudante del General Mejía, el Coronel Tinajero, quien me dijo que conoció y trató á D. Darío Bissarda, y supo por confidencias de Mejía, quién había sido ese personaje y qué rango ocupó antes de radicarse en la Sierra.—J. de D. P.

Y era su oficio el comercio
De semillas y de mantas.

Eran su sola familia
Los criados de su casa,
Y sólo por el acento
Revelaba ser de España,
Que nunca dijo su origen
Ni á nadie habló de su patria.
Tuvo un amigo, uno solo,
A quien cual hijo trataba
Siendo diferente en años
En ejercicio y en raza,
Pues era un soldado joven
De tez cobriza y tostada,
Indígena de la sierra,
Y tan dado á las batallas,
Que del año algunos meses
Pasaba siempre en campaña.
El anciano comerciante
Llamóse *Dario Bissarda*,
Y el joven *Tomás Mejía*
Que bien conoce la fama.

Cuentan que al entrar la noche
Los dos amigos hablaban
De las cosas de la guerra,
De la estrategia y la táctica.
El joven indio atendía
Del anciano las palabras,
Y escuchándolo sumiso
Fijaba en él sus miradas,
Como diciendo: "este viejo
Sabe manejar las armas."
En cada vez que aquel joven
Iba á salir á campaña,
Sus más recatados planes

Al anciano revelaba;
Y triunfante ó derrotado,
En fortuna ó en desgracia,
Era el primero á quien siempre
A su regreso buscaba.
Por fin enfermóse el viejo,
Y escribió desde su cama
A su cariñoso amigo
Para encomiendas sagradas.
Don Tomás estaba ausente,
Pero al recibir la carta
Buscó su mejor caballo,
Cruzó llanos y montañas,
Y pronto estuvo en el sitio
A do le llamó Bissarda.
Este con la voz muy débil
Le dijo en pocas palabras:
— Ochenta años he cumplido;
Es tiempo de que me vaya,
Y aquí sobre el lecho espero
El tercer toque de marcha.
En este pliego cerrado,
Que usted abrirá mañana,
Están mis disposiciones
Últimas, testamentarias;
Sólo á usted, joven amigo,
Le doy la misión sagrada
De cumplirlas en la tierra
Y pedir á Dios por mi ánima. —

Murió el anciano esa tarde
Y fué su muerte llorada
Por los humildes y rudos
Hijos de aquellas montañas.
Abrió Don Tomás Mejía
El pliego que le entregara,

Y cuentan los que lo que lo saben
Que se encontró estas palabras:

—Yo, que he tenido en la Sierra
Por nombre *Dario Bissarda*,
Con más de cuatro mil hombres
Arribé á la Nueva España
El año de veintinueve
A rendirla con mis armas.

Derrotáronme en Tampico
Mier y Terán y Santa-Ana,
Les entregué mis banderas,
Que jamás tuvieron mancha,
Y regresé con mis tropas
Desarmadas á la Habana.

Al regresar á mi tierra,
Donde me formaron causa,
Calificaron de crimen
Lo que sólo fué desgracia;
Y ofendido de tal juicio,
Dejé para siempre á España,
Y á vivir vine ignorado
Sin nombre, pompas ni galas,
En los escondidos pueblos
Que escudan estas montañas.

Ruego á Don Tomás Mejía,
Mi amigo de confianza,
Dé cuanto tengo á los pobres
Y á Dios encomiende mi ánima.
Ni mi oficio es comerciante
Ni mi apellido es Bissarda;
Fuí brigadier, y mi nombre
Ha sido "*Isidro Barradas*."—

LA PIERNA DE SU ALTEZA.

La frente llena de arrugas
Y la cabeza de canas,
Extinguido en las pupilas
El brillo de la mirada;
Enfermo, abatido, pobre,
Perdida su antigua fama,
Después de largo destierro
Y de infinitas desgracias,
A México sin honores
Volvió el general Santa-Ana.

Todo lo mudan los tiempos,
Los hombres todo lo cambian,
Y lo que eterno parece
Es lo que rápido pasa.
Aquel soldado animoso
Que frente al poder de Iguala
Levantóse tremolando
La enseña republicana;
Aquel guerrero indomable
A quien la nación premiaba
Cuando derrotó en Tampico
A los soldados de España;
Aquel adalid temible
Que en Veracruz humillara
A Joinville y sus soldados,

Dando una lección á Francia;
 Aquel león altanero,
 Vencedor en las batallas,
 Que gastó lujos y pompas
 De poderoso monarca,
 Que como á rey le veían
 Y "Su Alteza" le llamaban,
 Y era un sol en el gobierno,
 En la historia y en la fama;
 Que siempre pisó laureles
 Y oyó aplausos y dianas,
 Porque tuvo entre sus manos
 Los destinos de la patria:
 Después de vivir proscrito,
 En una isla solitaria
 Viendo transcurrir los años
 Con decepciones amargas,
 Recibiendo en vez de honores
 Ingratitudes humanas,
 Pidió volver á esta tierra,
 Vivir en su antigua casa,
 Y dormir su postrer sueño
 Sobre tierra mexicana.
 A la sazón presidente
 Era Lerdo de Tejada,
 Y pronto otorgó el permiso
 Que el héroe solicitaba.

No del Nacional Palacio
 En las opulentas salas,
 Sino en una casa humilde
 De la calle de Vergara,
 El vencedor de Tampico
 De esta manera les habla
 A dos antiguos amigos
 Que en su olvido le acompañan:
 —Asaltaron los franceses

La tierra veracruzana;
 Yo recibí la noticia
 Medio dormido en mi cama,
 Porque llegaron de noche
 Y sin producir alarma.
 Busco rápido mi ropa,
 Me lanzo para la plaza,
 Y encuentro á dos oficiales
 Que de muerte me amenazan
 Preguntándome rabiosos:
 ¿En dónde duerme Santa-Ana?
 "Arriba está" les respondo;
 Me dejan la puerta franca,
 Y mientras suben y encuentran
 A Arista que allí quedaba,
 Me dirijo á los cuarteles,
 Digo á todos lo que pasa,
 Y ya con mis tropas listas
 Doy principio á la batalla.
 Caro me costó aquel triunfo,
 Pues me arrebató una bala,
 Con peligro de la vida,
 Esta pierna que me falta.
 Premiáronme esa victoria
 Dando como tumba santa
 A los restos de esta pierna,
 Noblemente mutilada,
 Un monumento que estuvo
 Mucho tiempo en Santa Paula;
 Mas como todo se olvida
 Y todo en el mundo pasa,
 Cuando en desgracia me vieron
 Los que un tiempo me adularan,
 Aprovechando el desorden
 De la primera asonada,
 Azuzaron á la plebe
 Que lo más santo profana

Y que se mueve al impulso
De quien la adula ó la paga,
Y derribó el monumento
Y arrastró ciega de rabia
Mis huesos, gritando: "muera
El zancarrón de Santa-Ana."
Ya veis, señores, que el mundo
Así premia las hazañas.
No voy completo á la tumba,
Pues la pierna que me falta,
Yacerá en un basurero
De mil modos profanada,
Cuando hace ya tantos años
Que la perdí por la patria. —

Al punto que aquel anciano
Dijo estas tristes palabras,
Nueva visita anuncióles
El toque de una campana.
Era un hombre pobre y rudo,
Cano el cabello y la barba,
El que en aquellos instantes
Los corredores pisaba.
Con uniforme de inválido
Y conduciendo una caja,
Logró que le permitieran
Penetrar hasta la sala,
Y al ver á su antiguo jefe,
Con ojos llenos de lágrimas
Dijo así, con un acento
Que penetraba hasta el alma:

—Mi general, yo he servido
Con usted mucho á mi patria;
Fuí su asistente en Tampico
Cuando derrotó á Barradas,
Luego en Veracruz estuve,

Fuí á Palo Alto y la Resaca,
Y herido en el brazo izquierdo
En la guerra americana.
Hoy ya inválido me tienen
Haciendo en el *Monte* guardia;
Cuando usted ya estaba ausente,
Y fué su pierna arrastrada,
La recogí con cariño,
La fuí esconder á mi casa,
Y esperando su regreso
La conservé en esta caja.
Ya llevo más de veinte años
De tenérsela guardada,
Queriendo en sus propias manos
Venir yo mismo á entregarla,
No por ganar recompensa
Pues no quiero ni las gracias;
Yo sé bien lo que usted hizo
En defensa de la patria;
Y ningún viejo soldado
En las épocas pasadas,
Se avergüenza ni se olvida
De su general Santa-Ana.
Reciba usted estos huesos
Que profanó la chinaca,
Y que su viejo asistente
Guardó cual reliquia santa. —
Levantóse Don Antonio,
Y en sus ojos sin mirada
Brillaron con luz muy viva,
No las pupilas, las lágrimas,
Y con voz trémula y ronca
Comprimida en la garganta:
—Ven á mis brazos—le dijo—
Nada soy, ni valgo nada.
No te voy á dar dinero
Ni voy á ceñirte banda,

Pero de tu acción en premio,
 En vez de cruz ó medalla,
 Quiere poner en tu frente
 Su último beso Santa-Ana,
 Que sólo así premiar puede
 A la lealtad la desgracia. —
 Y cuentan los que lo vieron,
 Que aquella escena sagrada
 Fué un bálsamo que dió vida,
 Fortaleza y esperanza,
 Al creador de la República,
 Al noble hijo de Jalapa,
 A quien sorprendió la muerte
 Pobre sin pompas ni galas,
 Y hoy el Tepeyac lo abriga
 En una tumba olvidada,
 Frente á la cual, los testigos
 De antiguos hechos exclaman:
 Todo lo mudan los tiempos,
 Los hombres todo lo cambian,
 Y lo que eterno parece
 Es lo que rápido pasa.

RECUERDOS DE UN VETERANO.

Monólogo para el beneficio del distinguido actor

LEOPOLDO BURON.

Personaje: DON JOSÉ (de 80 años).

El teatro representa la habitación de un viejo militar, modesta y reducida. Una mesa con papeles, planos, libros, álbum de retratos, una corneta, un machete suriano, una condecoración y una bandera mexicana, pequeña y enrollada. Es de noche. Don José viste un traje de antiguo soldado, con redingote gris, ó azul oscuro, botones dorados y una gorra de cuartel:

¡Noche de invierno! Es verdad;
 Sopla afuera el cierzo impío;
 Algo hay más negro y mas frío:
 ¡Mi espantosa soledad!

Nunca como en esta vez
 Me sentí más abatido;
 De los mares del olvido
 Es un puerto la vejez.

¡Ochenta años! qué de engaños,
 De luchas, de desventuras,
 De lágrimas y amarguras,
 Caben en tan largos años!

Nací antes del siglo; fué
 Mi padre un labriego honrado,
 Que, ignorante é ignorado,
 Vivió en brazos de la fe.

Hizo el bien, ignoró el mal,
Y su música más sana
Fué la voz de la campana
De su parroquia natal.

Sin deudas ni sinsabores
Dejó el mundo el mismo día
Que con Hidalgo nacía
La Independencia en Dolores.

Mi edad, de glorias avara,
Vió en esa causa una aurora:
Pasó Hidalgo por Zamora
Con rumbo á Guadalajara.

Yo, con doce primaveras,
Fuí á presentármele ufano:
—¿Quieres, me dijo el anciano,
Ser un soldado de veras?

Si no puedes, chiquitín,
Con arcabuz ni escopeta!
—Señor, dadme una corneta,
Comenzaré de clarín.—

¡Oh recuerdo, que seduces!
Fuí su clarín, ¿qué más gloria?
¡Yo dí el toque de victoria
Sobre el Monte de las Cruces!

Yo, en mi hermosa juventud,
Ví aquella cabeza cana
Fulgurar en la mañana
Que abolió la esclavitud;

Yo anuncié la dispersion
Que tristes memorias deja,
Cuando nos tomó Calleja
El puente de Calderón;

Y después que por malditas
Rencillas lo traicionaron,
Yo ví cómo se llevaron
Su cabeza á Granaditas!

Entre penurias y duelos
Que venció mi ardiente fe,
Seis meses después logré
Incorporarme á Morelos!

¡Nadie á este genio conocel
¡Era de la guerra el rayo!
Dígalo aquel dos de Mayo
De mil ochocientos doce;

En que con heróico pecho,
Al despuntar la mañana,
Seguido de Galeana,
Que fué su brazo derecho,

En Cuautla, con férrea mano,
Rompió, sin temer reveses,
El sitio que por tres meses
Sostuvo á Calleja y Llano.

Aquel esfuerzo viril
Hace ¡oh mundo! que te asombres:
Con Morelos tres mil hombres
Vencimos á doce mil!

Lleva el indomable Aquiles
A Huajuápam sus legiones:
Toma catorce cañones
Y mil doscientos fusiles.

Después Tehuacán ataca,
Y, nunca de aliento falto,
Como un león, por asalto
Se apodera de Oaxaca.

¡Semidiós de nuestra historia!
 Firme le seguí hasta el fin,
 Pues con él fué mi clarín
 El clarín de la victoria.
(Saca un clarín).

Aquí estás viejo instrumento,
 ¿Quién al verte te respeta?
 Dirán: "es una corneta"
 ¡Mienten! ¡es un monumento!

Contigo siempre fuí en pos
 De los héroes de la guerra:
 ¡Los héroes son en la tierra
 Los elegidos de Dios!

Tus breves toques sonoros
 Anunciando fuego ó diana,
 Oyeron Bravo, Galeana,
 Sesma, Mier y Matamoros!

Cuando á sargento ascendí,
 Pude haberte abandonado;
 Pero al mirar tu pasado
 No te entregué, te escondí!

Reliquia de mi existencia,
 Todos tus toques benditos
 Se apagaban á los gritos
 De "¡muerte ó independencia!"

Te guardé... después los cielos
 Su protección nos negaron,
 Y de rubor se nublaron
 Viendo morir á Morelos.

Mató el gobierno español
 A aquel atleta entre atletas,
 Quedaron varios planetas,
 Pero les faltaba el sol!

Joven, patriota y entero,
 Seguir quise la campaña
 Y fuí al Sur, á la montaña,
 Con el General Guerrero.

En las Mixtecas con él
 Burlamos la adversa suerte....
 ¡Qué valeroso y qué fuerte
 Era el insurgente aquel!

Debajo de la ceniza
 Que mi cabeza enblanquee,
 Lo busco y se me aparece:
 Pelo crespo, tez cobriza,

Ojos negros y profundos,
 Gran talla, frente serena;
 Su afán: romper la cadena
 Que ligaba los dos mundos.

Fué el firme entre los soldados;
 Todos desmayado habían;
 Con Calleja unos morían,
 Otros iban desterrados.

Sólo Guerrero en su ley,
 Con su esfuerzo inquebrantable,
 Llegó á ser el indomable
 Que diera espanto al Virrey.

Nada torció sus anhelos,
 Que aquel corazón de bronce
 Desde el ochocientos once
 Entró á servir con Morelos.

Después sólo, en las montañas,
 Tenáz la causa sostuvo,
 Y veinte triunfos obtuvo
 En veinte heroicas campañas.

En todas ellas venció;
 Recordarlas me conmueve,
 Desde el once al diez y nueve,
 A todas asistí yo.

(Saca un machete suriano)

Aquí está; su augusta mano
 Me dió en Cuautla este machete,
 Diciendo: "Sargento, vete
 Por la cabeza de Llano."

Veloz como un huracán,
 En mil lances renombrados,
 Temblar hizo á los soldados
 De Luaces y de Liñán.

Entre nosotros ninguno
 Dejó jamás á Guerrero:
 Vino al fin el diez de Enero
 Del ochocientos veintiuno!

Fecha que el triunfo decide;
 A Acatepam nos llevó,
 Donde á Guerrero esperó
 Don Agustín de Iturbide.

No es mi memoria tan mala
 Y vivo guarda el recuerdo,
 Pusiéronse ambos de acuerdo
 Y se fraguó el plan de Iguala.

Publicado al mes siguiente,
 A Valladolid rendimos,
 Luego á Querétaro, y fuimos
 A Puebla directamente.

Renace aquí todavía
 La emoción santa y sincera,
 Que tuve al ver la bandera
 De la amada patria mía.

No se borra la impresión;
 Nunca sentí más respeto
 Que al escuchar el decreto
 Que dió vida al pabellón.

¡Qué augustos! ¡qué hermosos días!
 ¡Con qué te nos aclamaban!,
 ¡Con cuánto amor nos llamaban:
 "Los de las tres garantías!"

El verde: la religión;
 (Fué primero la conciencia)
 El blanco: la independenciam,
 Y el encarnado: la unión.

Y, por símbolo inmortal,
 Erguida el águila indiana
 Desgarrando soberana
 La serpiente en un nopal.

Nunca, lo digo en verdad,
 He visto más alegría
 Ni más llanto que en el día
 Que entramos á esta ciudad.

Ni pormenores, ni nombres
 Recuerdo, y es natural;
 Entramos en són triunfal
 Como diez y seis mil hombres;

Trescientos años después
 De que, asombrando estos valles,
 Entraron por nuestras calles
 Las tropas de Hernán Cortés.

Iturbide por delante
 Resplandeciente de brillo,
 Sobre un caballo tordillo,
 Nervudo, altivo y pujante.

“Vencedor, hijo del cielo,
Gritaban, ¡viva la paz!”
Regando al mirar su faz
De frescos lauros el suelo.

Todos con gozo atronaban
De amor la ciudad entera,
Y al mirar nuestra bandera
Las gentes se arrodillaban.

Bajo toldos de pendones
Verde, blanco y escarlata,
Con las vajillas de plata
Reluciendo en los balcones;

Con arcos de armiño y tul
En conjunto hermoso y raro,
El sol estando muy claro
Y el espacio muy azul;

Al sonoro retumbar
De la hermosa artillería,
Y á los gritos de alegría
Lanzados en cada hogar;

Las madres con santo amor
Y entre dulces regocijos
Acercaban á sus hijos
Al pabellón tricolor.

Tras Iturbide, marciales,
Séquito altivo y hermoso,
Iban en grupo vistoso
Nuestros viejos generales.

¡Qué vanguardia tan brillante!
Tras ella, airoso marchaba
Todo lo que se llamaba
Ejército trigarante.

Atronaban el espacio
Gritos de entusiasmo fieles;
Fué un camino de laureles
Hasta llegar á Palacio.

Allí Iturbide quedó,
Y á varios nos repartieron
Un recuerdo.... el que me dieron,
Intacto lo guardo yo.

Es un recuerdo sin par
Que duplica su valía
Haberlo obtenido el día
Que nadie podrá olvidar.

Una pequeña bandera:
Aquí está.... ¡prenda bendita!
Entre tus pliegues palpita
¡Oh Patria!.... tu historia entera.

Me la dió el Libertador
Cuando en su afán tuve fe....
De él contigo me alejé
Cuando se hizo Emperador.

No guardo rencor ni encono.
¡Bien sabe el Omnipotente
Que ni tú ni este insurgente
Saludaron aquel trono!

Santa insignia mexicana;
¡Con qué afán te saqué yo
La vez en que proclamó
La República Santa-Ana!

¡Cómo, en tradiciones rico,
Por los años consagradas,
Surgiste cuando á Barradas
Derrotamos en Tampico....!

¡Cómo viste á sus soldados,
Al mandato de Santa-Ana.
Volverse para la Habana
Vencidos y desarmados!

¡Cómo te bañaste en luz,
Cuando expuesto á mil reveses,
Santa-Ana echó á los franceses
Del puerto de Veracruz....!

Y ¡cómo limpio has venido
Sin dejarme ni un momento,
Para ser el ornamento
De los años que he vivido!
.....

¡Qué fría es la ancianidad!
Bajo el sol de la razón,
Se ve desde un panteón
A toda la humanidad!

¿Todo ha sido lumbre fátua?
¿Todo es ficción? ¿Nada es cierto?
Dudo á veces si ya he muerto,
Y estoy viviendo en estatua.

Se hielan los pensamientos
De la experiencia á la luz....
.....
Aquí.... ¿qué brilla? mi cruz.

(la toma y lee el anverso).

“Treinta contra cuatrocientos.”

Acción memorable, sí,
En que fuimos campeones,
Con Meoti, treinta dragones,
De “fieles del Potosí.”

Han muerto ya, con razón;
Sólo á mí Dios me sostiene;
Soy ya el único que tiene
Esta condecoración.

.....

(Abre el álbum de retratos).

¡Oh alevé destino impío!
Para mí, duro é ingrato!
Tiemblo al ver este retrato:
¡Pobre Luís! ¡pobre hijo mío!

Perdió á la madre al nacer,
Y quedó sólo conmigo,
Tuvo el vivac por abrigo,
La bandera por mujer;

El rancho por alimento,
Y por arrullos amados,
Los cantos de los soldados
En medio del campamento.

Sus más gratas diversiones
En sus primeros abriles,
Se las dieron los fusiles,
Los sables y los cañones.

Creció soldado sin par,
Y ya joven y valiente,
Habiendo sido Teniente
Del Colegio Militar,

A la Angostura marchó
Contra la invasión tirana,
Y una bala americana
La vida le arrebató....

Años hace, y todavía
De luto está mi alma entera;

Si Dios ocasión me diera
Con qué amor lo vengaría.

Bandera de tres colores,
Por el mexicano amada;
Santa bandera soñada
Por el cura de Dolores;

Bandera, que has tremolado
Desde el año veintiuno,
Sin que ninguno, ninguno
Te haya abatido ó manchado;

Mi Luís voló en pos de tí,
Pues eras su fe, su egida,
Y por tí perdió una vida
Que yo á tu sombra le dí.

Murió soldado leal;
De otra suerte, si viviera,
Vamos.... lo sé bien.... ya fuera
Un bizarro General....

Murió cubierto de gloria,
Y hoy lo miro solamente
Pasar lista de presente
En el cuartel de la historia.

¡Hijo! mi abatido ser
Toca el dintel de la muerte;
Pronto, muy pronto he de verte;
Lloro por volverte á ver.

Eras mi sola fortuna,
Eras mi sola alegría,
Moriste, y desde aquel día
No tengo dicha ninguna.

Mis potencias se aminoran,
Te lloro constantemente....
Vamos, José.... sé valiente.
Los insurgentes no lloran....!

Cuando el alma duele tanto,
La pena á los ojos sube,
Busca espacio, forma nube,
Se deshace y llueve llanto.

Si en otra nueva invasión
Nuestros hogares asaltan,
Las fuerzas que aquí me faltan,
Las tengo en el corazón.

Tiemblo, mas no retrocedo,
Y al defender el honor,
Tengo brazos sin vigor,
Pero corazón sin miedo.

¡Cuánto heroico amigo ausente!
Guerrero, Hidalgo, Morelos:
Si vivís allá en los cielos,
Velad por este insurgente.

Por el que todo perdió,
Y pronto á morir en calma,
Adora con toda el alma
El suelo donde nació.

Por este suelo velad,
Y en él vuestros ojos fijos,
Mantened sobre sus hijos
El sol de la Libertad....!

Que el mar se lo trague fiero
Y sus montañas allane
Antes de que lo profane
La planta del extranjerero.

Por salvar su honor y prez
 Me siento joven y fuerte,

 Pero si ya soy la muerte....
 Nada puede la vejez....

Ya mis delirios son vanos,
 E inútiles mis arrojos,
 Ya no tienen luz los ojos,
 Ni fortaleza las manos.

Otros nacieron mejores,
 Y ellos lucharán mejor....
 Tú serás mi último amor,
 Bandera de tres colores.

Te consagré mi existir,
 Regó mi sangre tu alfombra,
 Y hoy sólo anhelo tu sombra
 ¡Tu sombra para morir!

Y que el mundo pueda ver
 Que alumbras con tus reflejos
 Las tumbas de aquellos viejos
 Que te salvaron ayer.

¡Mundo! las dichas que das
 El llanto al fin las resuelve:
 El sol que se ausenta, vuelve;
 La vida que huye, jamás.

Pero mi gloria mayor
 Será ver, cuando me muera,
 Libre, respetada, entera,
 Mi bandera tricolor.

EN CHURUBUSCO.

Para honrar á los héroes que murieron
 En medio del fragor de la batalla,
 Dadme la voz de las azules ondas
 Que del indiano mar las costas bañan.

Desde el león espanto de la selva,
 Hasta las cumbres en que duerme el águila,
 Del cielo al mar y del hogar al nido,
 En la alcoba lo mismo que en la rama,
 La madre llora por el hijo tierno
 Que la implacable muerte le arrebató.

Se enluta el nido cuando el ave muere,
 Al arrancar la perla cruje el nácar
 Y cruje cuando el hierro abre la veta
 El abrupto peñón en la montaña.

Desde el espacio azul al hondo abismo
 Que la tiniebla pavorosa guarda,
 Todo en amor palpita y todo sufre,
 Todo ante el paso de la muerte calla.
 Estas praderas que con rayos de oro

El sol de Agosto fecundante baña,
 Donde el silvestre cardo erizas hojas
 Con blancas flores adornando esmalta;

Estos campos que viste primavera
 Con sus ricos tapices de esmeralda,
 Fueron en tiempo de invasión injusta
 Ensangrentados campos de batalla.

En ellos como altivos gladiadores
 Que al ancho estadio con su arrojo pasman,
 Lucharon desde el niño hasta el anciano
 Con fe de Atenas y valor de Esparta.

¡Díganlo aquellos muros carcomidos
 Que el ya desierto monasterio guardan
 Y en cuyos tristes largos corredores
 Las sombras cruzan de Rincón y Anaya!

Díganlo á todos con idioma augusto
 Las negras bocas de arcos y ventanas,
 Por las cuales sembrando luto y muerte
 Entró la lluvia de extranjeras balas.

Nunca llaméis derrota al heroísmo,
 La luz no sirve si los ojos faltan,
 Y aquí sólo llegaron los extraños
 Cuando faltó la pólvora en las armas.

Tendió la noche sus heladas sombras
 Y sobre el ancho campo de batalla,
 Fúnebres asomaron las estrellas
 Brillando en el espacio como lágrimas.

Sabemos ya los nombres de los héroes,
 Sus nobles hechos nuestra historia guarda
 Y su grandioso ejemplo imitaremos
 Si nuestro suelo el invasor profana.

No llanto femenino sobre sus tumbas
 Los ojos melancólicos derraman,
 Laurel y encina cubrirán las losas
 Que tantos restos en silencio guardan.

Los que vivís aún desde aquel tiempo,
 Alzad las frentes sin rubor ni mancha,

Cual los sabinos del sagrado bosque
 Que al cielo elevan sus brillantes canas.

Llevadnos á jurar sobre las fosas
 De los mártires mil de esa jornada,
 Llevadnos á jurar con noble aliento,
 Que la bandera hermosa y sacrosanta
 Que el pueblo esclavo presintió en Dolores
 Y el pueblo libre tremoló en Iguala;

Esa bandera con que pudo altivo
 Proclamar la República Santa Ana,
 Con la que en Veracruz venció á los galos
 Y allá en Tampico derrotó á Barradas;

La bandera preciosa con que Juárez
 Salvó la independencia mexicana,
 La gloriosa bandera que da sombra
 A tantas glorias de la edad pasada;
 Llevadnos á jurar que será siempre
 Grande, feliz, espléndida, sin mancha,
 Lo mismo ante los pueblos de la Europa
 Que ante la gran familia americana:

Siendo ese juramento en este instante
 La oración á los muertos por la patria.

20 de Agosto de 1891.

LOS FUEROS DEL VALOR

A la Excelentísima Señora Duquesa de Prim.

Bajo los candentes rayos
del rojo sol de la costa,
sobre secos arenales
cuyos vapores sofocan;
en donde el viento no cruza
ni la nube bienhechora
sobre el agotado suelo
arrastra indecisa sombra;
huyendo de la epidemia
que en Veracruz diezma y corta
de franceses y españoles
á las aguerridas tropas,
vienen ambas caminando
hacia la falda escabrosa
de Acultzingo, por convenio
de los jefes de una y otras,
á quienes da su permiso
el Gobierno, de que pongan
sus cuarteles en las plazas
que clima benigno gozan.

Mas tal convenio que hoy día

de la *Soledad* se nombra,
no le fué comunicado
á un Jefe que en tales horas
el camino custodiaba
con una fuerza muy corta.

No más de doscientos hombres
aunque resueltos, la forman,
y órdenes tiene severas
de impedir á toda costa
el paso, por aquel punto
de las fuerzas invasoras.

Al ver venir á lo lejos
con marcialidad y pompa,
las legiones franco-iberas,
y que sin recelo toman
del camino de las cumbres
la carretera más próxima,
dispone luego á su gente
que las armas tiene prontas
y se planta en són de guerra
donde más el paso estorba.

Al divisar los que llegan
tan extraña maniobra
á su General en Jefe
dan parte de que se notan
preparativos de ataque
lo cual á todos asombra.

Era PRIM el que mandaba
el ejército, y de boca
de sus soldados sabiendo
novedad tan sospechosa,
adelanta un emisario
que blanca bandera porta,
para preguntar al Jefe
la razón, pues que la ignora,
que tiene para oponerse
á la marcha de sus tropas.

Rapido va el emisario,
 los opuestos lindes toca,
 con el Jefe mexicano
 muy en breve se apersona,
 y le refiere el convenio,
 le dice por qué la costa
 han dejado, y por qué vienen
 á acampar sobre las lomas.

Atento le escucha el otro
 y dando respuesta pronta
 le dice que tal convenio
 no conoce, y pues lo ignora
 y órdenes no ha recibido
 que á la consigna se opongán,
 habrá de luchar con ellos
 sin contar, pues no le importa,
 ni los que á su lado tiene,
 ni los que vienen en contra.

—Somos muchos

—No los cuento.

—Tenéis muy pocos.

—Me sobran;

Para morir por la patria
 no he menester gran escolta.

—Pasarémos

—No lo dudo;

sangrienta será la alfombra.

—¿No cedéis?

—Aunque viniera
 contra mí toda la Europa.

—¿Eso le digo á mi Jefe?

—Y agregad por cuenta propia
 cuanto gustéis, yo sostengo
 un reto que me acomoda.

Vuelve el mensajero triste,
 habla con PRIM y le abona
 el valor del adversario,

valor que á todos asombra.

Después de escuchar atento,
 dice PRIM que reflexiona:

—“De acometer á esos hombres
 es segura su derrota,
 mas el éxito sería
 vergüenza más que victoria.

Soldados que así obedecen,
 valientes que así se portan,
 en tan solemnes momentos
 merecen respeto y honra,
 y honra y respeto ha de darles
 nuestra bandera española.”

Y después de decir esto
 manda hacer alto á las tropas
 y al general mexicano
 pone al momento una nota
 refiriendo lo que pasa
 y pidiendo que disponga
 que el paso no les impida
 aquel jefe á quien pregona
 caballeroso y valiente,
 cuyo atrevimiento elogia.

En comunicar tal orden
 trascurren más de tres horas,
 y todo ese tiempo quedan
 sufriendo el sol de la costa
 tendidas á campo raso
 las legiones invasoras.

Suena al fin de los clarines
 la voz, indicando ronca,
 que vuelve á ponerse en marcha
 la ya fatigada tropa.

Ordénanse las columnas,
 y entre nubes polvorosas,
 se deslizan lentamente
 sobre las tendidas lomas.

Llegan al punto que guarda
el jefe que pocas horas
antes, les detuvo el paso,
el cual con su gente forma
á la izquierda del camino
en actitud silenciosa.

Al cruzar la descubierta
por aquel punto, se asoma
al rostro de los que vienen
la curiosidad más honda
por conocer al osado
que obtiene al fin la victoria,
pues con su valor, tan sólo
tanto tiempo el paso estorba.

Y con respeto le miran,
y con cariño le nombran,
y ya van lejos, y el rostro
á cada segundo tornan.

Sobre un corcel arrogante
que agita su crín sedosa,
y con la espuma del freno
el nervudo pecho moja,
llega PRIM, y diligente
con la corte numerosa
de ayudantes que le siguen
y de amigos que le escoltan,
al jefe busca y lo encuentra,
y al mirar que cuando nota
su presencia se adelanta,
pica al caballo, y la pronta
mano tendiendo le dice;

—“Caballero, á mucha honra
tengo en conocer á un bravo
que de su patria es la gloria;
nación que tiene soldados
como el que marcó á mis tropas
el alto, cuando tenía

por segura la derrota,
es nación á quien reserva
grandes páginas la historia.”

Vuelve á oprimirle la mano,
y antes que el otro responda,
entre una nube de polvo
gana camino en las lomas
ensalzando á aquel valiente
con los que á su lado trotan.

Han pasado muchos años;
la Basílica de Atocha,
guardando de PRIM el sueño
bajo sus macizas bóvedas
conserva el recuerdo vivo
de su valor y la gloria
alcanzada en Castillejos
por las armas españolas.

También en eterno sueño
en nuestro suelo reposa
el temerario soldado
que á PRIM el paso le corta
sin medir número, fuerza,
ni el gran peligro que afronta:
el coronel FÉLIX DIAZ
á quien recuerda la historia
como altivo y como osado,
como valiente y patriota!

RIVERITA.

(8 de Mayo de 1863).

A MI MUY QUERIDO AMIGO EDUARDO FRANCO,

En la acción de san Lorenzo,
 Triste para el suelo patrio,
 Cuando Comonfort luchaba
 Como un antiguo espartano,
 Siendo su lúgubre alfombra
 La sangre de sus soldados;
 Cuando el humo ennegrecía
 La atmósfera de su campo
 Como ennegrecen las trombas
 Al mar que ruge agitado;
 Cuando ya faltaban hombres
 Pues los fieles y los bravos
 Por la metralla francesa
 Murieron acribillados;
 Comonfort buscó entre todos
 Los pocos que le quedaron,
 Al que llevara en la lucha
 Como un tesoro sagrado,
 La bandera de la patria,
 Pues temió que de sus manos
 El victorioso enemigo
 Se la hubiera arrebatado.

“Que venga Ignacio Rivera”
 —Gritó Comonfort temblando—
 “General: Rivera ha muerto,
 —Respondió al punto un soldado—
 “Yo al pasar ví su cadáver
 Lleno de sangre en el campo.”
 “¿Y la bandera?”—“No he visto
 Que tenga nada.”
 —“¡Está claro!”
 “El francés, estoy seguro,
 “Se la quitó de las manos;
 “Busquemos ese cadáver
 “Porque Rivera fué un bravo
 “Y hagámosle los honores
 “Merecidos á su rango.”

Entre montones de muertos
 Al pie de un cerro hacinados,
 Hallóse al jefe que en vida
 “*Riverita*” le llamaron,
 Cubierto de polvo y sangre,
 El rostro cual cera pálido,
 Con el marcial uniforme
 Bien puesto y abotonado,
 En hombros de sus amigos
 A Comonfort lo llevaron.
 Comonfort miró el cadáver
 Mal reprimiendo su llanto,
 Y al contarle las heridas
 En el pecho y en el cráneo,
 Vió en su cuello un lienzo verde
 En fresca sangre empapado.
 Desabotónanle todos
 El uniforme en el acto,
 Y hallan ceñido á su pecho
 Que las balas destrozaron,
 Del cuerpo de Zapadores

El pabellón sacrosanto.
 Ya contener no pudieron
 Sus lágrimas los soldados;
 Comonfort enternecido
 Por el hecho de aquel bravo
 Ordenó que se le hicieran
 Honores al sepultarlo,
 Y que su ataúd cubriesen
 No con flores ni con lauros,
 Sino con el lienzo hermoso
 Que lo amortajó en el campo:
 Con la bandera bendita
 Que le sirvió de sudario!

1893.

SANTOS DEGOLLADO.

(15 de Junio de 1861).

I

De nuestra adorada patria
 en los tiempos más aciagos,
 ninguno fué más constante
 de la batalla en los campos,
 como el adalid humilde,
 el demócrata preclaro
 que con asombroso ingenio,
 sufriendo mil descalabros,
 al poder de su palabra,
 al influjo de su mando,
 organizaba las tropas,
 alzaba doquier soldados
 para defender sin tregua
 al pendón republicano.

Ese patricio sin mancha
 era Santos Degollado,
 cuyo limpio nombre brilla
 en la Historia como un astro.

II

El año sesenta y uno,
 año negro en nuestros fastos,

al saberse en el Congreso
la horrible muerte de Ocampo,
presentóse á la Asamblea
el General Degollado
y así dijo con palabras
que tronaban como rayos:
"En nombre de la justicia,
aquí vengo, ciudadanos,
y protesto ante los manes
del héroe y mártir Ocampo,
que no anhelo la venganza
ni la fortuna ni el mando.

Contra viles asesinos
luchar quiero en noble campo,
para dar un escarmiento
á enemigos tan villanos.

Pido por esto al Congreso
que me tiene procesado,
me deje verter mi sangre
en la batalla luchando,
para venir de mi causa
tranquilo á esperar el fallo."

Esas frases produjeron
indescriptible entusiasmo
y concedido el permiso
marchó al combate Don Santos.

III

Llegóse el quince de Junio
y ya al frente de sus fuerzas,
al rayar de la mañana
salió Don Santos de Lerma.

Marcha á proteger el paso
de un convoy; rápido llega
de Salazar á los Llanos,
y luego ocupar intenta,

para dar cima á sus planes,
las montañas de la izquierda.

Mueve con afán sus tropas,
y cuando nadie lo espera,
en brusco y violento ataque
los derrota por sorpresa
Butrón, guerrillero infame
que escondido las asecha.

En medio de aquel desorden
Degollado las alienta,
cuando un proyectil aleva
el corazón le atraviesa.

Galvez recoge el cadáver
y á Huixquilucan lo lleva,
y allí, en el campo enemigo,
le hacen solemnes exéquias.

IV

Cunde la triste noticia
tan infausta como cierta,
y con sagrados crespones
se enluta nuestra bandera
como diciéndole á todos
los que á su sombra se acercan:
"Lloro á Santos Degollado,
el patriota de alma inmensa,
el adalid de mi causa,
el orgullo de mi tierra;
grande por sus heroísmos,
por su fe, por su modestia,
por su honradez no manchada,
por su lealtad siempre entera
y por la muerte que obtuvo
defendiendo sus ideas!"

LEANDRO VALLE.

(23 DE JUNIO DE 1861).

I

Blanco el cutis como armiño,
algo tostado en el rostro,
frente limpia y espaciosa,
vivos y azules los ojos.

De regular estatura,
de andar resuelto y airoso,
enérgico en sus palabras
y en sus confidencias sóbrio.

Educado desde niño
entre militares doctos,
siendo su primer combate
del Norte contra el coloso.

Habiendo visto en Europa
los sitios más apropósito
para estudiar la estrategia,
para conocer á fondo
cuanto el soldado requiere
para ser grande y heróico;
era el joven Leandro Valle
decidido y animoso;
un león en los combates,

un amigo firme y probo
á quien amaban sus tropas
y á quien respetaban todos.

II

Valle y Miramón, opuestos
en opinión y esperanzas,
compañeros desde niños
como hermanos se trataban
y cuentan los que lo saben
que en el campo de batalla,
cuando á la sangrienta lucha
sus tropas se preparaban,
uno y otro se reunían
y en dulce y alegre plática
lamentando su destino,
su ruda suerte contraria,
que á ponerse frente á frente
doquiera los obligaba,
dábanse el cordial abrazo
que los uniera en la infancia
y lanzábanse al combate
con el valor y la audacia
de dos que no se conocen
y que de vencerse tratan.

III

Para el gobierno de Juárez,
para la causa gloriosa
que derribó antiguos fueros
al soplo de la Reforma;
llegó como espectro horrible,
como una marina tromba,
el año sesenta y uno
de luto para la Historia.

En tal año Miguel Lerdo

tan grande como sus obras
entrega yerta á la muerte
su cabeza pensadora.

Muere asesinado Ocampo,
arrancado de Pomoca,
y que á sus viles verdugos
con su majestad asombra.

Muere Santos Degollado
en emboscada traidora;
y cuando todo vacila
y ya la causa zozobra,
sale lleno de ardimiento
y de esperanzas hermosas,
Leandro Valle, el héroe joven
que va á exterminar las hordas
que mandan Butrón (*) y Márquez
para mengua de la Historia.

IV

Quien ha cruzado el camino
de Toluca para México,
habrá visto de seguro,
el monte obscuro y espeso
que en el campo de la historia
surge como un monumento.

Es el *Monte de las Cruces*
que en su enmarañado seno
guarda el peñón sacrosanto,
desde el cual bendijo al pueblo
el inmortal cura Hidalgo
en inolvidables tiempos.

Allí la Naturaleza
desplega su manto régio,
vistiendo peñas y llanos,
barrancos y ventisqueros,

(*) Butrón, después de que defeccionó á su partido, fué fusilado por la Corte Marcial francesa el 8 de Julio de 1863.

con sabinos y oyameles
con encinas y con ceibos.

No logra el sol meridiano
besar el húmedo suelo,
pues de sus rayos lo escuda
el alto ramaje espeso.

Ni logra hallar senda fácil
el extraviado viajero
porque una urdimbre de troncos
desorienta al más experto.

No logra el rumor humano
perturbar aquel silencio,
que interrumpen solamente
del sol al albor primero,
de los pájaros salvajes
los no aprendidos acentos.

Cuando allí tiende la noche
su flotante manto negro,
cada roca es un sepulcro,
cada roble es un espectro,
y en medio de tanta sombra,
entre las quejas del viento,
parece que sólo imperan
la eternidad y el misterio.

Por eso ha sido guarida,
ya de ardientes guerrilleros
que encuentran en esas rocas
formidables parapetos;
ya de atroces foragidos,
que en sus cóncavos siniestros
esconden negras hazafias,
ocultan crímenes negros.

V

Fué Leandro Valle á *las Cruces*
seguido de escasa tropa,

pensando en dar á la Patria,
nuevas páginas de gloria.

Butrón y Márquez lo acechan;
Butrón el paso le corta;
Leandro Valle le resiste
con tenacidad heróica
y cuando sueña en vencerlos
y más ánimo recobra,
llegan las fuerzas de Márquez
que á las de Butrón engrosan
y vencer al joven héroe
tras rudos empujes logran.

Queda Valle prisionero,
y en tal sitio y tales horas
ni tienen con él clemencia
ni juicio alguno le forman.

A su aprehensión se sucede
la sentencia sin demora:
lo fusilan por la espalda,
y befando á su persona
cuelgan de un roble el cadáver
y colgado lo destrozan.

¡No son hombres, son chacales
los que consuman tal obra!
¡Hienas á las que persigue
la maldición de la Historia!

VI

Sobre la cima del monte,
á la izquierda del sendero
que conduce hasta Toluca
cuando se sale de México;
vestido de verdes hojas
se alza un roble corpulento
que tiene en su añoso tronco
una cruz grabada en hueco,

y á su pie se vé esculpido
este imponente letrero:

“Aquí murió Leandro Valle;
“aquí colgaron su cuerpo;
“pedid para sus verdugos
“las maldiciones del Cielo.”

1893.

AQUILES COLLIN.

(23 de Junio de 1861)

I

Nacido en un pintoresco
pueblo de la culta Francia;
desde niño acostumbrado
á vivir en las montañas,
de rostro afable y tranquilo,
de penetrante mirada,
dotado de hercúleas fuerzas
y ancho de pecho y espaldas;
no en vano al nacer le dieron
sus padres que lo adoraban,
el nombre que eligió Homero
para dar vida á su Iliada.
AQUÍLES COLLÍN no tuvo
más títulos ni prosápia
que los de amar ciegamente
las libertades humanas.

Combatió siendo muy joven
en las terribles jornadas
de Mayo que sacudieron
el viejo trono de Francia.

Como oficial distinguióse
en la campaña de Italia,
y después triste y proscrito
dejó su querida patria
por México, donde tuvo
amigos y camaradas.

Admirando á Leandro Valle
siguió con fervor su causa
y como ayudante suyo
le acompañó en las batallas.

Refieren cuantos le vieron,
que Collín siempre velaba
con entrañable cariño,
con devoción noble y franca,
la vida de Leandro Valle
pues le quiso con el alma.

II

A los que niegan que existe
la amistad divina y santa,
y que dicen que en el mundo
todo es interés é infamia;
voy á referir un hecho
que no saqué de la fábula
pues lo presenciaron muchos
que entusiasmados lo narran
y con caracteres de oro
nuestros anales lo guardan.

Las generaciones nuevas
en él tendrán enseñanza,
como en él tuvieron gloria
y galardón las pasadas.

Hechos como el que describo,
no sólo á los nuestros hablan;
son de aquellos que interesan
á toda la raza humana.

Al bardo faltan acentos,
le faltan cuerdas al arpa,
para ensalzar su grandeza
que absorta bendice el alma.

III

Cuando ya Butrón y Márquez
con rabiosa y negra saña
hacen prisionero á Valle,
cuyas tropas desbaratan;
entre lo hirsuto del monte
AQUILES COLLÍN se salva
y halla asilo en una gruta
donde jamás lo encontraran.

Sabe allí por un soldado
"que el tigre de Tacubaya"
ordenó que á Leandro Valle
pronto pasen por las armas.

Collín conmovido deja
su escondite sin tardanza
y se le presenta á Márquez,
diciéndole estas palabras:

"Quiero correr igual suerte
"que mi General, no es vana
"pretensión, porque ambiciono
"y os lo ruego con instancia
"ya que siempre lo he seguido
"de esta vida en las batallas,
"ir con él al otro mundo
"y ver lo que allí me manda."

Al acabar estas frases
que dijo con arrogancia,
lo hicieron pasar al cuadro;
Valle le envió una mirada,
estrecháronse las manos,
no vertieron ni una lágrima

y ya altivos y dispuestos
á recibir las descargas,
á los dos, á un tiempo mismo
los pasaron por las armas.

IV

Escéptico sin ternura;
filósofo de alma helada;
á quien nada dice un niño,
ni nada imponen las canas.

En frente de estas escenas
tan sublimes como raras:
¿negarás el sentimiento?
¿desconocerás el alma,
y la virtud que es el faro
que con luz de Dios irradia?
¿Y llamarás vanos mitos
é insustanciales palabras,
á la amistad firme y pura
y al santo amor de la patria?
.....

V

COLLIN no tiene una tumba
en rico mármol tallada;
pero en la fosa en que duerme
sin ornamento ni lápida,
un ángel vela en silencio
su memoria sacrosanta.

Vierte allí el amor sus flores,
la gratitud pone lágrimas
y el nombre del héroe martir
en el libro de la Fama
luce puro y sin mancha
como la estrella del alba.

TERAN Y MAXIMILIANO.

Entre las ondas azules
Del bello Mediterraneo,
En el Golfo de Trieste,
Surgiendo entre los peñascos,
Hay un alcázar que ostenta
Con gran arte entrelazados
En muros y minaretas
Lo gótico y lo cristiano.
Parece visto de lejos
Airoso cisne de mármol
Que extiende las blancas alas
Entre dos abismos claros,
El del mar siempre sereno
Y el del cielo siempre diáfano.

Ese alcázar tan hermoso,
En tiempos no muy lejanos
Por mirar tanto las olas
De MIRAMAR le llamaron,
Y en él vivieron felices
Dos príncipes de alto rango,
Dos seres de regia stirpe:
Carlota y Maximiliano.

En una tarde serena
Al bello alcázar llegaron
Con una rara embajada
Varios próceres extraños.
Penetran á los salones
Y al noble príncipe hablando,
En nombre de un pueblo entero
(Que no les dió tal encargo)
Le ofrecieron la corona
Del Imperio Mexicano.

El príncipe quedó absorto;
Para responder dió un plazo;
Soñó en pompas, en honores,
En fama, en poder, en lauros,
Y al despertar de aquel sueño,
Al volver de tal encanto,
A su joven compañera
Le fué á consultar el caso.
“Acepta—dijo Carlota—
“Eres grande, noble y apto,
“Y de este alcázar á un trono
“Tan solamente hay un paso.”
No corrida una semana,
El príncipe meditando
En las difíciles luchas
De los grandes dignatarios,
Miraba tras los cristales
De su espléndido palacio
Enfurecerse las olas,
Rojo surgir el relámpago
Y con bramidos horribles
Rugir los vientos airados.

De pronto, un ujier anuncia
Que un extranjero, ya anciano,
Hablarle solicitaba

Con urgencia y en el acto.
Sorprendido el Archiduque
Dijo al ujier: "Dadle paso;"
Y penetró en los salones
Aquel importuno extraño,
De tez rugosa y enjuta,
De barba y cabello cano.

En frente del Archiduque
Dijo con acento franco:
"Vengo, señor, para veros
"Desde un pueblo muy lejano;
"Desde un pueblo cuyo nombre
"Jamás habréis escuchado;
"Yo nací en AGUASCALIENTES,
"En el suelo mexicano,
"Serví á Don Benito Juárez
"De quien ya os habrán hablado;
"Le serví como Ministro,
"Soy su firme partidario,
"Y mientras que aquí os engañan,
"Yo vengo á desengañaros;
"No aceptéis, señor, un trono
"Que tiene cimientos falsos,
"Ni os ciñáis una corona
"Que Napoleón ha labrado.
"No quiere México reyes,
"El pueblo es republicano
"Y si llegáis á mi patria
"Y os riegan palmas y lauros,
"Sabed que tras esas pompas
"Y esos mentidos halagos,
"Pueden estar escondidos
"El deshonor y el cadalso."
Oyendo aquestas palabras
Dichas por aquel anciano,
A tiempo que por los aires

Cruzó veloz un relámpago
Tiñendo en color de sangre
La inmensidad del espacio,
Sin dar respuesta ninguna
Quedóse Maximiliano
Rígido, lívido, mudo,
Como una estatua de marmol.

Corrió inexorable el tiempo,
Huyeron breves los años
Y en una noche de Junio
Triste, solo, ensimismado,
En visperas de la muerte
El Archiduque germano,
En su celda de Querétaro
Y en sus desgracias pensando,
Así dijo conmovido
A uno de los abogados
Que fueron á despedirse
En momentos tan aciagos:
"Todo lo que hoy me sucede
"A tiempo me lo anunciaron;
"Un profeta he conocido
"Que sin doblez, sin engaño,
"Me auguró que en esta tierra
"A donde vine cegado,
"El pueblo no quiere reyes
"Ni gobernantes extraños,
"Y que si lauros y palmas
"Se me regaban al paso,
"Tras ellas encontraría
"El deshonor y el cadalso."
—¿Quién ha sido ese profeta?
Al príncipe preguntaron:
"Era un ministro de Juárez,
"Sincero, patriota, honrado:
"Don JESÚS TERÁN que ha muerto

"En su hacienda hará dos años.
 "¡Ah! Si yo le hubiera oído!
 "¡Si yo le hubiera hecho caso!
 "Hoy estuviera en mi alcázar
 "Con los seres más amados,
 "Y no contara las horas
 "Para subir al cadalso!!"

1891.

COMONFORT.

A MI MUY QUERIDO AMIGO ALBERTO FRANCO.

I

Era Comonfort un hombre
 Alto, fuerte, casi obeso;
 De vivos y oscuros ojos,
 Semblante dulce aunque serio.
 Sobre su cutis dejaron
 Las viruelas sus hoyuelos;
 Cutis que abrasó mil veces
 El sol de los campamentos.
 Era en el vestir sencillo,
 Cuando no de gris, de negro;
 Siempre ostentando la honrosa
 "Cruz de Constancia" en su pecho.
 Militar bravo y sin tacha,
 De vastos conocimientos,
 Era una dama en el trato
 Y como amigo un modelo.
 Incapaz de cualquier acto
 Que no fuese honrado y recto
 Era en la vida privada
 Tan amable como tierno.

Tocó en época triste
De rencores y de duelos,
Cuando el odio de partidos
Alzaba su pendón negro,
Regir de su amada patria
El destino en alto puesto
E imponerle nuevas leyes
Buscando horizontes nuevos.

De carácter franco y débil,
De espíritu asaz modesto,
Obligarónle más tarde
Privados y consejeros
A desconocer las obras
Más grandiosas de su tiempo.
Llenóse así de tristeza
Y de amargura, creyendo
Que iban á ponerse en duda
Su amor por el patrio suelo,
Su lealtad para los hombres
Que libertades le dieron
Y su afán íntimo y grande
De dar en cualquier momento
Toda la sangre y la vida
En defensa de su pueblo.

.....
.....

II

Sin combatir la tormenta,
Triste, conforme, resuelto,
Acusado, perseguido,
Mirando en el mundo artero
Que en la desgracia más grande
El desengaño es más negro;
Guardó todos los laureles

Ganados como guerrero
Hasta la ocasión propicia,
Hasta el soñado momento
En que volvió con su espada
Para decir al Gobierno:
"Hoy que la invasión extraña
"Viene á insultar nuestros fueros;
"Hoy que la legión altiva
"De Napoleón el pequeño,
"Desconociendo tratados,
"Hollandando nobles derechos
"Profana nuestros hogares,
"Yo, sin ambiciones, vengo
"A tomar entre las filas
"Cual simple soldado un puesto;
"Que por salvar á mi Patria,
"Por defender á mi pueblo,
"Si Dios el triunfo me niega
"Quiero morir el primero."

Y confirmó cuanto dijo
En la acción de San Lorenzo,
Cuando sin hacerle caso,
Cuando sin prestarle crédito
A que por su mala tropa
Y sus pocos elementos
Si presentaba un combate
Era seguro un siniestro,
Le obligaron á batirse
Por orden del Ministerio.

Cual león por su bravura
Lanzóse terrible y fiero
Buscando gloriosa muerte
Y presentando su pecho
A los altivos soldados
De Napoleón el pequeño.

Allí murió Miguel López,
El héroe augusto y excelso,

Asombrando al enemigo,
Batiéndose cuerpo á cuerpo.

Comonfort tuvo tal ansia
De morirse combatiendo,
Que fué preciso arrancarle
Del más peligroso puesto,
Cuando ya quedaba solo
En medio del campamento.

Esto obligó á que dijera
El coronel de Ingenieros
Que mandaba á los franceses
Que la victoria obtuvieron:
"Comonfort con su bravura
"Dejó á todos satisfechos,
"Pero era en tales instantes
"Un general sin ejército."

Cuán triste de aquel desastre
Salió su espíritu enfermo,
Pero su limpia conciencia
Le dijo siempre en silencio:

Has demostrado á la Patria
Con tus heróicos esfuerzos,
Que le das honor y vida
Por defender su derecho
Y que porque Dios no quiso
No moriste en San Lorenzo.

III

Quando Comonfort tornaba
A San Luís, desde Querétaro,
A conferenciar con Juárez
Y á explicarle sus proyectos
Como Ministro de Guerra,
Para defender al pueblo
Del yugo humillante y torpe
De Napoleón el pequeño;

Asesinos alevosos
Le salieron al encuentro
Junto al molino de Soria,
En tierras de Chamacuero.

Era el once de Noviembre
Del año mil ochocientos
Sesenta y tres. Espiraba
La tarde entre los reflejos
Purpurinos del ocaso
Y el campo estaba en silencio.

Comonfort iba en un coche
Llevando de compañeros
A un joven, sobrino suyo,
A un ayudante, y con ellos
Un escribiente, elegido
Por su carácter discreto.

Al cruzar la parte angosta
Del polvoroso sendero,
Cuando la escolta venía
A lento paso y muy lejos,
Sale un grupo de bandidos
Que asaltan á los viajeros,
Disparando á quema ropa
Sus cien mosquetes á un tiempo.
Muere en el coche Velázquez,
Estorbando con su cuerpo
Que Comonfort descendiera
Veloz por el lado opuesto.

Quando al fin logró bajarse
En santa cólera ardiendo,
En cada mano un *revólver*,
Sus ojos brotando fuego;
Quando su ayudante Cerda
Tendido estaba en el suelo
Herido en distintas partes
De sangre y de polvo lleno;
Las balas de los bandidos

Le atravesaron el pecho,
Y en unos breves instantes
Cayó en tierra sin aliento.

No conformó á los verdugos
Contemplar al héroe muerto,
Y agregaron nueva infamia
A su crimen torvo y negro,
Profanando como hienas
Aquellos sagrados restos,
¡Arrastrando aquel cadáver
Con una sogá en el cuello! . . .

.....

IV

Han corrido muchos años;
Cambió la suerte de México;
La paz derrama sus frutos
Sobre nuestro fértil suelo,
Y al recordar á los hombres
Que con patriotismo inmenso
Sacrificaron su vida
Por salvar nuestros derechos,
Es justo honrar la memoria
Del esforzado guerrero
Que con heróicas acciones
Lavó sus sensibles yerros,
Y que merece en la historia
Las bendiciones del pueblo.

Enero de 1893.

TOMAS MEJIA

A MI RESPETADO Y QUERIDO AMIGO EL SEÑOR GENERAL
DON MARIANO ESCOBEDO.

I

Mientras Juárez indomable
va á los desiertos del Paso
á defender su bandera,
firme como un espartano;
en México, sostenido
por el invasor extraño
se erige un trono y le ocupa
más que ambicioso, engañado,
un ilustre descendiente
del más grande de los Cárlos.

Joven, soñador y apuesto
asciende á lugar tan alto,
sin ver que á lo lejos flota
el pendón republicano,
y sin recordar que el pueblo
por quien se sueña llamado,
en otro tiempo á un monarca
lanzó del trono al cadalso.

Recibiéronle animosos
los que el cetro le entregaron,
y al entrar por nuestras calles

fué tan grande el entusiasmo,
que del nuevo rey los ojos
no pudieron, deslumbrados,
mirar que las bayonetas
que lo estaban custodiando
eran de extranjeras tropas
capaces de abandonarlo.

II

Joven príncipe, ¿á qué vienes?
¿Por qué dejas tu palacio
en medio de las azules
ondas del Mediterráneo,
como un nido de gaviotas
sobre un peñón solitario?

Este cielo azul no es tuyo,
no son tuyos estos lagos,
ni estos sabinos del bosque
que de viejos están canos.

Nada es tuyo, nada entiende
tu acento, nada ha guardado
cenizas de tus mayores
que en otras tierras brillaron.

Tu sangre azul no es la sangre
de Cuauhtemoc ni de Hidalgo;
cuanto te cerca es ageno,
cuanto te vela es extraño.

Príncipe noble ¿á que vienes?
¿por qué dejas tu palacio
y aquellas ondas azules
de tu hermoso mar Adriático?

En medio de las tormentas
que se alzarán á tu paso,
cuando pronto te abandonen
los que te están custodiando,
hallarás como consuelo,

como abrigo, como amparo,
la firmeza y el arrojo
del soldado mexicano
que cumple con su bandera
satisfecho y resignado.

Torna príncipe al castillo
donde viviste soñando,
que por las gradas de un trono
subir se puede á un cadalso!

III

Con inusitada pompa
en el ya imperial palacio
se celebran los natales
del reciente soberano.

Ya las guardias palatinas
de uniformes encarnados,
apuestos forman la valla
luciendo adargas y cascots.

Ministros y chambelanes,
consejeros y vasallos,
ostentan con arrogancia
sus pechos condecorados.

El salón de embajadores
por su lujo aristocrático,
recuerda á los que lo miran
de antiguos tiempos el fausto.

De pronto por todas partes
se extiende un rumor extraño
y es que las gradas del trono
el Archiduque ha pisado.

Diversas clases sociales
deben de felicitarlo
y ya están los oradores
por cada clase nombrados.

Un jurisconsulto experto

elocuente, pulcro y sabio,
es de la magistratura
el representante nato.

Le toca el lugar primero,
habla con acento claro,
con respeto se le escucha,
se le mira con agrado,
y estudio y saber revela
cada frase de sus labios.

Su discurso no fué breve,
su estilo elegante y franco
y al acabar dijo alguno:
¡Bien por Lares! anhelando
aplaudirlo, sin hacerlo
por respeto al soberano.

Con elegancia vestido,
al clero representado
se acercó un obispo al trono
y dijo un discurso largo
lleno de notas y citas
latinas, propias del caso.

Era el orador de fama
por su elocuencia y su rango,
célebre en aquellos tiempos
entre oradores sagrados.

“No estuvo corto Ormaechea”
dijo después de escucharlo
alguno á quien ya cansaba
la severidad del acto.

Nuevo rumor se produjo
después en aquellos ámbitos
al ver que al trono llegaba
á paso lento un soldado
de cabellos y ojos negros,
tez cobriza, aspecto hurafío,
descendiente de las razas
que en Anáhuac habitaron

antes de que la conquista
empobreciera á sus vástagos.

¡Formaba contraste brusco
la oscura tez del soldado
con la tez brillante y blanca
del archiduque germano!

Quedó el indígena absorto,
meditabundo y cortado,
sin articular palabra,
la frente y los ojos bajos.

¿Quién es? preguntó un curioso
y le respondió un anciano.

—Se llama Tomás Mejía
y es general reaccionario:
Viene á hablar por el ejército.
—¿Y él hizo el discurso?

—Varios
le escribieron y ninguno,
según dicen, le ha gustado;
el que dirá lo habrá escrito
ó Muñoz Ledo ó Arango.

—Escuchemos.

—Trascurrían
unos minutos muy largos;
Mejía estaba en silencio
todo tembloroso y pálido,
en silencio los presentes
y en silencio el soberano.

De pronto ven con asombro
que el indígena soldado
abriendo los negros ojos
que brillaban animados,
perora sin dar lectura
al papel que está en sus manos.

—“Magestad”—calló un momento;
“magestad”—siguió turbado;
“magestad”—yo no he aprendido

“lo que otros por mí pensaron,
 “pero si usted lo que busca
 “es un corazón honrado,
 “que lo quiera, lo respete,
 “lo defienda sin descanso
 “y le sirva sin dobleces
 “sin interés, sin engaño;
 “aquí está mi corazón,
 “aquí están, señor, mis brazos
 “y en las horas de peligro,
 “si al peligro juntos vamos,
 “lo juro por mi bandera,
 “sabré morir á su lado”

Con lágrimas en los ojos
 trémulo Maximiliano,
 las fórmulas de la Corte
 por un instante olvidando,
 bajó del trono y al punto
 dió al General un abrazo
 que aplaudieron los presentes
 con lágrimas de entusiasmo.

IV

Cayó el príncipe más tarde
 y con él cayó el soldado
 que le dijo esas palabras
 llenos los ojos de llanto.

A Don Tomás le ofrecieron
 del patíbulo salvarlo
 y él respondió: “solamente
 que salven al soberano.”
 Un general victorioso,
 de gran poder y alto rango,
 que le estaba agradecido
 por algún hecho magnánimo,
 fué y le dijo: “yo podría

“lograr veros indultado;
 “os estimo y necesito
 “á toda costa salvaros.
 “¿queréis que os salve? decidlo,
 “que no me daré descanso
 “hasta que al fin me concedan
 “lo que para vos reclamo.”

—“Sólo admitiré el indulto
 “respondió el indio soldado,
 “si me viene juntamente
 “con el de Maximiliano.”

—Me pedís un imposible.

—Pues me moriré á su lado.

—Pensad que tenéis familia

—Tan sólo á Dios se la encargo

—Soy capaz de protegeros

Si os resolvéis á fugaros

—¿Y al Emperador?—No; nunca,

—Pues su misma suerte aguardo.

Y como lo sabe el mundo
 juntos fueron al cadalso
 y así selló con su sangre
 lo que dijeron sus labios.

11 de Julio de 1890

XOCHIAPULCO.

AL GENERAL D. JUAN N. MENDEZ.

I

¿Por qué tan precipitado
Se escucha el toque de alarma,
En los humildes cuarteles
De un pueblo de la montaña?
¿Por qué llegan tan veloces
Dejando sus pobres casas
Los hijos de Xochiapulco
Adonde fiero les llama
Con sus marciales acentos
El clarín de las batallas?
¿Por qué se pinta en los rostros
Esa expresión soberana.
Que ilumina los semblantes
Con el fulgor de las almas?
Esa expresión, que en el mundo
El hombre á tener alcanza
En los instantes supremos
En que, cuanto tiene y ama,
Ofrece como holocausto
En el altar de la Patria?
¿Por qué los antes tranquilos
Hijos de aquella comarca

Con tan marcial continente
Empuñan las duras armas?
¿Quién se atreve de la guerra
La bandera ensangrentada
A clavar de aquellos montes
Sobre las cumbres más altas?
¿Quién pretende en esas rocas
Adonde anidan las águilas,
Profanar los patrios lares
Llevando muerte y venganza?

El invasor extranjero,
El que tras lenta campaña,
Hasta el mismo Xochiapulco
Tiende la pujante garra.
Con austriacos y franceses
El conde de Thun avanza;
Cuatro columnas caminan
Para combatir la plaza;
Son muchos los que se acercan
Y son pocos los que aguardan;
Mas si se cuentan los muchos
Los que son menos se bastan,
Y su arrojo no alimenta
Ilusiones, ni esperanzas.
Por eso cuando resuelto
Al sacrificio, los llama
El general Juan Francisco,
Que á los cuatrocientos manda,
Y tiene como segundo
En tan terrible jornada
Al General Juan Bonilla,
Que un espartano envidiara
Por su modestia, su arrojo,
Su saber y su constancia;
Acuden todos ligeros,
Y tomando la palabra

Juan Francisco, con voz firme,
De esta manera les habla:

II

—Tantos son los enemigos
Que sobre nosotros cargan,
En cuatro grandes columnas
Y todas de las tres armas,
Que imposible es que resista
La guarnición de la plaza.
Y aunque el deber nos impone
Y el patriotismo nos manda
Morir antes que rendirnos,
Defendiendo nuestra causa,
Fuera sacrificio inútil
Presentar una batalla,
Que dará triunfo seguro
Al enemigo que avanza;
Y no es valor ni prudencia
De un jefe, que siempre trata
De utilizar el arrojó
De gente tan denodada,
Lanzarlos en lucha estéril
A una segura matanza.
Mas no quiero que tacharme
Pudieran tal vez mañana,
De que entrego al enemigo
La población desarmada,
Por eso, saber pretendo
De todos la opinión franca.
—No nos consultes, responden
Más de cien voces; nos basta
Que tú mandes, y contentos
Obedecer tus palabras.

—Pues bien, dice Juan Francisco,
Antes que con torpe planta,
El invasor extranjero
Mancille aquí nuestras casas,
Y llegue á nuestros hogares
A desceñirse la espada;
Supuesto que no podemos
En número, y no en audacia,
Competir con los que vienen
Y que han de tomar la plaza;
No busquemos muerte inútil:
Nos necesita la patria:
Fuera de aquí, en nuestros bosques,
Y en los montes y cañadas,
Aunque pocos, con astucia
Podremos tener ventaja
Y proseguir sin descanso
Hasta que triunfe la causa.
Pero el invasor no debe,
Encontrando puerta franca,
Llegar orgulloso al sitio
Que su presencia profana.
¡Soldados! hoy en cenizas
Se conviertan nuestras casas.
El invasor llegue al pueblo
Alumbrado por las llamas,
Y contemple en Xochiapulco
La prueba patente y clara
De que no consienten yugo
Los hijos de la montaña!—

III

Aquel discurso escuchando,
Los soldados se entusiasman,
A sus jefes vitorean

Y á la Libertad aclaman.
 En esos instantes mismos
 Se sabe que ya cercanas
 Están las gruesas columnas
 De la legión franco-austriaca.
 Comienzan á verse entonces
 Ligeras nubes que empañan
 Sobre los frágiles techos,
 Al flotar grises y blancas,
 Desde el más grande edificio
 A la más pobre cabaña.
 Se va el humo condensando
 Y en mil lenguas desatadas
 De fuego, puebla el incendio
 Toda la extensa comarca.

Los soldados, las mujeres,
 Los niños, nadie descansa
 En la terrible tarea
 De quemar sus propias casas;
 Y cuando el fuego está en todo,
 En revuelta caravana,
 Emigran los moradores:
 Los ancianos á vanguardia,
 Y hombres, mujeres y niños,
 En agrupación compacta,
 Se ven del *Cuaulecomaco*
 Sobre la vistosa falda,
 Semejando en el ascenso
 A las perséguidas águilas,
 Después... después... con orgullo
 Miran surgir de las llamas
 El humo, como el incienso
 Que ofrecen ante las aras
 Del más sagrado y augusto
 Altar de la madre Patria!

IV

Aquel montón de cenizas
 Leves, sutiles y blancas,
 Que el viento arrastró en su giro,
 Sembrándolo con sus alas
 Como un bautismo de gloria
 De *Tetela á Zacapoaxtla*,
 Volvió á levantarse luego,
 Como el fénix de la Arabia,
 Cuando la paz bienhechora
 Le prestó su sombra grata.

Pero queda en sus campiñas
 Que el *Xochitonal* resguarda
 El recuerdo de sus hechos,
 La alteza de sus hazañas,
 Que los laureles no envidian
 De Sagunto y de Numancia,
 Y que en México repite
 Con noble orgullo la Fama,

LA CORTE MARCIAL

A MI MUY QUERIDO AMIGO MACARIO RIVERO

I

Ancho sombrero tejido
 Con tule de nuestros lagos,
 Al que adornan dos pequeñas
 Hachas de plata en los lados.
 Al cuello suelta corbata
 Roja y tejida de gancho;
 Tejida según se sabe
 Por dos diminutas manos,
 Que juntas semejan lirios
 Y sueltas parecen ampos.
 Amplia blusa, también roja,
 Con grandes botones blancos;
 Calzonera de velludo
 Y ceñidor de burato.
 Frente por el sol tostada,
 Grandes los ojos y pardos,
 La barba escasa y oscura,
 Pelo abundoso y castaño;
 Ágil en los movimientos;
 Carácter resuelto y franco,
 Y diestro como ninguno

En manejar el caballo;
 Durmiendo igual en las rocas
 Que en lecho mullido y blando,
 Y sin resentir los rudos
 Embates de tiempo vario;
 Decidor con las mujeres,
 Afable con los soldados,
 Provocativo y terrible
 Con los del opuesto bando,
 Y fuerte y ágil teniendo
 La edad viril de treinta años,
 De los cuales más de nueve
 A la patria ha consagrado:
 Tal es Benito Ramírez,
 Nata y flor de los chinacos,
 Honra y prez de los jinetes,
 De los valientes ornato,
 Capitán de exploradores
 De un cuerpo republicano.

Siempre con buena fortuna
 En los lances que ha trabado,
 De no salir victorioso
 Escapó por un milagro.

Nunca sorprenderle pudo
 El enemigo en su campo,
 Pues llevaba como regla
 Invariable del soldado,
 Que en la guerra ha de dormirse
 Cual las liebres, conservando
 Siempre los ojos abiertos
 Por lo que viniere al caso,

Pero á pesar de esta regla,
 La suerte, en su giro vago,
 Las horas del infortunio

Sobre el guerrillero traje,
Y una tarde en un combate,
Y por su arrojado llevado,
Entre huestes enemigas
Tanto adelantó su paso
Que al fin cayó prisionero
Cuando murió su caballo,
Y á la ciudad de Morelia
Entre filas lo llevaron.

II

En una desnuda sala
De las muchas de Palacio,
Se instalan con gran premura
Y con lúgubre aparato
Los oficiales que forman
Un tribunal que da espanto.

La corte marcial se llama,
Su solo nombre da pasmo,
Que de sangrienta y terrible
Tan grande fama ha alcanzado,
Que á cuantos juzga sentencia
Sin remisión al cadalso.

Ni allí la inocencia vale,
Ni se cuenta un solo caso
De que saliera con vida
Hombre que cayó en sus manos.

Los trámites y defensas,
Peticiónes y alegatos,
Son fórmulas que no engañan
Ni á los mismos acusados.
Pocas horas son bastantes
Para preparar el fallo,

Y fallo y muerte es lo mismo
En los terribles estrados,
Que á la sentencia se sigue
La ejecución en el acto!

A tribunal tan sangriento
El capitán fué llevado.
Era una mañana alegre
Del alegre mes de Mayo.
El cielo estaba en Morelia
Limpio, azul, brillante y diáfano.
Llegó Ramírez en medio
De dos filas de zúavos,
Tan altivo y tan airoso,
Que interesaba mirarlo;
Clavó los soberbios ojos
En los jueces con descaro,
Ocupó, cual todo reo,
El toско, incómodo banco,
Cruzó la pierna altanero,
Dejó el sombrero calado,
Y una irónica sonrisa
Escapóse de sus labios.
Después de breves instantes
Se dió comienzo al sumario,
Que copio letra por letra
Tal como existe en los autos:
—¿Confiesas que perteneces
Al cuartel republicano?—

.....

Siguióse un largo silencio
Y los jueces agregaron:
—Confiesas que muchas veces
Has podido, disfrazado,
Explorar el campamento
Del cuerpo expedicionario?

¿Confiesas que has perseguido,
Sin dar tregua ni descanso,
Á las tropas del imperio
Que están Michoacán guardando?
¿Confiesas que á tí se deben
Mil asonadas y escándalos,
Que sirves á los bandidos
En la montaña acampados,
Que al que cojes no perdonas,
Ni mides virtud ni rango,
Pues por servir al imperio
Ya lo declaras malvado?—

A cada nueva pregunta
Ramírez en aquel banco
Tomaba actitud distinta
De indiferente descaro,
Pero al fin le hicieron tantas
Y en ellas dijeron tantos
Insultos, que, en ira ardiendo,
De callar cansóse al cabo,
Y así dijo, con palabras
Que tronaban como rayos:

—Para qué perder el tiempo
Y estarme aquí preguntando,
Cuando el francés me ha cogido
Con las armas en la mano?
¿Cuándo saben que soy libre
Y que siempre fuí chinaco,
Y ni doy cuartel ni pido
Que me lo den los contrarios?

Si ya está la sepultura
Mi cadáver esperando,
¿Para qué tantas preguntas,
Ni tenerme en este banco?

Yo ya sé cuál es mi suerte;
Ni me importa ni hago caso;
Me matan de puro miedo;
Mas me llevo al otro lado
El gusto de haberlos visto
Correr como perros galgos.

Así, pues, pocas palabras,
Y que me lleven abajo:
Ya verán como se mueren
Los buenos republicanos,
Y eso tengo que enseñarles:
No pregunten más y vamos.

Solamente les advierto
Que muchos hay en mi campo
Que seguirán dando guerra,
Mejores que yo, más bravos,
Y que ni les hago falta
Ni ustedes les dan abasto.—
Alzóse luego Ramírez
Seguido de los soldados:
A poco tiempo se oyeron
Unos tiros en el patio,
Y un nuevo nombre la historia
Pudo escribir en sus fastos.

A MEDIA NOCHE.

A MI QUERIDO AMIGO ARISTEO MERCADO.

I

Más gallarda que el nenúfar
Que sobre las verdes ondas
Al soplo del manso viento
Se mece al rayar la aurora,
Es una linda doncella
Que tiene por nombre Rosa;
Y á fe que no hay en los campos
Igual á sus gracias otra.

Vive en Pátzcuaro, en la villa
De hermoso lago señora,
Lago que retrata un cielo
Limpio y azul, donde flotan
Blancas nubes que semejan
Grupos de errantes gaviotas.

Está en la flor de la vida,
No empaña ninguna sombra
Las primeras ilusiones
Con que el amor la corona.

Ama Rosa y es amada
Con un amor que no estorban
Sus padres, porque comprenden
Que el joven que para esposa
La pretende, nobles prendas
Y honrado nombre atesora.

Cuentan, los que lo conocen,
Que tal mérito lo abona,
Que no hay otro que le iguale
Cien leguas á la redonda.
Y aunque alabanza de amigo
Pueda tacharse de impropia,
Nadie niega que Fernando
Tiene el alma generosa;
Que sus riquezas divide
Con los que sufren y lloran,
Que es tan bravo, que el peligro
Desdeña y jamás provoca,
Pero lo humilla y lo vence
Cuando en su camino asoma.

No hay jinete más garboso
Ni más diestro, porque asombra
Cuando de potro rebelde
Los fieros ímpetus doma,
Y es tan amable en su trato,
Tan cumplido en su persona,
Tan generoso en sus hechos
Y tan resuelto en sus obras,
Que la envidia no se atreve
Con su lengua ponzoñosa
A manchar su justa fama
Cuando cualquiera lo nombra.

Ya se prepara la fiesta,
Cercanas están las bodas,

Los padres cuentan los días,
 Los prometidos las horas;
 Los amigos se disponen
 Para obsequiar á la novia
 Dando brillo con sus galas
 A la nupcial ceremonia.

Y aunque es fiesta de familia
 Por suya el pueblo la toma,
 Y en llevarla bien al cabo
 Se empeña la villa toda.

II

¡Con qué profunda tristeza
 Vive Rosa en su retiro!
 Está pálida su frente
 Y están sus ojos sin brillo;
 De la noche á la mañana
 Corre de su llanto el hilo,
 Sus padres sufren con ella
 Y están tristes y abatidos.
 No le da el sueño descanso
 Ni el sol le procura alivio,
 Que son la luz y las sombras
 Para el que sufre lo mismo.

Está muy lejos Fernando,
 Muy lejos y en gran peligro,
 Porque al llegar de la boda
 El instante apetecido,
 Invadió como un torrente
 La ciudad el enemigo.

El pabellón del imperio
 Halla en Pátzcuaro un asilo,
 Los franceses se apoderan

Del sosegado recinto,
 Su ley imponen á todos,
 Subyugan al pueblo altivo,
 Y Fernando, en su caballo,
 De pocos hombres seguido,
 Sale á buscar la bandera
 Que veneró desde niño,
 Y que agita en las montañas
 El viento del patriotismo.

Ni el amor ni la esperanza
 Le cerraron el camino,
 Que ciego á todo embeleso
 Y sordo á todo atractivo,
 La patria, sólo la patria
 En tales horas ha visto,
 Y por ella deja todo,
 A salvarla decidido.

Rosa se queda llorando
 Y como agostado lirio,
 No hay fuerza que la levante
 Ni sol que le infunda brío.

De su amoroso Fernando
 Sólo sabe lo que han dicho:
 Fué á la guerra, y lo conoce
 Firme, noble y decidido;
 Lo sueña entre los primeros
 Que acometen los peligros.
 Sabe que en todos los casos,
 Entre muerte y servilismo,
 Ha de preferir la muerte,
 Que es vida para los dignos.

Y con profunda tristeza
 Vive Rosa en su retiro

Sin consuelo ni descanso,
Sin esperanza ni alivio,
Que son la luz y las sombras
Para el que sufre lo mismo.

III

A la habitación de Rosa,
Al rayar de la mañana,
Llega un indígena humilde
Que viene de la montaña,
Y sin despertar sospechas
Cruzó por las avanzadas
Trayendo un papel oculto
En su sombrero de palma.

En hablar con Rosa insiste
Cuando de oponerse tratan
Sus padres que en todo miran
Espionajes y acechanzas.

Oye la joven las voces
Y con interés indaga,
Porque el corazón le dice
Que la nueva será grata,
Y lo confirma mirando
Que al borde de su ventana
Un *salla-pared* ligero
Tres veces alegres canta,
Nuncio de buena fortuna
Del pueblo entre las muchachas.

Llama al indio presurosa,
Éste con faz animada
La saluda, y del sombrero
Descose la tosca falda,
Y de allí con mano firme,

Saca y le entrega una carta
Que vino tan escondida,
Que á ser otro no la hallara.

Rosa, trémula, no acierta,
En su gozo, á desplegarla
Y ya febril é impaciente
Tanta torpeza le enfada;
Abre al fin y reconoce
Que Fernando se la manda,
Y en cortas frases le dice
Esto que en su pecho guarda:

“Mi único amor, vida mía,
Mi pasión, alma del alma,
No puedo vivir sin verte,
Que sin tí todo me falta;
Y aunque tu amor me da aliento
Y tu recuerdo me salva,
Tengo sed de tu presencia,
Tengo sed de tus palabras.

“Hoy por fortuna muy cerca
Me encuentro de tu morada,
Y he de verte aunque se oponga
Todo el poder de la Francia.

“Esta noche, á media noche,
Antes de rayar el alba,
Para verme y para hablarme
Asómate á la ventana.

“Adiós, vida de mi vida,
No tengas miedo, y aguarda
Al que adora tu recuerdo
Luchando entre las montañas.”

IV

Es pasada media noche,
Reina profundo silencio
Que sólo interrumpe á veces
El ladrido de los perros,
Ó el grito del centinela
Que lleva perdido el viento.

En su ventana está Rosa,
Entre las sombras, queriendo
Penetrar con la mirada
De sus grandes ojos negros,
Las tinieblas que sepultan
Los callejones estrechos.

Para no inspirar sospechas
Oscuro está su aposento,
Y ni á suspirar se atreve
Por no vender su secreto.

De súbito escucha pasos
Cautelosos á lo lejos,
Y al oírlos no le cabe
El corazón en el pecho.

Entre las sombras divisa
Algo que tomando cuerpo
A la ventana se llega
Y casi con el aliento
Le dice:—Prenda del alma,
Aquí estoy.

—¡Bendito el cielo!—

Contesta Rosa y las manos
En la oscuridad tendiendo
Halla el rostro de su amante

Que las cubre con sus besos.

—¿Dudabas de que viniera?

—¿Cómo dudar, si yo creo

Cuanto me dices lo mismo

Que si fuera el evangelio?

—¡Tantas semanas sin verte!

¡Tanto tiempo!

—¡Tanto tiempo!

—Pero temo por tu vida....

—No temas, Dios es muy bueno.

Ahora dime que me amas,

A que me lo digas vengo

Y á decirte que te adoro....

—¿Más que yo á tí, cuando siento

Hasta de la misma patria

El aguijón de los celos?

No te culpo, mi Fernando,

No te culpo, bien has hecho,

Pero dudo, y me atormenta

Pensar que esconde tu seno

Amor más grande que el mío

Y otro vínculo más tierno.

Escúchame: si algún día

Merced á tu noble esfuerzo,

Victoriosa tu bandera,

Por héroe te aclama el pueblo,

Yo disputaré á tu frente

Ese laurel, porque tengo

Ante la patria que gime

Para adquirirlo derecho;

Tú, sacrificas tu vida;

Yo, débil mujer, le ofrezco,

Alentando tu constancia,

Todo el amor que te tengo.

¡Ay, Fernando! ¿tú no mides

Este sacrificio inmenso?

Y al decir así, la mano
Atrajo del guerrillero
Y con su llanto al bañarla
La oprimió contra su pecho.

V

Limpia despunta la aurora,
Y en la ventana Fernando
No se atreve á despedirse,
Sin hacer del tiempo caso.

Mas de pronto, por la esquina,
Sobre fogoso caballo,
De la brida conduciendo
Un potro alazán tostado,
Un guerrillero aparece
Con el mosquete en la mano.

Acércase á la pareja,
Aquel coloquio turbando,
Y dirigiéndose al joven
Le dice:—mi jefe, vamos,
Monte, que nos han sentido,
Y somos dos contra tantos.

—¡Véte, por Dios!—grita Rosa.
Salta á su corcel Fernando,
Toma su pistola, besa
A la doncella en los labios,
Y á tiempo que se despide,
Por un callejón cercano
Desembocan en desorden
Argelinos y zúavos.

—¡Alto!—gritan los que vienen.
—¡Primero muerto que dado!—
Contesta el otro, y se lanza

Para abrir en ellos paso . . .
Suenan discordantes gritos,
Y se escuchan los disparos,
Y álzanse nubes de polvo
De los pies de los soldados;
Y al punto que Rosa enjuga
Sus ojos que anubla el llanto,
Ya mira cómo se alejan
A galope por el campo,
Libres de sus enemigos,
El asistente y Fernando.

VI

Algunos años más tarde,
Y cuando pagó á su patria
La deuda de sus servicios
Y la vió libre y sin mancha,
Volvió Fernando á sus lares,
Colgó en el hogar su espada,
Y no quiso ser soldado
Después de triunfar su causa,
Que fué guerrero del pueblo,
Luchador en la montaña,
De los que sólo combaten
Si está en peligro la patria.

Entonces cumplióle á Rosa
Sus ofertas más sagradas,
Y fué la boda una fiesta
Popular, risueña y franca.

Al verlos salir del templo,
Según refiere la fama,
Recordando aquellas frases
De la inolvidable carta,
Formando vistoso grupo

A las puertas de su casa,
 Las más bonitas del pueblo,
 Las más festivas muchachas,
 Con melancólicas notas
 Que á nuestros tiempos alcanzan
 (En canción que "Los Capiros"
 En Michoacán se la llama),
 Al compás de las vihuelas,
 De esta manera cantaban:

"Esta noche, á media noche
 Y antes que llegue mañana,
 Si oyes que al pasar te silbo
 Asómate á tu ventana."

LA HEROINA DEL DOLOR.

A la señora Carmen Romero Rubio de Díaz.

I

Por una angosta vereda
 Que cruza entre las montañas
 Que por el Sur de Jalisco
 Forman gigante muralla,
 Caminando paso á paso,
 Al despuntar la mañana,
 Van en sus dóciles potros
 Que de fuertes tienen traza,
 Un oficial embozado
 En vieja y obscura capa,
 Una mujer bella y joven
 Con un niño que amamanta,
 Y un asistente que sigue
 De la pareja la marcha.

Risueña nace la aurora,
 Alegres las aves cantan,
 El viento cruza tan manso,
 Que no estremece las ramas;
 Sonoro rumor se escucha

De las distintas cascadas,
Y la tierra humedecida
Con las lágrimas del alba
Entre el tupido follaje
Ligeras brumas levanta.

Por el azul de los cielos
Atraviesan las bandadas
De mirlos y colorines,
De tordos y guacamayas.

Van alegres los viajeros,
Y, al compás de las pisadas
De los caballos, sostienen
Festiva y sabrosa charla.
—Mira qué grandes, qué bellos
Tiene los ojos—exclama
La mujer mirando al niño:
Si ya con los ojos habla;
Mira que obscuro es su pelo
Sus manecitas qué blancas,
Y esa sonrisa tan dulce
Que llega al fondo del alma.
¿No confiesas que es hermoso?

Y el oficial que no aparta
Del bello grupo la vista,
Responde con risa franca
Que la ternura denuncia
Y el buen carácter delata:

—Por fuerza debe ser bello,
Si tiene mi misma cara:
Es retrato de su padre
Y hasta los ciegos lo cantan.—
Alzó la joven el rostro,
Y lanzando una mirada

Más traviesa que burlona:
—Sí, tu retrato le llamas
Contestó—porque no has visto
En un espejo tus gracias.—

Y como dando la prueba
De que mienten sus palabras,
Acaricia del marido
La luenga y sedosa barba.

El sol se va levantando;
De los montes en la falda
Las nieblas desaparecen,
Y se agrupan en las palmas,
Buscando la fresca sombra,
Las aves en las cañadas.

Sigue el grupo su camino,
Mas ya con penosa marcha,
Que baja lumbre del cielo
Y el suelo despide llamas.

La madre al niño procura
Defender del sol que abrasa,
Formándole frágil toldo
Con tela ligera y blanca.

El oficial va cual antes
Sin soltar ni la bufanda,
Pues toma por buena regla:
“Para buen sol, buena capa.”

El soldado indiferente
Silbando el toque de marcha,
Sigue cual si no sintiera
Temperatura tan alta.

Él se apellida Lozano;
Ella, Matilde se llama,

Y el asistente responde
Al nombre de Juan Zapata.

II

De improviso los caballos
Detiéndose, y con recelo
Alzan la cabeza y mueven
Ambas orejas á un tiempo.
El oficial y el soldado
Comprenden cercano riesgo,
Los dos empuñan las armas,
Y, con ademán resuelto,
Saltan entre la maleza,
Límite del bosque espeso.
No bien un palmo adelantan
Cuando salen á su encuentro,
Cual brotando de la selva,
Audaces, terribles, fieros,
Los cazadores franceses
Que allí estaban en acecho.

Es la resistencia inútil
Que en gran número son ellos,
Y tan de prisa se llegan,
Que cercan en un momento
Al oficial y á Zapata,
Intimándoles soberbios.
El uniforme denuncia
Á Lozano, y sin remedio
Tiene que entregar sus armas
Y darse por prisionero.

Muda de asombro, temblando,
Con el rostro descompuesto,
Las lágrimas en los ojos
Y apretando contra el seno

Al niño, cual si quisiera,
En ella misma esconderlo,
Matilde mira á su esposo,
Á los soldados y al cielo:
Y ni tiene una plegaria,
Ni una queja, ni un lamento.

En tanto, de los caballos
Hacen bajar á los presos,
Y en medio de los franceses
Y sin ningún miramiento,
Se encamina la columna
Buscando el vecino pueblo,
Y tras ella pensativa
Sigue Matilde en silencio,
Que nadie de ella se ocupa
En tan aciagos momentos.

Una madre abandonada,
En un camino desierto,
Con un niño entre los brazos,
Llevando dentro del pecho
El corazón comprimido
Por el dolor más intenso,
Podrá conmover sin duda
El ánimo más sereno:
Pero en medio de las luchas
Y cuando sopla el aliento
De los combates, en vano
Fuera buscar un consuelo
En marciales corazones
Templados á sangre y fuego.

III

Prisionero está en Colima
El comandante Lozano,
Y en la pobreza Matilde

Vive su prisión llorando.
 Tiene en peligro la vida
 El jefe republicano,
 Pues de cuantos han caído
 A ninguno ha perdonado,
 Que Berthelín que allí manda
 Debe en justicia á sus actos
 Los renombres que le siguen
 De implacable y sanguinario.

Matilde ocupa una casa
 En un apartado barrio,
 Mas, por desgracia, esa calle
 Es el camino marcado
 Para llevar diariamente
 Las víctimas al cadalso.

Y así, todas las mañanas,
 Luego que suenan las cuatro,
 Oye Matilde que llevan
 En las sombras los zúavos
 A una plazuela cercana
 Los mártires sentenciados.

Escucha á pocos instantes
 El sonar de los disparos,
 Y luego vuelve la escolta
 Los cadáveres dejando,
 Que el cura siempre recoge
 Cuando el sol está muy alto.

En horrible incertidumbre,
 Con el pecho destrozado,
 Cada mañana Matilde
 Escucha llena de pasmo,
 Cuando pasa la columna
 A los mártires llevando;
 Cada mañana supone

Que va con ellos Lozano,
 Y al escuchar las descargas
 Nubla sus ojos el llanto
 Y con voz entrecortada
 Pone al niño en su regazo,
 Y acercándolo á su rostro,
 Le dice, bajo, muy bajo:
 —¡Hijo del alma, quién sabe
 Si á tu padre habrán matado!—

Se pone luego en acecho,
 Y al regresar los zúavos,
 Cuando siente que se alejan
 Y queda en silencio el barrio:
 Coge un farol y le oculta,
 Toma al niño entre sus brazos,
 Abre con temor la puerta,
 Ve la calle con espanto,
 Y trémula y conmovida
 Dirige el incierto paso
 Hasta el lugar en que yacen
 Los muertos abandonados....

Lanza su rojiza lumbre,
 Tras de los vidrios opacos,
 El farolillo que tiembla
 De la mujer en la mano.
 Hirsuto el negro cabello,
 De las órbitas saltando
 Los ojos, como dos ascuas,
 Ve Matilde, paso á paso,
 Uno por uno, los rostros,
 Por el plomo destrozados.
 Hunde las desnudas plantas

De tibia sangre en los charcos,
Y ni el terror la detiene
Ni la domina el espanto.

Inclínase y delirante
Va cada rostro mirando,
Y si en alguno las huellas
Del proyectil han borrado
Las facciones, si la sangre
Oculta todos los rasgos,
Valerosa se arrodilla
Y con atrevida mano
Lo enjuga, aparta el cabello,
Y su audacia llega á tanto,
Que á muchos abre los ojos
Claros señales buscando.

Cuando queda satisfecha
De que no ha muerto Lozano,
Se arrodilla, eleva al cielo,
Cortándola con su llanto,
La más ferviente plegaria
Que alzó pecho atribulado.

Vuelve en seguida á su casa
Pasa en terribles trabajos
Las horas, llega la noche,
Escucha sonar las cuatro,
Y otra vez la misma escena,
Y sin tregua ni descanso
Uno tras otros los días
Va en en esta angustia pasando;
Así transcurren los meses
Está su cabello blanco,
Está su faz demacrada,
Donde abrió surcos el llanto,
Y ya una anciana parece
Y cuenta veintitrés años.

IV

Una noche tenebrosa,
En que ruda la tormenta
Sobre la ciudad bramando
Hace estremecer la tierra,
Y las ráfagas del viento
Hondos gemidos remedan,
Y el relámpago se enciende
Rasgando la sombra densa,
Y se desata en raudales
De lluvia la nube negra,
Tan turbada está Matilde,
Tan turbada y tan inquieta,
Que la tempestad de su alma
A la del cielo semeja.

Quiere rezar y no puede,
Quiere llorar y están secas
De sus lágrimas las fuentes,
Que las agotó la pena.

Quiere quejarse; y palabras
Por más que busca no encuentra;
Al niño toma en sus brazos,
Y, cual si suyo no fuera,
Como perdido entre nubes,
Con vaguedad lo contempla,
Y siente que le abandonan
La voluntad y las fuerzas,
Y que su razón vacila,
Y que su sangre se hiela.

Así queda largo tiempo
Como estatua muda y quieta,
Mas de improviso se yergue,

Alza el rostro, escucha atenta,
Y se convence, temblando,
De que ya las cuatro suenan

.....
.....
.....

Reina en la calle el silencio,
Ha cesado la tormenta,
Y se oye sobre las charcas
Las pisadas que se acercan
De las tropas que caminan
A la ejecución sangrienta.
Matilde, cobrando aliento,
Va con sigilo á la puerta
Y quiere por las rendijas
De la gastada madera
Contemplar á los que pasan,
Pero la sombra es tan densa
Que en vano lanza cual dardos
Sus miradas hacia fuera,
Y sólo descubre bultos
Iguales, fantasmas negras,
Que saliendo de unas sombras
En otras sombras penetran.

Ella detiene el aliento
Mientras pasan y se alejan,
Y ni á respirar se atreve,
Inmóvil, como de piedra,
Hasta que escucha á lo lejos
Cómo las descargas suenan.

Entonces lanza un gemido;
Nunca tan honda su pena
Sintió como en esa noche
De agonía y de tormenta.

Cuando de vuelta la tropa,
Quedó la calle desierta,
Matilde, cargando al niño,
Corre á la plaza siniestra,
Y su agitación es tanta,
Que á cada paso tropieza.

Llega hasta el lugar terrible,
Y loca, convulsa, ciega,
Con avidez y con ansia,
Al fulgor de su linterna
Mira un cadáver tendido
Sobre la mojada yerba.

Cuando la luz amarilla
Baña la faz descompuesta,
Matilde lanza un profundo
Grito, y se desploma yerta.

V

Cuando el sol de la mañana
Bañó montes y collados,
Y fué á buscar á los muertos
El cura humilde del barrio;
Descubrió con gran asombro,
Estrechamente abrazado,
El cadáver de una dama
Al cadáver de Lozano,
Y junto al fúnebre grupo,
Llorando en el triste campo,
Un niño que apenas muestra
Tener de existencia un año.

EL PRISIONERO DE PAPAZINDAN.

À IGNACIO PÉREZ SALAZAR.

I

Treinta y tres años cumplidos,
 Ancha la espalda, alto el pecho,
 Estatura que disfraza
 El tosco vigor del cuerpo.
 Ojo vivo y penetrante,
 Corto el poblado cabello,
 Sin un asomo de barba,
 El bigote escaso y recio;
 Hundido sobre las cejas
 Ancho y oscuro sombrero;
 Ninguna insignia en el traje,
 Ningún militar arreo,
 Siempre prudente y callado,
 Siempre vestido de negro;
 Con una calma y un modo
 Tan natural, tan modesto,
 Que más al verle semeja
 Humilde y franco labriego
 Que luchador indomable
 Y temido guerrillero,
 A quien los franceses nombran,
 Por su arrojo y su denuedo,

El león de las montañas,
 Y que en reñidos encuentros,
 Lo mismo en Venta del Aire,
 Zitácuaro y Anganguero,
 Probó bien cuánto á su patria
 Ama y defiende su pecho.

Jamás el rudo combate
 Llegó á contemplar de lejos,
 Pues acompañado ó solo
 Entraba siempre el primero.
 Nunca contó al enemigo,
 Que donde estaba sabiendo,
 Se apresuraba á encontrarle
 Valiente pero sereno.
 Como todos reposado,
 Y más que todos, resuelto;
 Al comenzar el combate,
 Al enemigo embistiendo,
 Ni la cabeza inclinaba
 Para acometerle ciego,
 Ni con destemplados gritos
 Daba á sus huestes aliento,
 El valor en sus soldados
 Brotaba con sólo verlo;
 Que una enseña es su figura,
 Su calma estoica, un ejemplo.
 Nada resiste á su empuje,
 Y abre un camino su acero
 Por el que va la victoria
 Siempre sus huellas siguiendo.
 Los enemigos le temen;
 De la noche en el silencio
 Por todas partes esperan
 Como á un tigre sorprenderlo.
 Mas no valen emboscadas
 Y es vano cualquier intento,

Que siempre burla sus planes,
Desbarata sus proyectos,
Y los humilla y los vence,
Y á tanto llega su esfuerzo,
Que como un ser protegido
Por insondable misterio,
Le miran propios y extraños:
Tal es Nicolás Romero.

II

No tuvo Riva Palacio
En aquel glorioso tiempo
Un soldado más adicto
Ni un amigo más sincero.
Y cuéntese con que andaban
A su lado: Luís Robredo,
Que en Tacámbaro sucumbe
A los belgas combatiendo;
El coronel Luís Carrillo,
Que en los muros de Querétaro,
Al frente de sus soldados,
Exhaló el postrer aliento;
Y Bernal, que en Uriúápam,
Asaltando un parapeto
Dejó escaparse la vida
Por ancha herida en el pecho.
Y otros héroes cuyos nombres
En el polvo se escondieron,
Y quedan allí esperando
Que la Historia, juez supremo,
A la vida de la gloria
Los llame por justo premio.
Por eso, como entre todos
Descuella el bravo Romero,
Y como todos lo juzgan
En campaña el más experto,

Dispone Riva Palacio
Dejar á su mando el cuerpo
Que ha combatido sin tregua
En el Estado de México,
Mientras él marcha á encargarse
En Michoacán del Gobierno,
Y á reunir las divisiones
Del Ejército del Centro.
Transcurren algunos días,
Y órdenes tiene Romero
De ir á Tacámbaro á unirse
Con el resto del ejército.
Obedece como siempre,
Precipita los aprestos,
Y ya lista su brigada
En marcha se pone luego.

III

Es azarosa y terrible
La vida del guerrillero,
Pero lo fué más que nunca
Sostenida en aquel tiempo
Cuando flotaba triunfante
La bandera del Imperio,
Y árbitro de nuestra suerte
Era Napoleón tercero.
El porvenir asomaba
Mostrando en el turbio cielo
Anchas nubes tormentosas,
Tristes horizontes negros,
Y al pendón republicano
Miraba con torvo ceño
La victoria, sin dejarle
Sus glorias y sus trofeos.

¡Soldados de las montañas!
Unos vivos y otros muertos;

Vuestra abnegación asombra
 En esa lucha, teniendo
 La muerte siempre á la vista;
 Y sin esperar el éxito
 El mundo os miró luchando,
 Que no soñábais más premio
 Que combatir por la patria
 Y morir por sus derechos.
 Hasta ignorábais, humildes,
 Que de noche, en el silencio,
 Cuando las rojas hogueras
 Alumbran los campamentos,
 Pasaban entre las sombras,
 Vuestra causa bendiciendo,
 Tres espíritus sublimes
 Que os dieran heróico ejemplo.
 ¡Hidalgo! de nuestras glorias
 Impulso, móvil y centro;
 Con él, un héroe que fuera
 De la Independencia el genio:
 ¡El invencible de Cuautla!
 ¡El intachable Morelos!
 Y con ambos la más viva
 Encarnación de este pueblo:
 El águila de su escudo:
 ¡El indomable Guerrero!
 ¡Soldados de las montañas!
 ¡Nobles soldados de pueblo!
 Los que tuvisteis por tienda
 Praderas, montes y yermos,
 Harapos por uniforme
 Y abrupto peñón por lecho!
 Sonará siempre mi lira
 Con algún acorde tierno,
 Al repetir vuestros nombres
 Y al relatar vuestros hechos.
 ¡Cuántos dormís en el polvo!

¡Cuántos, ya tristes y viejos,
 Entre olvido y amargura,
 Vivís de vuestros recuerdos!
 Perdidas las ilusiones,
 Y la fe muerta en el pecho,
 Contáis vuestras breves horas
 Envidiando á los que han muerto.
 Mi voz pretende sacaros
 De tan hondo abatimiento,
 Que si en alas polvorosas
 Lleva esas glorias el tiempo,
 Yo que nací mexicano,
 Arrebatárselas quiero,
 Y como un grupo de soles
 Mostrarlas al Universo:
 ¡Soldados de las montañas!
 ¡Nobles soldados del pueblo!

IV

Como verjel escondido
 Entre montes gigantescos,
 En donde limpios arroyos
 Fertilizando aquel suelo,
 Cruzan entre las parotas,
 Retozan entre los ceibos,
 Y se ocultan en la grama
 Y después brotan ligeros,
 Brindando con sus cristales
 A los ganados sedientos,
 Mientras se posan las garzas
 En los hojosos granjenos,
 Y las guacamayas cruzan
 Con tardo y pausado vuelo;
 Hay un grupo que semeja
 Un palomar pintoresco,
 Formado de blancas chozas,

En donde habitan contentos
 Con sus familias humildes
 Francos y altivos rancheros.
 Cerca de cuarenta leguas
 Distará el naciente pueblo
 De Zitácuaro, medidas
 Sobre escabrosos senderos;
 Papazindán se le llama,
 Y de la guerra el aliento
 No ha nublado todavía
 El limpio azul de su cielo.
 Una mañana se miran
 A los ardientes reflejos
 Del sol que nace, esos campos
 Poblados de guerrilleros.
 Allí pasaron la noche,
 Allí se ve el campamento
 Que formó la infantería
 De la Cañada en el centro,
 Y son aquellos soldados
 Que inspiran amor al pueblo
 Los que en constante campaña
 Manda Nicolás Romero.
 No esperan al enemigo
 Y como libres de riesgo,
 Olvidando las fatigas,
 Descansan todos contentos.
 De súbito, se oyen tiros
 Y blasfemias y denuestos,
 Y como huracán terrible
 Que no espera el mar sereno,
 Destrozando la maleza
 Y la tierra estremeciendo,
 Furiosos se precipitan
 Enemigos regimientos,
 Acuchillando á su paso
 Y el espanto difundiendo,

Sin dar á los más osados,
 Para defenderse, tiempo.
 Tras ese alud de jinetes
 Los infantes vienen luego,
 Y lo que aquellos comienzan
 A consumir llegan éstos.
 Nada resiste á su empuje,
 Y muertos ó prisioneros
 Quedan los que no han podido
 Ir por el bosque dispersos.
 Nada se sabe del Jefe,
 Los franceses con empeño
 Por todas partes preguntan
 Si ha quedado vivo ó muerto;
 Mas como nada descubren
 Y al combate han dado término,
 Para descansar escogen
 El lugar de aquel siniestro.
 Dos horas después se mira
 Tan tranquilo todo aquello,
 Que un grupo de zuavos ríe
 Contemplando á un compañero
 Que en pos de arrogante gallo
 Corre afanoso y violento.
 El animal, ya rendido,
 Por salvarse emprende el vuelo
 Y entre las ramas de un árbol
 Esconde el pintado cuerpo.
 El zuavo llega en su busca,
 Alza los ojos atento,
 Y descubre, entre el ramaje,
 Recatado un bulto negro,
 Lanza un grito de sorpresa,
 Requiere el arma violento,
 Y con grandes voces llama
 A todos sus compañeros.
 Acuden, miran, discuten,

Gritan y le intiman presto
 Que descienda, si no quiere
 Que sobre él rompan el fuego.
 Muévense entonces las ramas,
 Y lentamente, sin miedo,
 Baja por el tronco un hombre
 Que está vestido de negro.
 A tal novedad acuden
 Más jefes y subalternos,
 Que á la par que lo contemplan
 Le forman círculo estrecho.
 No le conoce ninguno,
 Más él, á todo resuelto,
 Les dice con voz tranquila:
 "Yo soy Nicolás Romero."
 Al escuchar ese nombre,
 Temido por todos ellos,
 Y al contemplar desarmado
 A quien vencido no vieron,
 Asoma en todos los rostros
 Con el asombro el contento.
El león de las montañas
 Presa del destino ciego,
 Más debe al propio infortunio
 Que del contrario al esfuerzo
 Hallarse entre los franceses
 Desarmado y prisionero.

V

Aunque el sol naciente brilla
 Con deslumbrantes reflejos,
 De la ciudad opulenta
 Sobre el transparente cielo;
 Hay algo que no se explica,
 Que pesando sobre México
 Hace que la luz se mire

Con un color ceniciento,
 Y alumbre calles y plazas
 Como la antorcha de un féretro.
 Los ánimos conturbados,
 Los corazones opresos,
 Tristeza por todas partes,
 Por todas partes silencio.
 El menos sagaz comprende
 Que se prepara un suceso
 Tan triste, tan pavoroso,
 Tan terrible, tan funesto,
 Que al presentirlo semeja
 La ciudad un cementerio.
 Desde que rayó la aurora,
 En la penumbra se vieron
 Marchar silenciosamente
 Del enemigo extranjero
 Los pesados escuadrones,
 Los compactos regimientos,
 No distante de la plaza,
 En el oriental extremo
 De la ciudad, se descubre
 Vecina de los potreros
 De Aragón, desierta plaza
 De triste y mísero aspecto.
 Cierran su humilde recinto
 Albergues de carboneros,
 Y pobres chozas que alfombran
 Guijarros y polvo seco.
 Es la plaza de Mixcalco,
 Que á todos infunde miedo
 Por ser sitio en que la pena
 Capital sufren los reos;
 La ha regado mucha sangre;
 Muchos el postrer aliento
 Lanzaron allí, mirando
 Aquel contorno siniestro.

Por eso los grises muros
 Del ángulo norte izquierdo
 Son conocidos por todos
Como el rincón de los muertos.
 Va lentamente á esa plaza,
 En gruesas ondas el pueblo,
 En pos de los batallones
 Que van llegando en silencio.
 Fórmase el cuadro, se alínean
 Los zuavos en primer término,
 Y entre sus filas asoman
 Las anchas bocas de fuego.
 Detrás cazadores de Africa,
 Que con su marcial aspecto
 A la inquieta muchedumbre
 Imponen mudo respeto.
 Alzace un rumor de pronto,
 Como el mar que ruge fiero,
 Abren paso los soldados,
 Entra todo en movimiento,
 Y en el cuadro se presenta
 El funerario cortejo
 Con el que van al cadalso
 Cuatro mártires del pueblo.
 Era el uno Roque Flores,
 Un valeroso sargento;
 El otro Encarnación Rojas,
 Alférez del mismo cuerpo;
 Higinio Alvarez, altivo
 Comandante, muy apuesto,
 En un tricolor zarape
 Con suma elegancia envuelto;
 Y con ellos muy tranquilo,
 Como quien marcha á paseo,
 El valor en la mirada
 Y fumando y sonriendo,
 Al patíbulo glorioso

Llega Nicolás Romero.
 Fórmase á los cuatro en fila,
 Reina fúnebre silencio,
 Los tiradores preparan,
 Se da la señal de fuego,
 Y al tronar de los fusiles,
 El grito de *¡Viva México!*
 Brotando de aquellas bocas,
 Va con su postrer aliento
 Por el cielo de la patria
 En nubes de gloria envuelto.

VI

¡Soldados de las montañas!
 ¡Nobles soldados del pueblo!
 Sobre vuestras tumbas crecen,
 Inmarcesibles y eternos,
 Los laureles con que adornan
 Los inmortales sus templos.
 Humildes desde la cuna,
 Nacisteis en el silencio,
 Y á la luz del patriotismo
 Que se encendió en vuestros pechos,
 La historia imparcial, severa,
 Grabó con buril de fuego
 Vuestros nombres en sus altos,
 Perdurables monumentos!

EL TORDO.

(21 DE MAYO DE 1866).

A MI ESTIMADO AMIGO FRANCISCO SAENZ MERAZI

Como un nido de palomas
 Que se esconde en las cañadas,
 Debajo de un cielo hermoso
 Azul, sereno y sin mancha,
 Está Huejutla; la cercan
 Sus pintorescas montañas;
 Bellas flores la perfuman
 Y tres arroyos la bañan.
 A la luz del sol naciente
 ¡Cuán risueños se destacan
 Sus tejados siempre rojos
 Y sus casas siempre blancas!
 Huejutla, es la arteria rica
 Que vida y vigor derrama,
 De la Huasteca á la Sierra,
 Que las estrecha y enlaza,
 Como llave y como centro
 De comercio y de abundancia.

Allá en los funestos días
 De la intervención extraña,
 Puso el Imperio en Huejutla

Buena parte de sus armas.
 Más de cuatrocientos hombres
 A la ciudad resguardaban,
 Provistos de cuanto puede
 Ambicionarse en campaña.
 Llegó el veintiuno de Mayo
 Del sesenta y seis. Erraba
 El gran Juárez manteniendo
 Pura de la ley el arca,
 Por los aridos desiertos
 Y los montes de Chihuahua.
 Como Mayo es mes de gloria
 Que en nuestros fastos resalta,
 A los libres de Huejutla
 Les llenó de fuego el alma,
 Y un humilde hijo del pueblo,
 Moreno, de anchas espaldas,
 De ojos negros y brillantes
 Con expresivas miradas,
 Antonio Reyes, un pobre
 Capitán que lamentaba
 Ver en su tierra nativa
 A las fuerzas del monarca;
 Agrupó veintitres hombres
 De los de más temple y alma,
 Y les dijo: "vamos todos
 A morir por nuestra causa,
 O á expulsar de nuestro suelo
 A los que tanto lo infaman."
 Y sin otros elementos
 Que mal parque y pocas armas,
 Intentó dar un asalto
 El veinte por la mañana,
 Pero el cielo abrió inclemente
 Sus horribles cataratas
 Y frustró todos los planes
 Que Antonio Reyes fraguara.

Con trabajos espantosos
 Los que en el secreto estaban
 Secando á medias el parque
 Esperaron la alborada
 Y Reyes pidió á sus hombres
 Que librarán la batalla
 Llevando los pies desnudos
 Para que nadie escapara.
 Y así, descalzos, y llenos
 De fe, de valor, de rabia,
 A las tropas imperiales
 Sorprenden con tal audacia
 Que ni éstas se dieron cuenta
 De quiénes las atacaban
 Ni dispusieron de tiempo
 Para resistir la carga.
 Tan violento fué el ataque
 Que ya desmoralizadas,
 Dejando cien prisioneros
 Abandonaron la plaza.
 El osado Antonio Reyes
 A quien "El Tordo" llamaban
 Sus compañeros y amigos,
 Fué el más bravo en la campaña,
 Y á tiempo que la victoria
 Coronó sus esperanzas,
 Y á tiempo que decía á todos:
 ¡Vencimos! ¡Viva la Patria!
 Un proyectil alevoso
 Le penetra por la espalda
 Y apaga el brillo en sus ojos
 Y en sus labios las palabras.
 ¡Viva el Tordo! repetían
 Los ecos en las montañas,
 ¡Vivan Huejutla y sus hijos
 Que alzan las frentes sin mancha!

Entre tanto, habían dejado
 Los imperiales la plaza,
 El sol de Mayo vertía
 Rayos de amor y esperanza
 Y al aire daban sus voces
 De entusiasmo las campanas.
 Y allí sobre toscas piedras
 En roja sangre empapadas,
 Antonio Reyes "El Tordo,"
 El héroe de aquella hazaña,
 Rígido, inerme, sin vida,
 En su semblante irradiaba
 La gloria, la inmensa gloria
 Del que muere por la patria.

1891.

¡PRIMERO ES LA PATRIA!

A MI FRATERNAL AMIGO RAFAEL DE ZAYAS ENRIQUEZ

Apenas por el oriente,
 Entre celajes de plata
 Y disipando las sombras,
 Aparece la mañana;
 Cuando el eco despertando
 De la desierta montaña,
 El estampido sonoro
 Del cañón difunde alarma.
 Precipitados los belgas
 Que á Tacámbaro resguardan,
 En las trincheras se agolpan
 Y al combate se preparan.
 Ya de una altura descienden
 Las fuerzas republicanas
 Y vibran de las cornetas
 Las notas limpias y claras.
 Se miran los batallones,
 Que denso polvo levantan,
 Marchando pausadamente
 De las lomas por la falda.
 La división es aquella
 Que en la constante campaña,

Del Ejército del Centro
 Nicolás Régules manda.
 En ella cuéntanse muchos
 Jóvenes en cuyas almas
 El patriotismo ha encendido
 Su pura y ardiente llama,
 Que al llevarlos al combate
 Vencer ó morir les manda;
 Los estimula y anima
 Luís Robredo, y le acompaña
 De valor y de fe lleno
 José Vicente Villada.
 Va á comenzar el combate,
 De prisa el sol se levanta
 Y los ayudantes cruzan
 Entre columnas cerradas;
 Se apresta la artillería
 Y ocupan la retaguardia
 Los escuadrones, formados,
 Y listos para la carga.
 Ya los Jefes impacientes
 Sólo la señal aguardan
 Para emprender atrevidos
 El asalto de la plaza.
 Ya Régules se dispone
 A dar la voz esperada,
 Cuando llega un hombre á escape
 Corriendo desde la plaza.
 El General al mirarle
 Le tiende la mano franca
 Y con gran fatiga el otro
 Le dirige la palabra.
 —Que no hagan fuego, le dice,
 Que en la trinchera cercana,
 En esa que se divisa
 De la ciudad á la entrada,
 Han colocado los belgas,

Al rayar de la mañana,
 A los que usted en el mundo
 Más considera y más ama:
 ¡ Están su esposa y sus hijos!
 Pues quieren, si usted ataca,
 Que reciban los primeros
 La mortífera descarga. —
 Régules queda en silencio;
 Y luego con mucha calma,
 A los artilleros grita:
 —¡Fuego; ¡Primero es la Patria!—
 Al sonar su voz, retumba
 El cañón, y se levanta
 La espantosa gritería
 De las columnas en marcha.
 Pero un eco más terrible.
 Régules siente en el alma,
 Pensando donde la muerte
 Llevado habrá la metralla.
 Sus ojos no se humedecen,
 Ni su faz se torna pálida,
 Y sólo en el entrecejo
 Sus pensamientos se marcan.
 —Avancen, les grita, avancen,
 Y, haciendo brillar su espada,
 Entre densas nubes de humo
 Impasible se adelanta.
 ¡Con cuánto valor defienden
 Los imperiales la plaza!
 ¡Con cuánto arrojo combaten
 Las huestes republicanas!
 Suyas las primeras líneas
 Después de tenaz batalla,
 Los asaltantes ocupan
 Trincheras, calles y casas.
 Reconcéntranse los belgas
 En la iglesia y se preparan

A hacer una resistencia
 Terrible y desesperada.
 La gente va resbalando
 De fresca sangre en las charcas,
 Y hay tantos muertos, que oponen
 Dificultad á la marcha.
 Los soldados tropezando
 Y cayendo se adelantan
 Hasta cercar la parroquia
 Entre una lluvia de balas.
 Allí cubierto de gloria,
 Y de la patria en las aras,
 El coronel Luís Robredo
 El último aliento exhala.
 Tras dos horas de combate
 La tropa mira asombrada
 Que la iglesia se corona
 Con un penacho de llamas.
 Cunde el fuego, el humo denso
 En anchas nubes se escapa
 Y en remolino de chispas
 Por las abiertas montañas;
 Y se estremecen los muros,
 Y las puertas se desgajan,
 Y crujiendo se desploman
 Los techos sobre las masas.
 Los imperiales se rinden,
 Y de la heroica batalla
 El éxito y el arrojo
 Lleva en sus ecos la fama;
 Y cuando ya la victoria
 Anuncian alegres dianas,
 Régules vuelve á sus hijos,
 Vuelve á su esposa, y se pasma,
 De ver como respetaron
 Sus corazones las balas;
 Y al estrechar en sus brazos

Aquellas prendas del alma,
 Escucha como repite
 En torno suyo la Fama,
 Grabándolas en la Historia,
 Aquellas nobles palabras
 Que más que Guzmán el Bueno
 Y más que un hijo de Esparta,
 Lanzó diciendo á sus tropas:
 "¡Fuego! ¡Primero es la Patria!"

EL CANJE DE PRISIONEROS.

A la memoria del immaculado Caudillo
 de la Independencia

GENERAL VICENTE GUERRERO.

PRIMERA PARTE.

LOS DOS PADRES.

I

En la ciudad opulenta
 Que fué en los tiempos de antaño
 Residencia de virreyes,
 Orgullo de los vasallos
 Y emporio de las riquezas
 De este suelo mexicano,
 Donde aztecas y españoles
 Levantaron sus palacios;
 Una mañana de invierno,
 Al ir feneciendo el año
 Que contó sesenta y cinco
 Del siglo que va espirando,
 Conversaban tristemente
 Haciendo corte á un anciano,
 Un grupo de caballeros
 Con semblantes consternados.

Era el viejo de estatura
Elevada y rostro franco,
Con bien marcadas señales
De ser antiguo soldado;
Por sus rugosas mejillas,
Sobre sus marchitos labios,
Como dos sirtes de plata
Bajaba el bigote cano.

De sus miradas el brillo
Eclipsaban, á su paso,
Lágrimas mal recogidas
Con seca y trémula mano,
Que algunas veces mojaban
Un pecho condecorado
Con la cruz más envidiable
Que registran nuestros fastos;
La que tiene en el anverso
Con áureas letras grabado:
Treinta contra cuatrocientos,
En medio de un verde lauro.
Y al empaparla unos ojos
Que han visto el sol setenta años,
Prueban que dolor inmenso
Hace verter ese llanto.

Por eso los que acompañan
En su plática al anciano
Están ceñudos y tristes,
Y mudos y consternados.
—Es una maldad sin nombre,
Les dice ¡joven! ¡gallardo!
¡Hijo querido! . . . no puedo
Resignarme . . . ; fusilarlo
Con tan bellas esperanzas!
¡Tan bueno! ¡me quiso tanto!
Cuántas veces pequeñito

Al tenerle entre mis brazos,
Pensé, temiendo estas cosas:
Antes muerto que soldado.
Y ya lo veis, el destino,
La mala suerte, el acaso,
A tener un fin tan triste
Bien pronto le condenaron.
¿Por qué me sobra la vida?
¡Yo en su lugar! Está claro. —
Y anudada su garganta
Sigue en silencio llorando,
Y están sin brillo sus ojos
Y están trémulas sus manos.

.....
En aquella escena muda
Transcurre así largo rato,
Hasta que haciendo un esfuerzo
Más que grande sobrehumano,
Levanta el rostro y procura
Manifestarse calmado,
Y como claras señales
De que se domina dando,
Dice á los que le acompañan,
Viendo venir á caballo
A un hombre que se aproxima
Hacia el grupo, paso á paso:

—Cuando perdemos á un hijo
Ó algún otro sér amado,
Su figura nos recuerdan
Muchos de los que encontramos;
Por ejemplo, aquel que viene
Dijera que es el retrato,
El hombre más parecido
Al hijo que allá en Huetamo
En unión de tantos belgas
Fusiló Riva Palacio!—

Y aquí, ya sin contenerse,
Bajó su rostro el anciano,
Y sin poder reprimirlo
Volvió á sus ojos el llanto.

Como al cruzar de los tiempos
Se abate el roble cansado,
El roble que enantes pudo
Burlar el golpe del rayo;
Ese hombre que triste llora,
Ese antiguo veterano,
Fué en otros tiempos temible,
Bullicioso, alegre, osado;
Don José Miñón, que tiene
Un nombre en fama muy alto,
Y que, de los generales
Es ya sin duda el decano.

Por eso los que le miran
En esa edad y llorando,
Están ceñudos y tristes
Y mudos y consternados.

II

De las toscas herraduras
Se escucha entonces cercano
El duro golpe que anuncia
Que llega precipitado
El jinete que al mirarlo
Ha conocido el anciano.
—¡Padre! ¡Padre!—grita alegre,
A tierra veloz saltando,
Y con raudo movimiento
Alzándole entre los brazos.

Torna el viejo la cabeza,
Quiere hablar, queda callado,

Abre aturdido los ojos
Entre risa y entre pasmo;
La cabeza del mancebo
Oprime con ambas manos,
Besa trémulo su frente,
Y baña su rostro en llanto.

Reina un silencio solemne,
Silencio sólo turbado
Por los sollozos convulsos
Que brota el pecho de entrambos.
Los del grupo enternecidos,
Absortos ante ese cuadro,
Húmedos tienen los ojos
Y la sonrisa en los labios.
Por fin el padre pregunta
Con acento entrecortado:
—¿Cómo vives? ¿á quién debo
Tal prodigio, tal milagro?
¿Cómo, si todos han muerto,
Puedo mirarte á mi lado?—
—¿Quién ha muerto, padre mío?
De todos los que en Huetamo
Estabamos prisioneros,
A ninguno fusilaron
—¡A ninguno!

—Sí, á ninguno.
Pues de Guerra el Secretario
Parte oficial ha tenido
—El parte oficial es falso;
Para proponer un canje
Vengo yo comisionado
—¿Un canje?—

—Sí; ya usted sabe
Que reunidos en Zirándaro
Los prisioneros de guerra,
Bajo palabras quedamos

Sin más custodia en el pueblo
 Que nuestro honor empeñado.
 Una mañana supimos
 Que en Uruápam fusilaron
 Los imperiales á Arteaga
 A Salazar y á otros varios.
 Nos conmovió la noticia,
 Y temimos consternados
 Que espantosa represalia
 Allí pudiera orillarnos
 A igual suerte, y aturdidos
 En aquel terrible caso,
 Los oficiales y jefes
 Belgas, conmigo contando,
 Salimos luego del pueblo,
 Y á poco nos encontramos
 A orillas del Zacatula
 Y sin conocer el vado.
 Vimos un bote, fué nuestro,
 Y, saltando en él, bogamos
 Con la esperanza ilusoria
 De llegar al Océano.

Conocida nuestra fuga,
 Nos tendieron nuevos lazos,
 Y, antes de mediar el día,
 Al tocar en un remanso,
 Nos hicieron prisioneros
 Y nos formaron el cuadro,
 Por ser orden terminante
 Prendernos y fusilarnos.

Era el momento supremo,
 Y nosotros resignados
 A Dios levantando el alma
 La voz de fuego esperamos.
 Mas de repente, rompiendo

Por el bosque enmarañado,
 Llega un oficial á escape
 En un soberbio caballo,
 Y anhelante, voz en cuello,
 ¡Indulto! ¡indulto! gritando.

Era el que daba tal grito
 El comandante Velasco,
 Que á escape y sin detenerse
 Llegaba desde Huetamo.

Allí por nuestra fortuna
 A tiempo que nos fugamos,
 Llegó el General en Jefe
 Que la vida me ha salvado.

Sabiendo lo que ocurría
 Mandó suspender el acto,
 Y que á todos nos llevaran
 En el momento á su lado.

Veloz corrió el ayudante,
 Y si no se afana tanto,
 La existencia nos costara
 Un minuto de retardo.

Nos pusieron luego en marcha,
 Y tres horas caminamos
 Llegando en la misma tarde
 Al campo republicano.
 Le dí al General mi nombre
 Y, tendiéndome la mano,
 Exclamó:—¡su nombre abona
 Que es caballero y soldado!
 Y probaré la confianza
 Que su aspecto me ha inspirado,
 Encomendándole lleve
 Hasta México un encargo:
 —“Libre va usted, que le entreguen
 Armas, dinero y caballos,

Y al romper mañana el día
 Partirá usted de Huetamo.
 Lleva usted en estos pliegos,
 Que no le entrego cerrados,
 La suerte de muchos hombres,
 Pues no quiero fusilarlos.
 En esa nota propongo
 A Bazaine un canje franco:
 Mis prisioneros me entrega,
 Y yo los suyos le mando.
 Responden al cumplimiento
 Y á la fe de este tratado,
 Como Jefe mi palabra,
 Mi honor como mexicano.
 A México llega, y antes
 De hablar con nadie, á caballo,
 Sin sacudirse ni el polvo
 Ni procurarse descanso,
 Al Mariscal le presenta
 Esos pliegos que le mando
 Y sé que si usted no vuelve
 Será porque le han matado.”
 —“Señor, contesté, yo acepto
 Con orgullo tal encargo:
 Iré, cumpliré y muy pronto
 Me tendrá usted á su lado.
 Jamás contra mi partido
 Combatiré, pero grato
 Hallará usted en mí siempre
 Un hijo, nunca un soldado.”

Al rayar el nuevo día,
 Me halló libre y caminando
 Y tras de cinco jornadas
 Estrecho á usted en mis brazos. —

Ya no pudo contenerse
 En su emoción el anciano,

Y volvió, pero de gozo,
 A dejar correr su llanto.
 —¿Quién es ese Jefe, dijo,
 Tan noble y tan esforzado?
 Quiero que suene su nombre
 Como oración en mis labios.
 —Ese Jefe, usted lo sabe,
 En Michoacán tiene el mando
 Del Ejército del Centro:
 ¡Vicente Riva Palacio! —
 El viejo, entonces, asiendo
 Al mancebo de la mano,
 —Ven—le dice, ven conmigo.
 —No puedo, señor, yo traigo
 Orden de no hablar con nadie
 Hasta entregar.....
 —Yo lo mando.....
 —Pero padre.....
 —Nada escucho.....
 —A mis instrucciones falto.
 —Como padre y como jefe
 Te lo ordeno.
 —Entonces, vamos.—

Pensativo va el mancebo,
 Orgullosa el veterano,
 Tras ellos el asistente
 Conduciendo los caballos;
 La gente al mirarlos piensa
 Que es algún comisionado,
 Y ellos ligeros caminan
 Sin hacer á nadie caso.

Llegan por fin á una casa,
 Cruzan el extenso patio,
 Y suben las escaleras
 Hasta la sala llegando.

Allí encuentran departiendo
Con otros en el estrado,
A un caballero que muestra
Genio afable y muchos años.

Sin saludarle siquiera
Dice el que llega:—Mariano,
Aquí tiene usted á un hijo—
Y luego al joven mostrando:
—Este es el padre,— le dice—
Del hombre que te ha salvado.—

El joven enternecido
Besa del otro la mano,
Después en pocas palabras
Le refiere el tierno caso,
Y se abrazan los dos viejos
Enternecidos llorando.

Uno ver puede á su hijo
En México y á su lado,
El otro al suyo no ha visto
En largos y tristes años;
Pero allí se sienten todos
Tan contentos, tan ufanos,
Que parece que el ausente
En espíritu ha llegado.

III

Han corrido tres semanas,
Y al campo republicano
El joven Miñón retorna
Satisfecho de su encargo;
Que Bazaine admite el canje
Y está completo el tratado,
Y el que salió prisionero
Vuelve ya como un hermano

El cariño de los padres
Trayendo al Jefe en sus brazos.

Refirió allí las escenas
De México, entusiasmado,
Conmovió los corazones,
Y al oírle los soldados,
Orgullosos se sintieron
De llamarse mexicanos.

¿Qué laurel más envidiable,
Ni qué timbre máspreciado,
En los fastos de su historia
Buscará Riva Palacio,
Que las tiernas bendiciones
De aquellos nobles ancianos?

Hoy que duermen en sus tumbas,
Hoy que han corrido los años,
El libro de la experiencia
Le dirá al viejo soldado
Que vale más en la vida
Quitar un hombre al cadalso,
Que vivir siglos en bronce
Humedecidos con llanto.

EL CANJE DE PRISIONEROS.

SEGUNDA PARTE.

BELGAS Y MEXICANOS.

I

Marchando hacia el mismo punto
Y por opuestos caminos,
Se ven dos grupos que llegan
Hasta las puertas de Acuitzio.

Los que de Morelia vienen
Están con lujo vestidos,
Arrogantes los caballos,
Y los jinetes altivos;
Sus militares arreos
Por lo nuevo y por lo limpios,
Muestran que están del Imperio
En defensa y en servicio.

Los que por opuesto lado
Marchando vienen tranquilos,
Visten como guerrilleros
Con natural desaliño.

Blusa corta, calzonera,
Ancho sombrero tendido,

Suelta la roja corbata,
Canana y pistola al cinto.
El polvo y sudor que cubre
A los guerreros, indicio
Es de que por larga senda
Violentamente han venido.

Al mirar que se aproximan
Los dos grupos de enemigos,
Temerosos de un encuentro
Se separan los vecinos
A presenciar un combate
Fiero, sangriento, reñido.

Pero notan con asombro
Que llegan al pueblo mismo.
Y se forman frente á frente
Con aspecto tan tranquilo,
Como si más que adversarios
Fueran dos grupos amigos.

De los soldados el rostro,
Su ademán franco y pacífico
Ni da señal de coraje,
Ni pinta bélico brío;
Ni una palabra se cruza,
Ni se escapa ningún grito
Y mutuamente se miran
Curiosos y no ofensivos.

Así pasan largo rato,
Hasta que por los caminos
De Tacámbaro y Morelia,
Que son los dos recorridos,
Se ven venir lentamente
Dos columnas, y están fijos
Todos los ojos en ellas,
Esperando con ahinco

De aquel episodio extraño
El final desconocido.

Mucha gente es la que llega;
De polvo los remolinos
Indican que la vanguardia
A entrar comienza en Acuitzio.

Desembocan en la plaza
De poca escolta seguidos
Los jefes de opuestos bandos
Con rostro alegre y festivo,
Y quizá por vez primera
Por voluntad del destino,
El belga y el mexicano,
Que tanto se han combatido,
En momentos tan solemnes,
Se tienden manos de amigos.

Bocarmé, capitán belga,
Es el que mandando vino
A las fuerzas del Imperio,
Y del opuesto partido
Viene el Coronel Linarte,
Joven valiente y altivo.

De los caballos descienden
Y departiendo tranquilos,
Entran juntos á una casa
Principal del municipio.

Se escucha en tales momentos
El monótono rüido
Del paso de los infantes
Que se acercan á aquel sitio,
Y acrece más el asombro,
Y acrece más el bullicio
Y resuenan carcajadas,

Y alegres voces y gritos,
Cual si estuviera de fiesta
El pueblo humilde de Acuitzio.

II

La plaza del pueblo llenan
Muchedumbre de soldados,
Y allí estan los prisioneros
Hechos por opuestos bandos.

Se cuentan los que han caído
De belgas y mexicanos,
Y son más de setecientos
De todas clases y grados.
Generales hay algunos
Como Tapia y como Canto;
Coroneles cual Villada,
Borda, Pérez y otros varios;
Y entre los belgas se tienen
Muchas personas de rango.

Conversan alegremente
Oficiales y soldados;
En pabellones las armas;
En reposo los caballos;
Diligentes las mujeres,
Entre los grupos cruzando,
Llevan lo que necesitan
Allí los recién llegados,
Y sin hacer distinciones,
Tan pronto á republicanos
Como á imperiales atienden
Con igual desembarazo.

Bien pronto la confianza
Se adquiere por ambos lados,

Que todos parecen unos,
Y al contemplar aquel cuadro,
Dijérase que son todos,
No enemigos sino hermanos.

No ruge encendiendo enojos
De la guerra el soplo airado
En aquellos corazones
Que otras veces palpitaron
Con sed de sangre y venganza
Sobre aquellos mismos campos.

El imperial está amable,
Está festivo el chinaco,
Cruzan las conversaciones
Entre los que ayer cruzaron
Los temidos proyectiles
La victoria disputando,
Y hasta se acercan contentos
Y se agrupan confiados
Guardianes y prisioneros,
Y belgas y mexicanos.

III

De pronto un clarín resuena,
"Atención" es lo que toca,
Repiten otros clarines
Las mismas vibrantes notas,
Y como inmenso hormiguero
Míranse las blusas rojas,
Los severos uniformes
De oficialidad lujosa,
Confundidos y revueltos
Como en agitadas olas
Que corren buscando cauce
En medio de abruptas rocas.

Después de pocos momentos
En batalla silenciosa,
Como esperando el combate,
Ambas fracciones se forman

Los prisioneros al frente,
Que si en su rostro se nota
Expresión de regocijo,
De sus labios no desborda
Ni una risa que interrumpa
La solemne ceremonia.

Bocarmé y Linarte salen
Entre las filas vistosas,
Y el Jefe republicano
Proclama con voz sonora,
Que va á celebrarse el canje
Ya convenido en sus notas
Entre el mariscal de Francia,
Bazaine, que en México mora,
Y Riva Palacio; el jefe
De los soldados que forman
El Ejército del Centro;
Que en aquella misma hora
Quedan libres y á su campo
Pueden volver sin zozobra,
Los que en guerra prisioneros
Se hicieron por ambas tropas.

Y en vista de tal tratado
Se declara que recobran
La libertad absoluta
Sin condición ni deshonra.

No bien terminó Linarte
De hablar, cuando se desborda
El júbilo estrepitoso
En unas gentes y en otras.

Los antes presos se lanzan
 Con efusión ciega y loca;
 Los que van y los que vienen
 Se abrazan, gritan y gozan;
 Los destrozados vestidos
 Ajenas lágrimas mojan;
 Los kepís tiran al aire,
 Cantan, aplauden, sollozan
 Y todos con un acento
 Y con voz atronadora,
 Lanzan vivas entusiastas
 A México y al que logra
 Libertarlos de la muerte,
 Y al lograrlo se coloca
 A la altura de los héroes
 Más grandes de nuestra historia.

¡Que viva Riva Palacio!
 Repiten todas las bocas;
 ¡Que viva México! gritan
 Con entusiasmo las tropas,
 Y belgas y mexicanos
 En la expansión más hermosa,
 Se abrazan y se confunden
 Y hermanos son en tal hora,
 Sobre aquellos mismos campos
 Que baña el sol de la Gloria.

IV

Muchas veces en el mundo,
 Centro de horribles batallas,
 Por ley injusta y adversa
 Todas sus pompas la fama
 Se las niega al que perdona
 Y se las presta al que mata;
 Pero al correr de los siglos

La historia imparcial aclara
 Cuáles actos enaltecen
 Y cuáles hechos rebajan.

La gloria que tiene sangre
 Queda con sangre manchada
 Y no así la que redime,
 La que perdona y que salva.

Para el noble combatiente
 En la tierra michoacana
 Hermosos y verdes lauros
 La Posteridad le guarda:
 ¡Lauros que arrancó á la gloria
 Con la pluma y con la espada!

En el cielo de su vida
 Todas las nubes son blancas,
 Su amor en la paz fué el libro,
 En la guerra la montaña,
 En el poder la justicia,
 La honra en su hogar en calma
 Y en todos sus pensamientos
 La grandeza de la Patria!

LOS MARTIRES DE URUAPAN.

(21 de Octubre de 1865.)

A MI EXCELENTE, PREDILECTO Y MUY QUERIDO AMIGO MANUEL A. MERCADO.

I

Hay un verjel escondido
En pintorescas montañas,
Que lo coronan las flores
Y lo acarician las auras;
Dando al collado en que cruzan
Del Cupatitzio las aguas,
Aromosa y fresca sombra
Las retorcidas zirandas.

Del fragante chirimoyo
La nívea flor embalsama
Al viento que manso gime
En las hojas esmaltadas
De los cafetos que ostentan
Sus dulces frutos de grana.

En alegres *callejones*
De doble y florida valla,

Se cruzan entretejiendo
Sus verdes flexibles ramas
Arboles de opuestos climas
Que dan frutas sazonadas.

Y entre los bosques de flores
Y como música grata,
Susurran los arroyuelos
Y murmuran las cascadas,
Y zumban los chupamirtos,
Alegres *sanates* cantan
Y se plañen las palomas
Y se duelen las calandrias.

En las casitas ocultas
Entre la verde enramada,
Lucen las *guaris* hermosas
Su gentileza y su gracia.

Su color envidia el trigo,
La mar sus dientes reclama,
Que son perlas escondidas
En un estuche de grana.

Fulgura en su bello rostro
El fuego y la luz del alba,
Y su negra cabellera
Es la noche aprisionada
Sobre una morena frente
Con una cinta escarlata.

El sol desde el limpio cielo
Templa su fuego y derrama
Calor, vida y regocijo
Sobre la hermosa comarca.

Todo es alegre y risueño;
La pradera dilatada,

La cordillera fragosa
 Que en su torno se levanta,
 El torrente que á lo lejos
 Suelta la lluvia encantada
 En que convierte sus ondas
 La sonora catarata
 Que á sus rocas debe el nombre
 Popular de la *saráracua*.

Son los collados alegres
 Y son alegres las casas
 Que entre bosque de naranjos
 Rojizos techos levantan.

Pródiga Naturaleza
 Allí en todo se retrata,
 Y no en vano le llamaron
 De toda la Nueva España
 El *paraiso escondido*
En la tierra michoacana;
 No hay pincel que lo retrate,
 Ese verjel es Uruápam.

II

Una tarde los vecinos
 De Uruápam ven asombrados
 A las tropas imperiales
 Por el Occidente entrando,
 Y la noticia circula
 De que fueron derrotados
 En Amatlán los valientes
 Guerreros republicanos.

Una sorpresa que el pueblo
 No comprende, abrióle paso
 Al ejército de Mendez

Hasta llegar sin obstáculo,
 Sin encontrar resistencia,
 Al lugar donde alojados
 Estaban los generales
 Que allí tenían el mando.

Era Arteaga el primero,
 Y Salazar, que á su lado,
 Fueron por el enemigo
 Presos en el mismo campo.

En tan violenta sorpresa
 Las tropas se dispersaron;
 Más un número crecido
 De oficiales y soldados,
 Heridos ó prisioneros
 Hizo el enemigo bando.

Y se contaba en Uruápam
 Que tras aquel descalabro,
 Fué para los generales
 El camino del Calvario,
 El que entre cerradas filas
 A seguir les obligaron.

Era Salazar un hombre
 De hercúlea talla, extremado
 En las corporales fuerzas,
 De carácter espartano;
 Pronto á encenderse en la ira
 Y con los débiles manso;
 Terrible para el combate,
 Risueño para el estrado.

Arteaga era corpulento,
 No nervudo ni gallardo;
 Con la cútis tersa y fina,

De color apiñonado;
Sobre la pequeña boca
El bigote negro y lacio:
Vivos y ardientes los ojos,
Sedoso el pelo castaño;

Una fiera en la batalla,
Siempre festivo en el trato,
Y de carnes muy obeso,
Perpetuas huellas llevando,
en ambas piernas, de heridas
Que á sanar nunca llegaron.

Con gran pesadez camina,
Que andar le cuesta trabajo,
Y sufre agudos dolores
Con el trote del caballo;

Mas si el clarín al combate
Le llama, fiero y osado,
Ni sus dolores recuerda
Ni es su obesidad obstáculo
Para arrostrar el peligro
A los suyos animando,
Porque en tan graves momentos
Se siente regenerado.

Con ellos, presos caminan,
Al general ayudando,
Villagómez y Villada
Y Díaz el de Paracho.

Van en la azarosa senda
Serenos y resignados.
Arteaga apenas puede,
Por sus heridas, dar paso,
Y es Villada quien le deja

El triste, endeble caballo
Que en prueba de gran estima
El enemigo le ha dado.

Sube el General, mas luego
Sufre mayores trabajos:
La montura, por estrecha,
Da martirio y no descanso,
Y el animal es tan débil,
Que camina tropezando,
Y junto con el jinete
Da en tierra entre los peñascos.

Se multiplican los golpes
Pero no abaten el ánimo
De aquel héroe que prosigue
Sin un reproche en sus labios
Por la trabajosa vía
Que le conduce al Calvario.

Ocupa su pensamiento
El triste recuerdo ingrato,
De que en aquella jornada
Quizá pudieran culparlo,
Porque cuando en Uruápam
Se presentó el emisario
A decir que el enemigo
Había salido de Pátzcuaro,
En una junta de guerra
Sostuvo Riva Palacio
Que era oportuno el combate
Y era preciso librarlo.

Arteaga, por desgracia,
Tuvo parecer contrario.
Salazar pensó lo mismo,
Y entonces quedó acordado,

Entre los tres generales,
Que se retiraran ambos,
Y que al instante saliendo
De Uruápam Riva Palacio
Marcháse á atacar Morelia
Sin demora ni descanso.

Por eso va el prisionero
Pensativo, y anhelando
Villada saber la causa
De aquel repentino cambio,
Al Jefe se la pregunta
Que le responde en el acto:

—La reflexión que me apena,
Y me trae contrariado,
Es pensar en cuán distinta
Fuera la suerte, si acaso
Seguido hubiera el consejo
Que en Uruápam desechámos;
Ya tal vez hubiera muerto,
Como merezco, en el campo;
No con tan grandes ultrajes
Para llevarme al cadalso. —

Y al decir estas palabras
En sus miradas brillaron,
Por la cólera encendidos,
Deslumbradores relámpagos.

III

Como si tranquilas horas
Del nuevo sol esperaran,
Ya sentenciados á muerte
Y en capilla, quietos pasan
Su tiempo los prisioneros

Díaz, Salazar, Arteaga,
González y Villagómez,
Que á la siguiente mañana
Van las tropas imperiales
A pasarlos por las armas.

La última noche de un reo
Que horribles crímenes paga
Y á patíbulo afrentoso
Lleva la justicia humana,
Está llena de terrores,
La velan negros fantasmas
Y parece que á la vida
Las víctimas inmoladas
Vuelven en aquellas horas,
Que son como siglos largas.

Pero la postrera noche
Del que muere por la patria,
Es limpia cual la conciencia
Y serena como el alba.

Ni acuden remordimientos,
Ni sofocan torpes ansias,
Huye el terror y una fuerza
Siente misteriosa el alma,
Que la eleva y la sostiene,
La diviniza y la ensancha.

Por eso ven el cadalso
Como el solio que prepara
La Gloria á los que sucumben
Y el triunfo á los que batallan.

Ninguno está amedrentado;
Todos en sentidas cartas
Que escriben con mano firme
Y piensan con mente sana,

Se despiden cariñosos
De los seres que más aman.

Comienza á lucir el día,
Y el redoble de las cajas
Les anuncia que ha llegado
El momento y que no tardan
Los jefes que han de llevarlos
A morir.—Está en la plaza
Formado el cuadro; los héroes
Recorren con la mirada
A las tropas, y serenos
Sin vacilar, sin que nada
Temor revele en sus rostros
Ni turbación en sus almas,
Se colocan, vitoréan
Con entusiasmo su causa;
Se yerguen mirando al cielo,
Escúchanse las descargas,
Y de los frágiles cuerpos
Salen las gigantes almas,
Llevando de aquellas frentes
Por el plomo destrozadas,
Como postrer pensamiento,
La libertad ó la patria.

IV

Uruápam, están tus calles,
Tus jardines y tus plazas,
De aquellos héroes augustos
Por la sangre consagradas.

Desde entonces los perfumes
Que de tus flores se exhalan,
El susurro de tus brisas,
El murmurio de tus aguas,

El canto de tus palomas,
Y el rugir de tus cascadas,
Son el himno que la Gloria
En homenaje levanta
De los que dieron la vida
Del patriotismo en las aras.

Los árboles que flexibles
Les prestaron sombra grata,
Renovado han veinte veces
Sus túnicas de esmeralda,
Y viva está la memoria,
Viva, que el pueblo la guarda,
Del sublime apoteosis
De los martires de Uruápam.

EL CENTINELA

A MI AMIGO EL GRAL. CARLOS FUERO

I

Como cingulo de acero
Que inflexible va estrechando
A cada instante los muros
Del recinto queretano,
En donde el último esfuerzo
Con valor desesperado,
Los defensores del trono
Hacen en el mes de Mayo;
Tal se ven los batallones
Que sin abrigo en el campo
En ruda y tenaz vigilia,
Están la ciudad sitiando.

En Querétaro es el Jefe
Supremo Maximiliano,
Que más que trono y corona
Defiende allí sin descanso,
Su fama que ve muy limpia,
Su nombre que ve muy alto.

Le acompañan en la lucha
Los que son más esforzados
De todos los generales
En saber, arrojo y rango.

Allí Miramón y Méndez
Como buenos han luchado;
Allí Castillo y Mejía
Que tienen fama de bravos,
Sin desmentir esa fama
Ayudan al soberano.

Cada oficial, cada jefe
Y cada humilde soldado,
Se baten como acostumbran
Batirse los mexicanos:
Sin medir nunca el peligro,
Y con la risa en los labios.

Pero enemigo tan fuerte
Exige fuerte adversario,
Y atrevidos sitiadores
A tan valientes sitiados.

II

El general Escobedo
Es de los republicanos
El primer jefe y le siguen:
Corona, que tiene el mando
De las tropas de Occidente;
Treviño y con él Naranjo
Con las del Norte que llegan
Desde la margen del Bravo;
Con las del Centro y Guerrero
Que manda Riva Palacio,
Vienen Jiménez y Vélez;
La reserva queda á cargo

De Rocha, que, presuroso
Y oportuno, acude al campo
En donde el fiero combate
Se desata encarnizado.

Manda la caballería
Guadarrama con los bravos
Martínez Pedro y Juan Doria,
Que en la acción del Cimatario
Cargó con tan fiero arrojo,
Que dió asombro á los contrarios.

III

Una tarde, y á la hora
En que estaban relevando
El servicio entre la tropa
Del cuartel republicano,
Y era de San Luís el sexto
Batallón, que estaba al mando
De Carlos Fuero, y se hallaba
En San Sebastian formado,

Un proyectil enemigo,
Curva invisible trazando,
A los pies del centinela
Llega, y, moviéndose en raudo
Y espantoso torbellino,
Estalla, sin que el soldado
Ni muestre en la faz asombro,
Ni sienta en el pecho espanto.

Vuelan sembrando la muerte
Los fragmentos inflamados
Del bronce, entre nubes densas
De polvo y humo, y del brazo
Del centinela arrebatan
El fusil despedazado.

Al disiparse la nube,
En su puesto, sin que un paso
Atrás ni adelante diera,
Sin una señal de pasmo,
El centinela aparece;
Que grita:—¡Cabo de cuarto!
—¿Qué ocurre?—se le pregunta
Y agrega:—¡Estoy desarmado!—

Otro fusil se le entrega,
Lo recibe, y muy ufano
Sigue tranquilo en su puesto
Sin hacer á nadie caso.

IV

El nombre de aquel valiente
La fama llevó en su canto,
Y habló de Damián Carmona
A los hijos del Estado
De San Luís, á quienes hizo
Este sencillo relato:

“Nació Carmona en el pueblo
De Mexquitic, y premiaron
Con un ascenso su arrojo
Aquella tarde en el campo.
Ciñeron los potosinos
Su frente con verde lauro,
Y guardan como reliquia
Su fusil hecho pedazos.”¹

“La suerte premiarlo quiso,
Fin á su existencia dando

¹ El fusil de Carmona, destrozado por el proyectil, se conserva en el salón de sesiones del congreso de San Luís Potosí.—NOTA DEL AUTOR.

Entre el fragor de un combate
Y á la luz del sol de Mayo."

El pueblo en Damián Carmona
Verá un ejemplo preclaro
De que, para entrar al templo
De la Fama, es necesario,
No el timbre de la nobleza
Ni de la opulencia el fausto,
Sino el corazón ardiendo
En un patriotismo santo,
Que haga despreciar la muerte
Y ofrecer en holocausto,
Del deber ante las aras,
Lo más amante y amado,
Que así no se necesita
Para vencer á los años,
Ni estatua tallada en bronce,
Ni templo erigido en mármol.

HEROISMO MEXICANO.¹

A MI AMIGO EL DOCTOR RAMON GUERRERO.

Las armas republicanas
En Querétaro han vencido;
Presos con Maximiliano
Fueron soldados y adictos,
En la guerra sin fortuna
Y en el infortunio altivos.
El vástago de cien reyes
Perdió con pompas y títulos
La cabeza y la corona,
Que ante el honor son lo mismo.

Han los antiguos conventos
En prisiones convertido,
Y jefes y subalternos
Ni tristes ni pensativos,
El fin de su causa esperan
Con los ánimos tranquilos.

¹ El hecho que motivó esta composición, lo tengo suficientemente comprobado con cartas de autorizadas personas que fueron testigos de lo narrado.

Queda entre los generales
 Uno anciano y aguerrido,
 De la bandera triunfante
 Duro y tenaz enemigo;
 Arrojado en la campaña,
 Inteligente, instruido,
 Incansable conspirando,
 Siempre firme y siempre digno.

Está condenado á muerte,
 Le han su sentencia leído,
 Y después de que la escucha
 No queda turbado y lívido,
 Sino que amable y sereno
 De su triste fin convicto,
 Llama al jefe que custodia
 La prisión do está cautivo ¹
 Y con voz firme le dice:
 —Coronel, yo necesito
 Mi conciencia y mis negocios
 De prisa arreglar hoy mismo;
 Podéis para tal objeto
 Llamar aquí, y os lo pido,
 Un abogado y un cura
 Para dejar todo listo.—

Era el coronel un joven
 De antecedentes muy limpios;
 Tan bravo como arrogante,
 Tan discreto como altivo,
 Vástago de ilustre jefe
 En ruda campaña herido
 Lo conoció el prisionero
 Años atrás, siendo niño,
 Y allí, su acento escuchando
 En aquel instante crítico,

¹ El ex-convento de Capuchinas en Querétaro.

Fija serenos sus ojos
 En el general cautivo,
 Y de esta suerte responde:
 —Sin ser de vuestro partido
 Os conozco y os respeto
 Por pundonoroso y digno.
 Yo venero en todas partes
 A los soldados antiguos,
 Y si son de vuestro temple
 En su palabra confío.
 Sabéis que os han sentenciado
 A muerte; lo habéis oído,
 Y necesitáis dos hombres
 Para dejar todo listo,
 No seré yo quien los llame;
 Id á buscarlos vos mismo
 Y volved, que aquí os espero;
 Libre estáis, yo lo permito.—

Quedó el prisionero atónito,
 Y de sus ojos el brillo
 Aumentóse con dos lágrimas
 Brotadas de lo más íntimo.
 Salió después, con asombro
 De centinelas y esbirros
 Y cuantos salir le vieron
 Murmuraron del permiso.
 Pasáronse muchas horas,
 Horas largas como siglos,
 Y por fin, con voz vibrante,
 El campanario vecino
 Anunció la media noche:
 —Ya no vuelve—alguno dijo
 Y el coronel respondióle:
 —Volverá, que yo lo fío,
 Y si no vuelve yo quedo
 En su lugar, y es lo mismo.—

A poco suenan tres golpes,
Tras ellos resuena el grito
De "¿Quién vive?" al que contestan:
"Yo, Severo del Castillo."

Era el jefe prisionero
Que siempre valiente y digno,
Esclavo de su palabra
Iba á esperar el patíbulo.¹
Estrechó la franca mano
Del coronel, conmovido,
Y retiróse á su celda
Ni consternado ni tímido.

¿Cuál de los dos es más grande?
¿Cuál de los dos? No lo digo:
Dígalo aquel que conozca,
Que rasgos como el que pinto
Puede envidiarlos Esparta
Y otro Homero describirlos.

Vive el que, joven entonces,
Dió al prisionero permiso;
Aun le sirve á la bandera
A que Juárez le dió brillo,
Y, como entonces, mantiene,
Su modesto nombre limpio:
El general Carlos Fuero,
Honrado, valiente y digno.

No me culpéis, si, viviendo,
Tan altos hechos publico:
Es por gloria de esta tierra
Que adoro amante y rendido,

¹ El General Severo del Castillo fué después indultado de la pena de muerte y se le llevó preso á la fortaleza de Ulúa.

Es por gloria de las armas,
Que á la Libertad dan brillo,
Y es por honrar á los muertos
Enalteciendo á los vivos.

UNA RESPUESTA DE MIRAMON.

Ya sonó la media noche
En el viejo campanario;
Querétaro está en silencio
Que sólo turba á intervalos
El grito del centinela
Triste, sonoro y pausado.

En un antiguo convento
Que ya en cuartel trasformaron,
Presos en humildes celdas
Están la muerte esperando
Miguel Miramón, Mejía
Y el noble Maximiliano.

Ya poco tiempo les queda
De vida á los sentenciados
Y el Archiduque, que siempre
Fué de la forma un esclavo,
Llama á Miramón, queriendo
Sobre un punto interrogarlo.

Llega el arrogante jefe
Obediente á tal mandato
Y órdenes pide gustoso
A su infeliz soberano.
Este le dice:—Seis horas
Nos faltan.—Las voy contando

Pues ya que no tengo sueño
He de entretenerme en algo.
—Perdonad que os distrajera,
Pero quiero consultaros
Cual traje será mas propio
Para salir al cadalso.
—No entiendo vuestra pregunta.
—Y agrega Maximiliano:
¿Nos vestimos de uniforme
O saldremos de paisanos?
Y Miramón le replica:
—Magestad voy á ser franco,
Como esta es la vez primera
Que me fusilan, no es raro
Que ignore lo que previene
El ceremonial del caso.

Sonrióse el Archiduque
Y agregó con entusiasmo:
“Miguel, en todo os admiro.....
¡Qué valor! ¡dadme un abrazo!”

EL ULTIMO PUESTO

Á MI QUERIDO AMIGO DIONISIO MONTES DE OCA.

Maximiliano de Hapsburgo,
ya sin corona ni cetro,
mira trascurrir las horas
en su celda prisionero.
En una noche de Mayo
á cenar invita atento
á Miramón y Mejía
de su prisión compañeros.
—“Pronto—dijo el Archiduque—
juntos al cadalso iremos.”
“Eso—Miramón responde—
lo ven claro hasta los ciegos.”
—¿No hay esperanzas de indulto?
—“Podrá ser que allá en el cielo
nos indulten, pero nunca
esperéis que lo haga Lerdo.”
—“Somos tres y como vamos
al cadalso sobre un cerro,
se imaginarán las gentes
que es un Calvario moderno.”
—“En tal caso—agregó entonces
Miramón—lleváis buen puesto;

¡seréis nuestro Jesucristo!
—“¿Por qué?”
—“Porque vais en medio.
Los que estamos mal juzgados
somos yo y mi compañero.”
—“Miguel, siempre los valientes
á mi derecha estuvieron.”
—“Gracias—respondió Mejía,
yo de *maladrón* me quedo.
—“¡Nó!—interrumpió el soberano—
que por un valiente os tengo.
—Pues seré yo quien se quede—
siguió Miramón—mal trecho.
Es mal papel el de *Gestas*
y uno ú otro habrá de hacerlo.”
Bajó el príncipe sus ojos,
lanzó un suspiro su pecho
y dijo á sus dos amigos:
“Ya veremos, ya veremos.”
.....
Cumplióse al fin la sentencia,
juntos al cadalso fueron,
y al pisar el triste sitio
donde se efectuó el suceso,
así dijo el Archiduque
á sus bravos compañeros:
“Hemos llegado al calvario,
Miramón quedad en medio;
á la derecha Mejía
y yo tomo el lado izquierdo,
que le guardo hasta en la muerte
á los valientes su puesto.”

MAXIMILIANO.

Á MI MUY QUERIDO PRIMO CARLOS ADAME.

I

Maximiliano de Hapsburgo
 Rige el Lombardo-Venetto,
 Porque Austria impone á la Italia
 Sus hombres en el gobierno.
 Es gallardo el archiduque,
 Joven y de gran talento,
 Avezado á las borrascas
 Del mar, que por mucho tiempo
 Cruzó en todas direcciones
 Visitando extraños pueblos.
 Tiene los ojos azules,
 Tan azules como el cielo
 Y es tan rubio que semejan
 Rayos de sol sus cabellos.
 Fina y espesa la barba
 Se la parte por enmedio
 Y le baja hasta los hombros
 Libre dejándole el pecho.
 Vástago de Carlos Quinto

Y agnado á su trono escelso,
 Siempre lleva el toisón de oro
 Ornando el erguido cuello.
 Es con las damas galante
 Y dadivoso en extremo,
 Con sus iguales altivo
 Y con los súbditos tierno.
 Adora las bellas artes,
 Y como amigos discretos
 Le acompañan sabios libros;
 Cuadros de grandes maestros
 Y estatuas en que palpita
 El alma del gusto griego,
 Y cumplido y caballero,
 Y juntos en su semblante
 Brillan conquistando afecto,
 La juventud, la nobleza
 Y la magestad y el genio.

II

En una tarde de Mayo
 Tranquilos el mar y el cielo,
 Maximiliano va solo
 En sus jardines amenos,
 Cruzando por las callejas
 De castaños y de almendros.
 Lleva la cabeza baja
 Absorto en mil pensamientos
 Y está su rostro tan pálido
 Que se le creyera enfermo.
 No ha recibido á ninguno
 De los hombres del gobierno,
 Ni ha de sus íntimas cartas
 Los blancos sobres abierto.
 Halla de pronto á su paso

Sentado en el césped fresco,
Sobre un banquillo de mimbres
Junto al tronco de un abeto,
A un hombre de blanca barba
Y escaso y cano cabello,
Vestido con traje humilde,
Pero limpio, alegre y nuevo.
Sonríe Maximiliano
Gustoso de tal encuentro
Y brillan sus claros ojos
Con honda expresión de afecto.
—Señor—le dice el anciano
Con dulzura y con respeto—
¿Vuestra Alteza viene triste?
—Tienes razón; triste vengo.
—Lo sé, que os conozco tanto
Como el que más,

—Bien lo creo:

No en vano mi augusta madre
Te nombró mi camarero
Siendo yo niño.

—Teníais

Seis años ni más ni menos,
Y desde entonces, por nada,
Ni del mar en los riesgos,
Ni de la Corte en las fiestas,
Ni estando en extraño suelo
Os he dejado, ni es fácil
Que os deje, señor; os quiero
Hasta donde más alcanza
Querer un honrado pecho.
—Me ves muy triste...

—Os lo he dicho.

—Pues ríe de lo que pienso.

—¿Reír?

—Son cosas de risa.

—Todo en vos es de respeto.
—Oyeme y no meagas caso.
—Señor, siempre os obedezco.
—Entre mil supersticiones
Una ridícula tengo.....
¿No ves en estos jardines,
En el palacio, en el templo,
En las salas de tertulia,
En el salon del Consejo,
En los anchos corredores,
En todo, en fin, lo que tengo
A mi alrededor, no encuentras
Emes de mármol, de hierro,
De alabastro, de madera,
De granito?.....

—Lo comprendo,

Es cifra de vuestro nombre,
Y cuanto miráis es vuestro;
Natural es que esté en todo.
—Es natural, pero pienso
Que tal letra es mi sentencia.
—Hablad señor, no comprendo.
—Ni habrás de entenderme nunca.
¡Es un fatalismo nécio!
Las *emes* me aterrorizan,
Sábelo me causan miedo,
Y han de estar en todas partes
Mi espíritu entristeciendo.
Moriré entre muchas *emes*!
—Perdon, señor, que no acierto
En qué podáis cuerdamente
Fundaros.....

—¡Presentimiento!

Sábelo y ríe, porque risa
Provocan y no respeto
Las vanas supersticiones
Cual esta que te refiero.....

¡Moriré entre muchas *emes!*
Tú lo verás.....

Bajó el viejo
Los ojos y hondo suspiro
Dejó escapar de su pecho,
Y siguió Maximiliano
Esa frase repitiendo
Por las alegres callejas
De castaños y de almendros.
Lleva inclinada la frente,
Pálido está como enfermo,
Y están húmedos sus ojos
Tan azules como el cielo.

III

Pasáronse muchos años,
Y una mañana de invierno
Llegó en una barca inglesa
A Miramar un viajero.
El mar estaba agitado,
Estaba plomizo el cielo,
Menudos copos de nieve
Bajando en alas del viento
Posábanse en las cornisas,
En las torres, en los hierros,
En las gallardas almenas
Y en el rico pavimento
Del legendario Castillo
Tan triste desde hace tiempo.
Pidió que le permitieran
El visitarlo por dentro,
Y acompañóle galante
Un hombre afable y discreto,
Blanca y poblada la barba,
Escaso y cano el cabello.

—¿Vivís aquí desde cuando?
Interrogóle el viajero.
—Vivo aquípero no vivo,
Que yo, señor, soy un muerto;
Me tienen aquí enterrado
Entre lágrimas y duelo,
Desde que por negra suerte
Mi noble señor no ha vuelto.
Su santa y angusta madre
Me nombró su camarero
Desde que cumplió en la vida
Seis años ni más ni menos.
Le acompañé á todas partes,
Me quiso con hondo afecto,
Y una vez en sus jardines,
Allá en Lombardo-Venetto....
Me dijo.... Mas perdonadme
Que calle un rato, no puedo....
Las lágrimas me enmudecen....
Y de los ojos del viejo
Rodaron dos grandes gotas,
Iguales á las que el viento
Arranca por las mañanas,
En el rigor del invierno,
De los vetustos sabinos
Coronados por el heno.
Habló después; refirióle
La escena del jardín regio
Y así agregó conmovido
Al hablar estando trémulo:
No eran supersticiones;
Lo que me dijo era cierto;
¡Ha muerto entre muchas *emes!*
Fué de Miramar á México,
Imperio de MOCTEZUMA,
Que lo conquistó un guerrero
A quien llamaron MALINCHE

Los indígenas del suelo.
 Dos **MARISCALES** de Francia
 Le engañaron y vendieron;
 A Querétaro marchóse
 Reemplazándole en su puesto
Márquez, que según me dicen
 Le olvidó en el mayor riesgo.
 Jefe de los sitiadores
 Era **Mariano** Escobedo,
 Y cuando cayó la plaza,
 De **Miguel López** dijeron
 No sé qué cosas extrañas
 Que á darles fe no me atrevo.
 Cayó con sus generales
 En **Mayo**, y al poco tiempo
 Le fusilaron á **Mendez**
 Que le tuvo tanto afecto
 Llamóse **Manuel** Azpíroz
 El fiscal de su consejo,
 Riva Palacio **Mariano**
 Fué á la plaza á defenderlo
 Con **Martinez** de la Torre,
 Abogado muy experto.
 Con **Miramón** y **Mejía**
 Fué á morir mi noble dueño,
 Y era un **Mejía** el **Ministro**
 De **Juárez**, que en el gobierno
 Firmó la fatal sentencia
 Que me tiene en tanto duelo.
¹ **Monte** mayor se llamaba
 El capitán del ejército
 Que á su frente en el cadalso
 Hizo la señal de fuego.
 Ha muerto el príncipe en **Martes**;
 Ya véis, señor, si era cierto

1. El capitán Montemayor era natural de Monterrey. (N. del A).

Lo que me dijo muy triste
 Allá en Lombardo-Venetto
 ¡Ha muerto entre muchas *emes!*
 Y jamás olvidaremos
 Que llamó cosas de risa
 A cosas de tanto duelo.
 Después, sin decir palabra,
 El anciano y el viajero,
 Siguieron ambos muy tristes
 Por los salones desiertos
 Del legendario **Castillo**,
 Tan solo desde hace tiempo.

PENSADOR Y HEROE.

(27 de Abril de 1867).

I

En medio de las angustias
 Que sufre Maximiliano
 De Querétaro en el sitio
 Y en su destino pensando;
 Convoca á sus generales,
 Los cuales le aconsejaron
 Empezar una salida
 Sin medir ningún obstáculo.
 Miramón como Mejía,
 Castillo como Arellano
 Se lanzan con fiero arrojo
 Al cerro del Cimatario.
 Aunque Castillo fracasa
 De Callejas en los llanos,
 Miramón que siempre lleva
 La victoria de su brazo,
 Aniquila al enemigo
 Que retrocede espantado,
 Y entusiasmo y enardece
 A su joven soberano.

Méndez con igual arrojo
 Obtiene vivas y aplausos,
 Y una victoria segura
 Sueñan lograr sus soldados.

II

Las tropas aniquiladas
 En el enemigo campo,
 De seguro no contaban
 Más de trescientos caballos.
 Los imperiales ignoran
 Que á reparar tal fracaso
 Vienen más de seis mil hombres,
 De Sóstenes Rocha al mando.
 Alístanse presurosos
 Para combatir bizarros;
 Miramón y Méndez quieren
 Darles nuevos descabros,
 Y al encenderse los fuegos,
 Cuando atronaba el espacio
 La lluvia de proyectiles
 Destruyores como rayos,
 Vuelve Rocha la cabeza,
 Y á los pies de su caballo
 Se encuentra con un amigo
 A quien quiere como hermano,
 Y á quien todos lo respetan
 Por pensador y por sabio.
 —“¿Qué haces en tanto peligro, —
 Le dice Rocha, turbado;
 “Vengo, hermano, á tomar parte
 “Como el último soldado,
 “En este ataque que juzgo
 “Decisivo en nuestro campo;
 “Permíteme que mi rifle
 “Lance su primer disparo

"A la vanguardia de todos
 "Los que tienes á tu mando."
 —"Ve á cumplir lo que me pides,
 "Y si murieses luchando,
 "Sabrá agradecer la patria
 "Tu heroísmo noble y santo."
 Sin escuchar más palabras
 Se lanza el joven bizarro
 Hasta las primeras filas
 Lleno de ciego entusiasmo,
 Y como un simple riflero
 Hace todos sus disparos
 Y combate hasta que Rocha
 La victoria conquistando,
 Recobra las posiciones
 Y pone su honor en salvo.

Lleno de polvo y de sangre
 Torna el joven denodado,
 A quien Rocha dice al punto
 Estrechándolo en sus brazos:
 —"Te admiraba como un genio,
 "Hoy te admiro como un bravo."

III

Era aquel joven, un indio
 De rostro expresivo y franco;
 En la tribuna un Demóstenes,
 En la campaña un Bayardo;
 Tierno y dulce con el pueblo;
 Soberbio para los altos.
 La juventud pensadora
 Tuvo en él Mentor y hermano,
 Pues como un padre la quiso
 Y la elevó con su brazo.

Hoy duerme el eterno sueño,
 Mas de la historia en los fastos,
 Son las letras de su nombre
 Como refulgentes astros.
 Era el honor de mi patria,
 Era... ¡¡Ignacio Altamirano!!

Febrero de 1893.

RECUERDOS DE MAYO.

A MI ILUSTRADO Y MUY QUERIDO AMIGO ROSENDO PINEDA.

Cuando ya el cuerpo sustenta
Cerca de cuarenta Abriles,
Y ya pico en los cuarenta,
La memoria se alimenta
De recuerdos infantiles.

Voy á narrar una historia
Oportuna en este mes,
Mes de recuerdos de gloria,
Es un hecho, una memoria
Que tiene algún interés.

Sano, fuerte y bullicioso,
Creyendo en muchas quimeras
Era yo un rapaz dichoso,
Como que estaba orgulloso
De mis trece primaveras.

Del mundo solo sabía
Lo que á la inocente tropa
Enseña la geografía,
Que hay Asia, Africa y Europa
Y América y Oceanía.

Aún estaban en fermento
Mis gustos y mis ideas;
Juzgaba la historia un cuento
Y el amor un sentimiento
Que se apaga ante las feas.

Estudiaba sin desmayo,
Conversaba sin misterio,
Era por activo un rayo
Y así llegué á un mes de Mayo
En la época del Imperio.

El pueblo á Maximiliano
Le llamaba sin temor,
En estilo liso y llano,
En lugar de "soberano"
"Intruso y usurpador."

Los estudiantes, agenos
A las pompas imperiales,
Escuchábamos serenos
Esos epitetos llenos
De resabios liberales.

En nuestros pechos ardía
La libertad como norma,
Como faro, como guía,
Eran nuestra idolatría
Los hombres de la Reforma.

A la estudiantina grey
Nada importaban la Corte
Ni los festejos del Rey;

Sabía sólo que la ley
Andaba en Paso del Norte.

Por fin, en una ocasión
Se puso á prueba el colegio
Con una extraña función:
La solemne recepción
De un huésped preclaro y regio!!

Cada cual se disponía
A la fiesta sorprendente
Qué agitados nos tenía;
¡¡El Emperador vendría
A vernos el día siguiente!!

Y era la fecha elegida
Una que en gloria reboza
De nuestra historia en la vida:
¡¡La que en Puebla dejó ungida
Con su triunfo Zaragoza!!

Convenimos con recato
En conmemorar tal hecho
Dando al gobierno un mal rato;
¿Cómo? ¡¡Ostentando el retrato
De Zaragoza en el pecho!!

Fué un complot hecho de bruces,
Cada cual tendió la mano
Jurando por las tres cruces
Ser muy digno á todas luces
De llamarse mexicano.

Y en ademán decisivo
Que mi memoria no olvida
Juramos por el Dios vivo
Ponernos tal distintivo
A una señal convenida.

Llegó el momento anhelado,
Pusieron en un salón
Todo el colegio formado
Ya dispuesto y arreglado
Para la gran recepción.

Entra el monarca y atento
Saluda, suena un rumor,
Y en un solo movimiento,
Cada cual muestra contento
La efigie del vencedor.

—¿Qué es esto?—Maximiliano
Dice, y sin temer reveses
Un chico responde ufano:
“¡¡Un jefe republicano
Que derrotó á los franceses!!”

El Director quedó mudo
Y los que estaban allí
Ante un responder tan rudo;
Sacó el príncipe un escudo
Lo dió al chico y dijo así:

“Vuestra lealtad es notoria
Y yo la debo premiar,
De los héroes es la gloria
Y en el mundo y en la historia
La debemos respetar.”

Prodújose un gran rumor
Que retumbó como un rayo
Y aquel grupo encantador
En vez de “al Emperador”
Vitoreó “al 5 de Mayo.”

México, 1891.

EL GRITO DE INDEPENDENCIA.

(RECUERDOS DE MI INFANCIA).

Allá en las horas más dulces
 De mi fugitiva infancia,
 Sirvióme de cuidadora
 Una mujer muy anciana;
 Con su rostro todo arrugas,
 Su cabeza toda canas,
 Y su corazón tranquilo
 Todo bondad y esperanzas.
 De noche junto á mi lecho
 Mil historias me contaba
 De geniecillos y ninfas,
 De trasgos y de fantasmas.
 ¡Pobrecilla! cuántas veces
 En estas noches amargas
 En que repaso tristezas
 En mi alcoba solitaria,
 Al oír que de la torre
 Vuellan en lentas parvadas
 Las mismas horas que entonces
 Pasé á su lado tan gratas,
 He pensado en ella y visto
 Llegar su sombra á mi estancia
 Pretendiendo como en antes

Secar con cuentos mis lágrimas!
 En cierta vez caí enfermo,
 La fiebre me devoraba,
 Y en mi delirio quería
 Para volar tener alas.
 “Dámelas tú:”—grité altivo—
 “Tú nunca me niegas nada.”
 —“Es verdad, nada te niego,
 Pero no sufras, ten calma,
 Las alas que Dios te ha dado
 Las tiene tu ángel de guarda;
 Esta noche se las pido
 Y te las daré mañana.”
 Nunca le faltó manera
 De responder á mis ansias,
 Y siempre al verme llorando,
 Con la paciencia más santa,
 Me dijo tales ternuras
 Que aún me conmueven el alma;
 Ella, que al velar mi sueño
 De puntillas caminaba,
 Y porque rumor ninguno
 A mis oídos llegara
 Iba á sosegar el péndulo
 De un viejo reloj de sala;
 Ella, que jamás hubiera
 Permitido á gente extraña
 Lanzar un débil suspiro
 A dos pasos de mi cama;
 Que en balcones y rendijas
 Cortaba al aire la entrada
 Y por no causarme susto
 Rezaba siempre en voz baja;
 Una noche fué á mi lecho
 Alegre y entusiasmada
 Diciéndome:—ven, despierta,
 Ya es hora no tardes anda!

Sobrecogido de miedo
 Yo le pregunté: ¿qué pasa?
 —Ya lo sabrás cuando escuches
 El vuelo de las campanas,
 El tronar de los petardos
 Y el disparo de las salvas. —
 Abrigado hasta los ojos
 Salí con la pobre anciana,
 Y un sueño del paraíso
 Me fingió lo que miraba. .
 Desde las enhiestas torres
 A las humildes ventanas,
 Lo mismo en extensas calles
 Que en las más estrechas plazas,
 Faroles y gallardetes,
 Banderolas y oriflamas
 Con los hermosos colores
 De la bandera de Iguala.
 Y al escuchar tantos gritos,
 Tantos himnos, tantas dianas,
 El rumor de los repiques
 Y el estallar de las salvas,
 En brazos de mi niñera
 Lloré sin saber la causa.
 —Lloras de placer, me dijo, —
 Esta es una fiesta santa,
 La sola fiesta que alegra
 Mi corazón y mis canas.
 “Hoy es quince de Septiembre,
 Y en esta noche sagrada,
 Hace cuarenta y cuatro años,
 Si mi memoria no es mala,
 Un cura humilde en Dolores
 Hizo nacer á la Patria.
 Cuando era yo jovencita,
 Mi padre, que en paz descansa,
 Me traía de la mano

En esta noche á la plaza
 Para repetir con todos
 Los que aquí gozan y cantan,
 El grito de independencia
 Que repercute en el alma;
 Mi padre, mi pobre padre,
 Fué soldado de Galeana;
 Pero mira . . . allí está el héroe—
 Alcé mis ojos con ansia
 Y ví un inmenso retrato
 Entre lucientes guirnaldas
 Bañado por los reflejos
 De las luces de Bengala.
 Un rostro apacible y dulce,
 Una frente limpia y ancha,
 Una mirada de apóstol,
 Una cabeza muy cana . . .
 Era Hidalgo, el Padre Hidalgo,
 El salvador de la Patria!
 ¿Lo ves? me dijo temblando
 De regocijo la anciana . . .
 Sí, le respondí sintiendo
 No sé qué dentro del alma,
 Y entonces á un mismo tiempo
 Con las manos enlazadas,
 Nos pusimos de rodillas
 Llenos los ojos de lágrimas.

¡PATRIA!

A MI QUERIDO AMIGO FRANCISCO SOSA.

I

Ayer mi primogénita Conchita,
Alma en flor de mis dulces ilusiones,
Me dirigió una carta, que está escrita
Con letras que parecen moscardones.
No falta, por supuesto, el sobrescrito
Que dice—“*A mi papá*”— yo soy, lo veo;
¡Buen chasco se pegaba el angelito,
Si mandara su epístola al correo!
Con mucha gravedad he roto el nema,
Que, sin seguir la práctica aceptada,
No es monograma, ni blasón, ni lema,
Sino un poco de goma mal untada.
El papel de la carta maravilla
Por su extraño doblez y su figura;
En sus mejores tiempos fué planilla
De un cuaderno segundo de escritura.
Doy principio á leer y no comento:
“Mi querido papá, mucho te extraño;
Margot está muy gorda, y Juan contento,
Porque ha estrenado, al comenzar el año.

Te vas á sorprender con su vestido;
No te quiero contar, son calzoneras;
Su sombrero jarano, y le han traído
Una de esas pistolas de de veras.
No digas que te dije, si pregunta,
Porque si no, dirá que soy muy mala;
Ven á ver su pistola, si te apunta,
No te asustes papá, no tiene bala.
Ya no te escribo más; en otro día
Seré tan larga como tú lo pides;
Adios papá, bendice á tu María
Post-data.—Mi muñeca; no te olvides.”

II

Al domingo siguiente, muy temprano,
Tomé asiento en un coche de primera
De aquel tren más inglés que mexicano
Que lleva á Veracruz, no á la frontera.
Dos horas de camino, con el alma
Henchida por las gratas impresiones
De una mañana alegre y á “La Palma”
Llego, como quien dice, en dos tirones.
Abandono el vagón, y lo primero
Que á mi vista en el campo se presenta,
Es Juanito vestido de ranchero
Tal y como la carta me lo cuenta:
Un sombrero jarano con toquilla,
Un freno á cada lado por chapeta,
Un ancho barboquejo con hebilla,
De cuero de venado la chaqueta.
Amplia la calzonera y con galana
Botonadura; la corbata suelta;
Al cinto la pistola en la canana,
La mano airosa entre la crin revuelta.
Espuelas de Amozoc, cuyos pavones
Ni el tiempo borra ni el andar maltrata;

Ostentando en sus mil incrustaciones
 Gallardas cifras en bruñida plata.
 En el sencillo fuste, por adorno,
 Redondos chapetones cincelados,
 Y de la teja y la cabeza en torno,
 Anchos cercos de plata repujados.
 Cubierto el hombro por la manga oscura
 De paño azul y de olvidada usanza,
 Con fleco y con galón la embocadura:
 Fleco que al sol sus esplendores lanza.
 Y tal me pareció que revivía
 Con su traje y airoso continente,
 El tipo que mi ardiente fantasía
 Formara en mi niñez, de un insurgente.
 Adelantó el caballo, mezcló un grito
 De júbilo con una carcajada,
 Y me puse á mirarle de hito en hito
 Fingiéndome una sorpresa inesperada.

III

Después, cuando ya juntos caminamos,
 Hablábamos los dos de esta manera:
 (Antes debo advertir, que á lo que hablamos
 Puede ó no darle crédito cualquiera).
 —¿Por qué dices, papá que te parece
 Que soy un insurgente? dí: ¿qué es eso?
 —Te lo voy á explicar, pero merece
 Un prólogo de amor ¿me das un beso?
 Hace ya muchos años... todavía
 El abuelito de que fuiste encanto...
 —¡Ahl sí; mi papá grande... —No nacía.
 —¿Hará como cien años?

—No, no tanto.

Era el año de diez; han transcurrido
 Desde entonces acá, más de setenta...

—¿Serán doscientos años?

—¡Aturdido!

En nombre de tu edad, no hagas la cuenta.
 Hubo por aquel tiempo una gran guerra:
 Luchaban los de aquí con los extraños
 Por quitarles el mando en esta tierra,
 Y fué tan larga que duro diez años.
 —Y quién ganó por fin?

—Poco me extraña

Esa pregunta de la cual me río;
 ¡Luchábamos nosotros contra España,
 Y ganamos nosotros, hijo mío!
 Pero voy á decirte en breve historia
 Cómo tan noble triunfo conseguimos,
 Rogándote la guarde tu memoria
 Por ser del suelo en que los dos nacimos.
 Muy cerca de la hacienda, en aquel llano,
 La iglesia desde aquí bien se divisa;
 Vive un amable cura muy anciano,
 Que los domingos viene á decir misa.
 ¿Ya lo conoces?

—Sí.

—Mucho cariño

Te profesa por cierto el buen abate...
 —Sí, ¿no sabes? me llama su buen niño,
 Y me convida pan y chocolate.
 —Pues bien, de igual edad, con los honores
 Mismos que él tiene, amado por las gentes,
 Hubo un cura en el pueblo de Dolores,
 Al cual debemos ser independientes,
 Era de noble corazón, y dijo:
 "Cuanto tengo en la tierra y cuanto valgo
 Por mi patria lo doy como buen hijo."
 Era aquel cura ¡Don Miguel Hidalgo!
 Y sin más que su esfuerzo y su conciencia
 Que la alta voz del patriotismo escucha,
 Proclamó sin temor la Independencia

Y antes que nadie se lanzó á la lucha.
 Muchos le acompañaron, mas la suerte
 Corresponder no supo á sus desvelos;
 Por darnos libertad halló la muerte
 Dejando en su lugar al gran Morelos.
 Era cura también de pobre aldea,
 Pero dotóle Dios de tal bravura
 Que era un rayo de Dios en la pelea
 El que manso pastor era de cura.
 Ejércitos formó, rompió murallas,
 Hizo temblar al enemigo osado,
 Y en tres años ganó tantas batallas
 Que el mundo todo lo miró asombrado.
 —¿Ese llegó á ganar?

—Dios no lo quiso.

Murió sin desmayar, altivo y fiero;
 Pero seguir luchando era preciso
 Y así para luchar surgió Guerrero.
 Hijo del pueblo, ardiendo en sus entrañas
 El fuego celestial del patriotismo,
 Era un león nacido en las montañas,
 Que arrulló el huracán sobre el abismo.
 Modelo de valor sin arrogancia,
 Con un corto puñado de valientes
 Ejemplo fué de indómita constancia
 Y faro de las tropas insurgentes.
 ¿Entiendes lo que digo? Aquellos bravos
 Que, sin medir peligros, duelos, penas,
 Les dieron libertad á los esclavos,
 Rompiendo al oprimido sus cadenas;
 Aquellos hombres cuyo arrojo fiero
 Todo lo grande y lo sublime entraña;
 Sin títulos, ni honores, ni dinero;
 Sin más cuartel que el llano y la montaña,
 Que siempre estaban en constante guerra
 Sufriendo los rigores de la suerte,
 Sin esperar más premios en la tierra

Que eterna cárcel ó afrentosa muerte.
 Con una manga tosca por abrigo,
 Con un nombre sin mancha por herencia,
 Con su caballo por mejor amigo,
 Y por única fe la independencia.
 Esos que tantos hechos ignorados
 Nos dejan para asombro de las gentes,
 Fueron del pueblo libre los soldados
 Y son los que se llaman insurgentes.
 Esta tierra que ves, y en que tenemos
 Aire, luz, casa, pan, amor, ventura,
 A su valor heróico la debemos;
 Nos la dieron su arrojo y su bravura.
 Este sol, estos campos, este cielo,
 Es todo nuestro con su honor ungido:
 Aquí naciste tú, nació tu abuelo,
 Y nació yo también; es nuestro nido.
 Es la gran madre y Patria se le llama;
 Nada en su bien te asuste ni te asombre;
 Su amor enciende la divina llama
 Que alienta y mueve el corazón del hombre.
 Más que en mí, más que en tí, todo el cariño
 De que fueres capáz, cífralo en ella,
 Y en tu inocente corazón de niño
 Brille ese amor como fulgente estrella.

IV

Después, al terminar nuestra jornada,
 Quedéme largo rato pensativo,
 Y dije á Juan, fijando una mirada
 En su semblante alegre y expresivo:
 —¿Ya ves por qué me gustas de rancho?
 Grita, cual si te oyeran muchas gentes:
 ¡Viva Hidalgo, Morelos y Guerrero,
 Y vivan los soldados insurgentes!

¡Vivan! repitió el niño entusiasmado;
Yo su grito escuché con embeleso,
Y le dije: pues hemos acabado,
Te daré como epílogo otro beso!

1885.

A JUAREZ.

Dadle á mi voz, del huracán rugiente
El poder no domado y estruendoso,
Que así quiero cantar de gente en gente
Las inmortales glorias de un coloso.

Si la muerte que á todos nos aterra,
Un trono sobre el ancho firmamento
Guarda á los semidioses de la tierra,
Juárez el inmortal, tiene ese asiento.

Nacido en el peñón de una montaña,
Bajo el dosel del azulado espacio,
Su alcázar infantil fué una cabaña
Y el abierto horizonte su palacio.

Por su indígena raza, firme, austero;
Por su oscuro nacer, del pueblo hermano;
La tez de bronce, el corazón de acero,
Griego el pensar y el alma de romano.

Los más brillantes lauros de la Gloria
Estaban á su frente destinados,
Los grandes caracteres de la historia
Estaban en el suyo condensados.

El alma de Catón, el gran civismo
De Leónides, y de Agis la justicia,
De Temístocles todo el patriotismo,
De Licurgo el saber y la pericia.

Todo en aquel humilde pequeñuelo
Que en la tierra de Ixtlán pobre crecía,
Como en un arca lo guardaba el cielo.
¡Sólo el Dios de los libres lo sabía!

Aguila audaz que sobre abrupta peña
Y en muda soledad cuelga su nido,
Cuando más tarde la extensión domeña
El valle ante sus pies queda vencido.

Así Juárez, así; sin esas galas
Falsas con que la corte irradia bella,
Aguila de Anahuác, abrió sus alas
Miró á su patria y combatió por ella.

La lucha era terrible; usos y leyes
Ibanse á derrocar; el antro oscuro
Nido de encomenderos y Virreyes
Iba á crugir con su imponente muro.

Aún vagaba en la atmósfera el aliento
De otras edades á la luz ajenas;
Ibase á desatar el pensamiento,
A dejar el derecho sin cadenas.

Al mirar á aquel hombre que surgía
De las revueltas masas populares
Grande cual surge el luminar del día
De las revueltas ondas de los mares.

Rugió la envidia en su furor tremenda,
Y el fanatismo, de rencor eterno,
Sintió como el Satán de la leyenda
Odio al Jehovah que lo lanzó al infierno.

Juárez sereno en su saber profundo
Fija en el porvenir su audaz mirada,
Y ve como Colón un nuevo mundo
Entre las sombras de la edad pasada.

A descubrir sus luchas no me atrevo,
Ante tanta grandeza yo me inclino,
Aquel reformador gigante y nuevo
Tuvo un Gólgota horrible por camino.

A sus guerreros bravos y animosos,
Apóstoles, heraldos, campeones,
Vió morir en cadalsos afrentosos
Entre befa y escarnio y maldiciones.

Y en medio del tumulto y la matanza,
Siendo el derecho su sagrada norma,
Su fe renueva, atiza su esperanza,
Mata el *fuero* y cimenta la *Reforma*.

Allí está Veracruz en donde raya
A tal altura ante la patria historia,
Que nuestro mar rompiéndose en la playa
Aún parece gritar: "¡A Juárez glorial!"

Nunca de aliento ni firmeza falto,
Coronó allí sus grandes ideales....
Aguila junto al mar, voló tan alto
Que humilló el mar al verla sus cristales.

Allí fué tempestad, que con el trueno
Asorda y llena la extensión vacía,
Y con el rayo de fulgores lleno
Rompe los muros de prisión sombría.

Más tarde, tres naciones se congregan
Para vencerle y destrozarle unidas;
Cuando á las puertas de la patria llegan
Las encuentran por Juárez defendidas.

La que se queda sola en el combate
No vence á Juárez que al burlarla experto
Lleva nuevo Israel que no se abate,
El arca de la Patria hasta el desierto.

Allí en el llano inculto, en la ribera
Del Bravo que nos guarda y nos limita,
Clava en nómade tienda su bandera
Y la muerta esperanza resucita.

No lo mancille la facción injusta
En cuyos odios la verdad se estrella,
¡El, salvó el arca de la ley augusta!
¡Con ella huyó, pero triunfó con ella!

Que nada el vuelo de su fama corte:
Todo lo tuvo ese hombre extraordinario;
Sinaí en Veracruz y allá del Norte
En los desiertos, Gólgota y Calvario.

Pero el Tabor en que brilló su idea
Con eternos y vivos resplandores,
Lo fué toda esta Patria, en la que ondea,
El lábaro inmortal de tres colores.

La muerte al arroparlo en negro manto
Lo arrebató de la familia humana,
Pero su nombre ha de vivir en tanto
Que haya un palmo de tierra mexicana.

Fué el plebeyo humillando á la nobleza;
Fué el derecho imponiéndose á la historia;
Do acaba el hombre, el inmortal empieza;
Su fama universal se llama gloria.

MARGARITA MAZA DE JUAREZ.

Tierna, sencilla, dulce y amorosa
En derramar el bien pasó la vida,
Que á todas las virtudes dió cabida
En su alma levantada y generosa.

Del redentor de un pueblo digna esposa,
Grande en la adversidad, noble y sufrida,
Fué en la victoria, por el cielo ungida,
Del hogar ángel, de su pueblo diosa.

Cifró sus más hermosos regocijos
En aliviar miserias y dolores
Y en ser otra Cornelia ante sus hijos.....

Justo es ¡oh pueblo! que su ausencia llores:
En su tumba en que están tus ojos fijos
Siempre habrás de encontrar frescas las flores.

A LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR.

Ardiente juventud, tú que la herencia
 Recoges ya del siglo diez y nueve,
 Y que el maduro fruto de la ciencia
 Llevas al porvenir con planta breve;
 Tú que en la edad viril, la limpia aurora
 Verás del nuevo siglo, en que, alentado
 Por el rico saber que hoy atescra,
 Tu espíritu esforzado,
 Al saludar gozosa el sol naciente,
 Honrarás las conquistas del presente
 Con las sabias lecciones del pasado:

Atiende aquí á mi voz; vibre mi acento
 Como un canto triunfal en tus oídos;
 Y en noble sentimiento,
 Como al sonar el bélico instrumento,
 Los generosos pechos encendidos,
 Al escucharse de la lira mía
 Las toscas pulsaciones,
 La acompañen en rítmica armonía
 Latiendo vuestros nobles corazones.

Madre es la Patria, que confiada espera
 Al contemplaros, de su amor ufana,
 En la marcial carrera;
 Su porvenir, su nombre y su bandera

En vuestras manos entregar mañana;
 Y escudos de la ley y del derecho,
 La mente con la ciencia engalanada,
 Las patricias virtudes en el pecho,
 Podréis decir que irradia vuestra espada
 Aquella luz, que en Africa una noche
 Vieron brillar de César los guerreros
 Como lenguas de fuego en sus aceros.

Que no siempre el aliento de la guerra
 Fué engendro de rencor y de venganza,
 Ni el odio y la matanza,
 Sobre la faz de la extendida tierra,
 Han llevado las huestes victoriosas
 Que cual fieros torrentes desbordados,
 Destruyeron naciones poderosas
 En los heroicos tiempos, ya pasados.

El saber, las costumbres, las ideas,
 El rico idioma que á mezclarse llega
 Con ignotos idiomas escondidos,
 La extraña actividad que se despliega
 Al formar vencedores y vencidos,
 Nuevos pueblos, y razas, y naciones,
 Con más altas tendencias,
 Con más nobles creencias
 Y más rico caudal de aspiraciones.

Esta la guerra fué. Cuán grande miro
 Sobre la deslumbrante Babilonia
 Su poderoso imperio alzando Ciro!
 Y al hundirse la asiria monarquía,
 De sus escombros de oro y alabastro
 Surgir una era nueva, como un astro,
 Derramando la luz del nuevo día!

El espíritu helénico ¿á quién debe
 Su más alto esplendor? Se alza primero,

Como lejana luz brillando leve;
Lo trasforma en un sol la voz de Homero,
Y su inmortal fulgor, grande y fecundo,
Viene á alumbrar la historia,
Cuando Alejandro, en alas de la gloria
Lo extiende en sus conquistas por el mundo.

Predilecto del genio y la victoria,
Por donde quiera que la firme planta
Asienta el hijo de Filipo, un templo
Para honrar el progreso se levanta.
¡Oh caudillo esforzado y sin ejemplo!
Su triunfal estandarte,
Pueblos, reyes y obstáculos desprecia,
Porque lleva con él la fé de Grecia,
La voz del genio y el poder del arte.
Y al calor de la lucha y de las armas
Y á la sombra del águila altanera
Que hacia el Oriente sus legiones guía
Cifra imperecedera
De inmensa gloria, nace Alejandría!

¡Augusto emporio del saber humano,
Irguióse altiva entre la mar y el Nilo,
Siguiendo el trazo que con diestra mano
Supo copiar Dinócrates tranquilo
Del manto militar del soberano!
Ved, las romanas picas aparecen
Anunciando á la tierra
Que otros gérmenes crecen;
Que en la ciudad de Rómulo se encierra
El porvenir de cien generaciones,
Que llevarán en alas de la guerra
Fuertes y victoriosas sus legiones.
Y bajo el sol ardiente de Cartago,
Y en la margen del Támesis sombrío,
Y del Danubio entre el murmullo vago

Y al pintoresco pie del Alpe frío,
Con César y Pompeyo soberanas,
Llevando al mundo entre sus garras preso
De la victoria al encendido beso
Se han de cernir las águilas romanas.

Y al cruzar esas huestes, anchas vías
Se abren para el viajero;
Despiertan en los pueblos simpatías
De mercader audaz rico venero;
Surcan tendidos mares los bajeles,
Y nuevo Deucalión, Roma dejando
Su camino regado de laureles,
Fantásticas ciudades van brotando,
Y el polvo que levantan los corceles
Al disipar los vientos,
Dejan ver como huellas de su paso,
Soberbios monumentos
Desde do nace el sol, hasta el ocaso.

Después de tantos siglos de victoria
Roma también inclina su bandera;
Y los últimos fastos de su historia
El triunfo son de muchedumbre fiera.
Atravesando con feroz encono
Los lejanos y estériles desiertos,
Y en numerosas hondas conducidos
Por caminos inciertos;
Cual de mares que están embravecidos
Su espuma salpicando en las arenas,
Las gigantescas olas
Llegan á sepultar playas serenas,
Así vienen ardientes y terribles
Hunos, godos, alanos y lombardos,
Vándalos, francos, suevos, burguñones,
Galos y anglo-sajones,
Y de ese hervor de muchedumbre extraña

Surgen nuevas naciones,
Inglaterra, Alemania, Francia, España.

Del escondido seno de la Arabia
Brotó un incendio nuevo que devora
Al mundo ya cristiano;
Brilla la media luna aterradora;
Lanza un grito de guerra el africano;
Y Europa, en otro tiempo vencedora,
Trémula mira la atrevida mano
Del hijo del profeta,
Que incontrastable vino,
Al clavar su pendón sobre los muros
De la imperial ciudad de Constantino.
Su irresistible empuje
Hace rodar el trono de los godos;
Al paso del islam la tierra cruje,
Y al cielo de la ciencia tres estrellas
En tan sangrienta y trágica demanda
Asoman luego espléndidas y bellas:
Són Córdoba, Bagdad y Samarcanda.

Y en esa larga noche tenebrosa
Del espíritu humano, en la Edad Media,
Esos astros de luz esplendorosa
Guardan el sacro fuego
Que el mundo entonces desconoce ciego
Y que otra culta edad mira asombrada,
Cuando su noble admiración escita
De Córdoba la arábica Mezquita
Y la soberbia Alhambra de Granada.

Siempre tras de la guerra,
Más vigorosa llega la cultura;
Así sobre la tierra
La negra tempestad ruje en la altura;
Tremenda se desata

De su seno la hirviente catarata;
El formidable rayo serpentea:
El relámpago incendia el horizonte,
El huracán los ámbitos pasea
Infundiendo el terror del prado al monte;
Y aquella confusión que estremecida
Y acobardada vé Naturaleza,
Es nueva frente de vigor y vida
Y manantial de amor y de belleza.

Recordadlo, vosotros, cuyo pecho,
Desde temprana edad honra la insignia
Del soldado del pueblo y del derecho;
Y no olvidéis jamás si acaso un día
Siguiendo con valor vuestra bandera,
Llevais ó resistís la guerra impía
De nación extranjera
Sin consentir jamás infame yugo,
Que la espada esgrimís del ciudadano
No el hacha del verdugo;
Que el pendón que enarbola vuestra mano
Es la antorcha de luz y no la tea
Del incendiario vil; que los desvelos
De esta patria tan tiernos y prolijos,
Es hallar en vosotros dignos hijos
De Hidalgo, de Guerrero y de Morelos.

No olvidéis que mecióse vuestra cuna
En el mismo recinto
Sobre el cual resistieron los aztecas
A las huestes del César Carlos Quinto
Y que el indio jamás huyó cobarde,
Ni al ver flotando espléndidos palacios
En el revuelto mar, de audacia alarde;
Ni al ver cruzar silbando en el espacio
El duro proyectil; ni ante el ruido
Atronador del arcabuz ibero,
Ni al conocer el ágil y ligero

Corcel que resoplando entre la espuma
 De sus hinchadas fauces, parecía
 Hundir el virgen suelo, que regía
 Con su dorado cetro Moctezuma.
 Recordad que á los golpes de la espada
 Y de las lanzas á los botes rudos,
 Nunca temió la raza denodada
 Cuyos pechos desnudos
 Puso ante los cañones por escudos.
 Recordad que este pueblo cuando siente
 Herir su dignidad, fulmina el rayo,
 Lo mismo en las montañas insurgente,
 Que en los baluartes bajo el sol de Mayo,
 Que en páginas de luz dejando escritas
 Glorias que nunca empeñará la niebla,
 Hidalgo fué un titan de Granaditas,
 Y fué un gigante Zaragoza en Puebla!
 Que merece en la historia eterna vida,
 La guerra al invasor osado y fiero,
 Cual merece la guerra fratricida
 La maldición del Universo entero!
 Que una docta experiencia
 Dicen que dan el triunfo ambicionado,
 Más que las toscas armas del soldado
 Las invencibles armas de la ciencia.
 Y sabios y prudentes,
 Al recoger la enseña sacrosanta
 De esta patria que hoy cifie vuestras frentes
 Con el lauro debido á vuestro celo,
 Veladla siempre con amor profundo,
 Y así cual brilla el sol sobre la esfera
 Mire brillar en vuestra mano el mundo
 Libre y llena de honor vuestra bandera.
 Dad de firmeza y de heroísmo ejemplo,
 Nunca luchéis hermano contra hermano,
 Amad la patria, y hallaréis por templo
 El corazón del pueblo mexicano.

AL "BLASCO DE GARAY."

El ancla al peñón aferra
 Sobre la mar espumante,
 La fortaleza flotante
 Que dá terror en la guerra.
 No amenaza nuestra tierra
 Ni viene en pos de conquista;
 Surge arrogante á la vista,
 Y su hermoso pabellón,
 Envuelto en negro crespón,
 Cubre los restos de Arista

*

No nave de tierra extraña,
 La llaméis con voz impía,
 Que nunca la patria mía
 Vió nada ageno en España.
 Esa nave, amor entraña
 Y en ella mis ojos fijos
 Sorprenden los regocijos
 Que causa á la madre ausente
 Honrar el independiente
 Y santo hogar de sus hijos.

*

De amistad símbolo cierto,
 El fiero bajel hispano

Trae al suelo mexicano
Tristes despojos de un muerto.
Al verle entrar en el puerto
De las brumas al través
Grita el vigilante "él es"
Y alza un himno de alegría
El mismo mar en que un día
Quemó sus naves Cortés.

*

Dando ejemplo á las naciones,
Sobre el bajel confundidos,
De duelo flotan unidos
Dos hermosos pabellones.
Sus glorias, sus tradiciones
Allí enlazadas se ven,
Y astros del honor sostén
Irradian sobre la niebla
Juntas las glorias de Puebla
Con las glorias de Bailén.

*

Alzando montes de espuma
Encuentra el bajel abierta
A orillas del mar la puerta
Del país de Moctezuma.
Ningun recuerdo le abruma,
Cumple una santa misión,
Viene á honrar una nación
Que llena de amor profundo
Encierra en el nuevo mundo
El mundo del corazón.

*

¡Paso al bajel castellano!
Que de mi siglo á la faz
Le dén ósculos de paz.
Las olas del golfo indiano.

¡Paso á España! al pueblo hermano,
Heróico, grande y experto,
Que á toda virtud despierto
Manda á mi patria querida,
Laureles de eterna vida
Con las cenizas de un muerto.

*

Astro de unión, con tu luz
Dios nuestros pueblos ampare,
Y no haya mar que separe
A Cádiz de Veracruz.
Surge el tabor tras la cruz,
La paz tras el batallar
Y así podemos mirar
A España y México unidas,
Hoy que flotan confundidas
Sus banderas sobre el mar.

*

Vuelve á tus playas, bajel,
Playas heróicas y bellas
Y verán que entras en ellas
Llevando un nuevo laurel;
Va vuestra amistad con él
Y no hay hoz que la destroce,
Interpreta nuestro goce:
México republicana
Tendrá siempre por hermana
La España de Alfonso Doce.

MEXICO Y ESPAÑA.

I

Allá, detrás del mar, la playa amena
De la tierra del Cid y los Guzmanes;
La cruz plantada en la morisca almena
Y rotos á su pie los yataganes.

Allá, campos cruzados por gomeles;
Murallas que los godos defendían;
Palacios con ojivas y caireles
Donde las ninfas del harém dormían.

Allá las cinceladas armaduras;
Los cascos relucientes con cimeras;
Los castillos poblados de aventuras;
Las torres coronadas de banderas.

Allá, los altos picos del Moncayo;
El Guadalete con la sangre tinto;
Los manes de Rodrigo y de Pelayo;
Las tumbas de Fernando y Carlos Quinto.

Allá, todo eso que esplendor se llama,
La tradición, la fábula, la historia,
Los hechos coronados por la fama
Y los héroes ungidos por la gloria.

Aquí la noche llena de luceros;
El campo lleno de silvestres flores;
El volcán con sus hondos ventisqueros
Y el lago con sus juncos tembladores.

Aquí, la virgen tierra americana,
Bajo su azul y eterno cortinaje;
El rey desnudo, la vestal indiana,
El bosque inculto y el aduar salvaje.

Aquí, errabundo el ignorado atleta
De audacia ejemplo y de valor tesoro;
En las entrañas del peñón la veta
Y el barro confundido con el oro.

Aquí el templo de tosca gradería;
El ídolo hecho un Dios armipotente,
Y del pueblo la sorda gritería
Al verlo bautizar con sangre hirviente.

Aquí, el carcax, el arco y la rodela
De tosca piel, con plumas adornada;
La aguda flecha que en los aires vuela
Y la macana en pedernal labrada.

Aquí, sólo un baluarte: la montaña;
Allá, torres, y naves y cañones;
Tal fué Tenoxtitlán; tal era España,
¿Cuál vencerá en la lid, de ambas naciones?

II

Admiro, Iberia altiva, tu nobleza,
Tu carácter indómito y bravo,
Pero á la par admiro la grandeza
Y el heroico valor del pueblo mío.

¿Qué hallaste en estos reinos ignorados?
Un pueblo que del oro no se engríe;

Una Otumba que asombra á tus soldados
Y un Guatimoc que en el tormento ríe.

Culparte en nuestro siglo fuera mengua;
Venciste y nadie intentará culparte;
Entre tus dones heredé tu lengua
Y nunca la usaré para insultarte.

Si á la justicia destronó el capricho;
Si está con sangre escrita cada hazaña,
¡Ah! yo diré lo que Quintana ha dicho:
"Crímenes son del tiempo y no de España."

¡Nuestra sangre es igual! que nadie oponga
A nuestra unión calumnias ni rencores;
¡La plegaria inmortal de Covadonga
Siglos más tarde resonó en Dolores!

La misma es nuestra raza altiva y fiera;
Igual nuestro carácter franco y rudo;
Aquí, el águila libre por bandera;
Allá el león, por símbolo y escudo.

No de venganza con mentido alarde
Nuestras glorias hundamos en la niebla;
¡Hijos de Zaragoza y de Velarde
Juntos cantemos á Bailén y á Puebla!

Juntos el mexicano y el ibero
Tener debieran en mejores días:
¡Para cantar su patriotismo á Homerol
¡Para llorar sus duelos, á Isaías!

Hoy la gloria con bellos arreboles
Ilumina enlazadas nuestras manos;
¡Honor eterno á México, españoles!
¡Honor eterno á España, mexicanos!

A MEXICO.

EN LAS ULTIMAS DESGRACIAS DE ESPAÑA.

Allá del revuelto mar
Tras los secos arenales,
Donde sus limpios cristales
Las ondas van á estrellar;
Donde en lucha singular
Disputando á la fortuna
Las ciudades una á una
De sus guerreros el brío,
Mostraron su poderío,
La cruz y la media luna.

En esa tierra encantada,
Que esconde en perpetuo Abril,
Las lágrimas de Boabdil
En las vegas de Granada.
Donde el ave enamorada
Repite entre los verjeles
El canto de los gomeles,
Y cuelga su frágil nido
Del minarete prendido
Entre ojivas y caireles.

Donde soñados ultrajes
 Vengaron fieros segríes,
 Regando los alhelíes
 Con sangre de abencerrajes.
 Donde entre muros de encajes
 Y torres de filigrana,
 Lloró la hermosa sultana
 Amorosos sentimientos
 A los rítmicos acentos
 De una trova castellana.

Allá donde nueva luz
 Alumbró limpia y serena
 Sobre la morisca almena
 El símbolo de la cruz;
 En ese suelo andaluz
 Cuyos cármenes hollando
 Y en otro mundo soñando,
 Cruzaron en su corcel
 La magnánima Isabel
 Y el católico Fernando.

En esa región que encierra
 Tantos recuerdos de gloria,
 En ese altar de la historia,
 En ese edén de la tierra.
 No el azote de la guerra
 Infunde duelo y pavor,
 Ni causa fiero dolor
 El negro contagio inmundo;
 Que mira asombrado el mundo,
 Allí otra plaga mayor.

Surgen allí tempestades
 Del suelo entre las entrañas,
 Y vacilan las montañas
 Y se arrasan las ciudades.
 Escombros y soledades

Son el cortijo y la aldea;
 La muerte se enseñoera,
 Y en medio á tanta ruina,
 Se ve cual llama divina
 La Caridad que flamea.

Con serdo bramido el duelo
 Todo lo enluta y recorre;
 Yace la maciza torre
 En pedazos sobre el suelo.
 Salvarse forma el anhelo
 De los espantados seres
 Y hombres, niños y mujeres
 Las crispadas manos juntan,
 Y viendo al cielo preguntan:
 "Dínos, Dios: ¿Por qué nos hieres?"

Recordando en sus delitos
 Las bíblicas amenazas,
 Van por las calles y plazas
 Confesándolos á gritos.
 Los corazones precitos
 Se niegan á palpar,
 Y todos ven transformar
 Al golpe del terremoto,
 En abismo el verde soto,
 Y en escombros el hogar.

Se abate el pesado muro
 Que adornó silvestre yedra
 Y brotan de cada piedra
 Una oración y un conjuro.
 No hay un asilo seguro:
 Ciérnese el ángel del mal;
 Cada fosa sepulcral
 Abrese ante fuerza extraña
 Y parece que en España
 Comienza el Juicio Final.

Y entre la nube sombría
 Que el denso polvo levanta,
 El coro terrible espanta
 De los gritos de agonía.
 Y entre aquella vocería,
 Con rostro desencajado,
 El padre busca espantado
 Con ayes desgarradores,
 El nido de sus amores
 Entre escombros sepultado.

Convulsa, pálida, errante,
 Sobre el suelo que se agita
 La madre se precipita
 Por la angustia delirante;
 Vuela en pos del hijo amante;
 El rostro al abismo asoma,
 Lo llama llorando, y toma
 Por voz del hijo querido,
 La que acompaña al crujido
 De un techo que se desploma.

En repentina orfandad
 Trémulos las manos tienden
 Los niños, que no comprenden
 Su espantosa soledad.
 Tan solo la caridad
 Velará después por ellos,
 Curando con sus destellos
 Su miseria y su aflicción:
 ¡Cómo no amarlos, si son
 Tan inocentes, tan bellos!

¿Qué pecho no se conmueve
 Ante cuadro tan sombrío
 Que el corazón más bravío
 A contemplar no se atreve?
 Ante el infortunio aleve

¿Quién no es noble? ¿quién no es bueno?
 ¿Quién de piedad no está lleno
 Cuando es la virtud mayor,
 Aun más que el propio dolor
 Sentir el dolor ageno?

Manda ¡oh noble patria mía!
 La ofrenda de tus piedades
 A las hoy, tristes ciudades
 De la hermosa Andalucía,
 No es favor, es hidalguía;
 Es deber, no vanidad;
 Llamen otros Caridad
 A estos óbolos del hombre,
 Tienen nombre, solo un nombre:
 Se llaman Fraternidad.

Con tierno entusiasmo santo,
 Mezcla ¡oh patria amante y buena!
 Esa pena con tu pena,
 Ese llanto con tu llanto.
 Si al mirar ese quebranto
 Tu triste historia repasas,
 Verás que angustias no escasas
 Pasó entre llantos prolijos,
 Por amparar á tus hijos
 Bartolomé de las Casas.

¡POR CONSUEGRAI ¡POR ESPAÑAI

Leída en el Gran Teatro Nacional de México
en la función organizada por la Junta de Damas á beneficio de los
inundados.

Para goces ó duelos que sienta España
Cuando el llanto ó la dicha su faz enciende,
Tengo una lira humilde que la acompaña
Y un corazón de hermano que la comprende.

Por eso aquí de nuevo mi voz levanto
Y pido á pobres cuerdas sus armonías;
Ya lo sabéis vosotros, la quiero tanto
Que sus penas intensas las hago mías.

Yo ví de cerca todo lo que se encierra
De noblezas hidalgas en su recinto;
Sentí el sol de la historia sobre esa tierra
Que vió el sol sin Ocaso de Carlos Quinto.

Si allí buscáis leyendas encantadoras
Soñaréis que os arrullan notas lejanas,
De rabeles cristianos y guz'as moras
Bajo los minaretes de las sultanas.

Soñaréis cabe albercas con arrayanes
En cautivas que lloran por sus donceles;

En alquiceles blancos y en yataganes
Sobre la verde cuesta de los gomeles.

¡Ah! yo he visto la hermosa vega extendida
Que el Genil argentado de flores cuaja,
Y soñé en otros tiempos y en otra vida
Mirando los jardines de Lindaraja.

Recogí de Granada los alhelies
Que un sol de fuego esmalta con luz divina,
Y al cruzar por el campo de los zegries
Me hablaba de mi patria la golondrina.

España nos recibe con regocijos
Porque colmar supimos su afán profundo,
Siente orgullo de madre que ve á sus hijos
Honrar, ya independientes, el Nuevo Mundo.

En cada leal amigo me dió un hermano
Que hizo suyos mis goces y mis pesares,
Porque basta en España ser mexicano
Para encontrar abiertos pechos y hogares!

Allí ninguno alienta rencor ni dolo
Al vernos vivir libres en otra esfera,
Pues saben que ostentamos de polo á polo
Con honor y sin mancha nuestra bandera.

Ya no existe la España dominadora
Sino la Iberia hermana que he conocido,
Y cuya lengua rica, dulce y sonora,
Honramos en la tierra donde he nacido.

Ya no existe la España grave y austera
Que lanzó en sus legiones fieros aludes,
Que Cortés hizo odiosa con una hoguera
Y vindicó Las Casas con sus virtudes:

Soldados de Alvarado; Reyes Aztecas;
 Todos sós polvo vano, ya nada existe;
 De aquella edad aún tiemblan las hojas secas
 Del arbol que recuerda "la noche triste."

Se quebró la macana que el casco abolla,
 La inquisición no ostenta tizonos rojos;
 Y al fundirse dos razas nació la criolla
 De apiñonado cutis y negros ojos.

La de pies diminutos y andar galano,
 La que junta con dulce melancolía
 Lo humilde y apacible del tipo indiano
 Al garbo y á la gracia de Andalucía.

¡Oh España! ¡oh noble España! tú nos legaste
 Una fé y una lengua; tienes derecho
 A buscar en los pueblos que aquí formaste
 El corazón hidalgo que hay en tu pecho.

España es igual siempre bajo tu rayo
 ¡Oh sol del patriotismo que la iluminas!
 Resucitó á sus héroes del Dos de Mayo
 Al ver amenazadas las Carolinas!

¿Cómo no tributarle justos honores
 Al laurel siempre vivo que la engrinalda?
 ¡Unamos nuestra enseña de tres colores
 A su gloriosa enseña de rojo y gualda

Hoy que triste se envuelve con gasa negra
 Que le atara un espectro de heladas manos;
 Cual fraternal tributo llegue á Consuegra
 El óbolo que mandan los mexicanos.

¡Oh caridad sublime! ¡Sol que derramas
 De amor y de consuelo rayos ardientes!

Mira cómo á tu influjo son nuestras damas
 Los ángeles de guarda de los ausentes.

Campos ayer hermosos, son tristes yermos;
 Escombros los hogares; las dichas, penas;
 Los espíritus sanos gimen enfermos.....
 ¡Aliviad tantos males las almas buenas!

¡Oh! bien hacéis vosotras en ser primeras
 En consolar amantes, tanta agonía.
 ¡Para aliviar desgracias ya no hay fronteras!
 ¡La Caridad no tiene ciudadanía!

Damas que sois las joyas de nuestro suelo
 Y galardón y gloria de sus hogares;
 Vuestras altas virtudes bendice el cielo;
 Vuestra piedad un pueblo tras de los mares!

A la ofrenda tan noble que haréis mañana
 Yo la inscripción pusiera cual la merece:
 "Los ángeles de Anáhuac, para su hermana
 La España de Cristina y Alfonso Trece."

México, 14 de Octubre de 1891.

AL PARTIR DE ESPAÑA.

¿Qué dolor tan intenso me devora?
 ¿Qué pena tan profunda me acompaña? . . .
 Ruje el mar á los besos de la aurora:
 Mi nave zarpa al fin . . . te dejo España.

De mi postrar adios fueron testigos
 Cariñosos tendiéndome las manos,
 Los que ayer al tratarlos llamé amigos
 Y dejándolos hoy los siento hermanos.

¡Ay! olvidarte España fuera mengua
 Azul como el de México es tu cielo,
 El mismo corazón, la misma lengua,
 Y la fe, y el arrojó y el anhelo.

¡Con cuánto amor acojes afanosa
 Al que llega de México á tus lares!
 ¿Cómo olvidarte nunca, tierra hermosa,
 Si ungiste con tu aplauso mis cantares?

Adios España, adios; la varia suerte
 No sé si á tí me volverá mañana,
 Mas ya guardo en el alma hasta la muerte
 Tus recuerdos ¡oh tierra castellana!

Será siempre tu nombre ya esplendente
 Donde me lleve la fortuna loca,
 El más dulce recuerdo de mi mente,
 La más tierna palabra de mi boca.

España ¡adios! dejarte no quisiera,
 Mas torno al suelo que meció mi cuna;
 Mi patria voy á ver. . . ella me espera:
 ¡Tierra como la patria no hay ninguna!

De líquido zafir, de hirviendo plata
 Alza montes el mar, despunta el día,
 Y el hermoso horizonte se dilata
 Cortado por la agreste serranía.

¿Qué diré recordando tu grandeza?
 Mi patria y tú comparten mis amores,
 Iguales son su gloria, su nobleza,
 Su afán, sus esperanzas, sus dolores.

Diré que amo á las dos; que el alma extraña
 A las dos por igual, si no las miro;
 Que en España por México suspiro;
 Y en México suspiro por España.

Santander.

A VERACRUZ.

¡Veracruz! Para cantar
 Tus glorias, pulsar deseo
 La lira del gran Tirteo,
 No la lira del hogar.
 Atalaya junto al mar,
 A quien como amante abrazas,
 Cuantos duelos y amenazas
 Atacan los patrios bienes,
 Antes que nadie sostienes
 Y antes que nadie rechazas.

Están de recuerdos llenas,
 Recuerdos de cien batallas,
 Tus abatidas murallas
 Y tus erguidas almenas.
 ¡Cuántas páginas serenas
 Ocupas en nuestra historia!
 Que al par que heroica memoria
 Guardan tus montes, tus valles,
 Cada piedra de tus calles
 Tiene un bautismo de gloria.

Baluarto de dignidad,
 De arrojo, de patriotismo.

De abnegación, de heroísmo,
 De gloria y de libertad:
 Formó tu virilidad
 La reforma bienhechora;
 Fuiste la cuna, la aurora
 De ese cielo en cuyas huellas
 Son inmortales estrellas
 Llave y Gutiérrez Zamora.

Orgullosa de tu grey,
 Nadie brilla junto á tí. . . .
 Diste, nuevo Sinaí,
 Las tablas de nuestra ley;
 Es tu pueblo el pueblo rey,
 Que fiero en el batallar,
 Para sufrir y gozar
 Tiene en su entusiasta anhelo,
 Por único manto el cielo,
 Por unico amigo el mar.

En la primera invasión
 A que Francia se atreviera,
 Salvaste con la bandera
 El nombre de la nación,
 Es la lealtad tu blasón,
 Tu fe la fraternidad,
 Tu divisa la igualdad,
 Y en frente del porvenir,
 Veracruz quiere decir
 Puerta de la Libertad.

Acoge, pues, al viajero
 Que en tí pone entusiasmado,
 Un corazón desgarrado
 Pero para tí sincero.
 Pueblo altivo y caballero,
 Nada mis palabras son;

Es pobre mi inspiración;
La tuya al cielo se eleva
Con Carpio, con José Esteva,
Con Zayas y Diaz Mirón.

Es mi paso junto á tí
Raudo como el pensamiento;
Mas quisiera que mi acento
Eterno vibrara aquí.
No busques, pensando en mí,
Al poeta, busca al hombre,
Que yo vivo, no te asombre,
Para ensalzar tu memoria,
Para celebrar tu gloria,
Para bendecir tu nombre.

De más glorias al traves
Yérquete noble y bravía,
Junto á este golfo á que un día
Trajo sus naves Cortés.
El mar ofrece á tus pies
Ancho foso de tu hogar:
Mira en sus ondas brillar
De tu heroísmo la luz;
Y sé siempre, Veracruz,
Indomable como el mar.

A GUADALAJARA.

Te soñé desde niño, tierra de flores,
Más valiera que nunca yo te soñara,
Pues hoy sin esperanza, sin paz ni amores,
Nada puedo ofrecerte Guadalajara.

Ya con el alma enferma llegué á buscarte
Para aliviar mi amarga melancolía,
Y así cual te soñaba logré encontrarte
Con cármenes y vegas de Andalucía.

Tienes en tus palacios nuevas Alhambras
Con Zaidas y Moraimas en sus verjeles,
Y tus campestres fiestas son cual las zámbras
Que alegraban las cuestas de los Gomeles.

Mirando tus gardenias, tus tulipanes,
Tus floridos naranjos, tus alhelíes,
Recuerdo aquellos campos de musulmanes,
Tumbas de abencerrajes y de zegríes.

Mirando á tus mujeres deslumbradoras,
Las de talles esbeltos y labios rojos,
¿Quién no sueña en la magia de aquellas moras.
De crenchas abundosas y negros ojos?

Arabe en tus pasiones y en tus festines,
Bajo un diáfano cielo resplandeciente,
Con azaleas y lirios de tus jardines
Teje el amor guirnaldas para tu frente.

Búcaro de gardenias, tazón de aromas,
Perla cual no la guardan índicos mares,
Blancas, dulces y tiernas como palomas
Son las felices reinas de tus hogares.

El sol brilla en tu cielo más fulgoroso,
Te da con sus celajes clámides bellas,
Y en tí, Guadalajara, todo es hermoso:
Mujeres, flores, aves, nubes y estrellas.

De la noble franqueza cuna y abrigo,
De la virtud austera trono y escudo,
Reina del Occidente, yo te bendigo;
Edén de las hermosas, yo te saludo.

De tu benigno clima como tesoro
No tiene en sus espacios región alguna,
Tardes como tus tardes de nácar y oro,
Noches como tus noches de blanca luna.

Yo que nací en un valle que Dios regala
Con lagos y volcanes que el mundo admira,
Ansioso de mirarte crucé el Chapala
Y al ruír de sus ondas templé mi lira.

Eres cuna de genios: en tí han nacido
Artistas, héroes, bardos, sabios, guerreros,
Y han sobre nuestra historia resplandecido
Como en tus tibias noches tantos luceros.

Tazón de tuberosas y tulipanes,
Ciudad de los palacios y las huríes,

Díme si te formaron los musulmanes,
Si eres de abencerrajes ó de zegríes.

Esas magas que ocultan en los chapines
Pies que á Fidias y á Venus bellos recrean,
Son las flores con alma de tus jardines,
Gardenias que suspiran y pestañean.

Son embeleso, gloria, blasón y orgullo
De tu suelo en que hoy vibra la lira mía;
El canto de tus hijas es el arrullo,
Del aura entre las vegas de Andalucía.

Tierra de los ensueños y de las flores,
Perla cual las que esconden índicos mares,
Dios que puso en tus selvas los ruiseñores
Mandó sus bendiciones á tus hogares.

Para poder cantarte me falta acento,
Para admirar tu hechizo me falta calma;
Llevo triste y de luto mi pensamiento,
Y el invierno y la muerte dentro del alma.

Cuando en tus claras noches sueñes dichosa,
Cuando con arreboles te adorne el día,
La brisa de tus campos dirá medrosa
Lo que decir no puede la lira mía.

Siempre para ensalzarte seré el primero,
Siempre mi pensamiento vendrá á buscarte;
Y en medio de mis penas tanto te quiero,
Que en medio de mis penas no he de olvidarte.

Ya brilla del Progreso la nueva aurora,
Yo sé que al alejarme de tus linderos
Pronto vendrá la rauda locomotora
Trayendo á que te admiren nuevos viajeros.

Que á todos les cautive, que les asombre
 Como á mí tu belleza, de dichas nido,
 Y que cual yo en el alma guarden tu nombre,
 Que borrará la muerte, nunca el olvido.

Guadalajara, Febrero 9 de 1888.

A JALAPA.

¡Jalapa! ¡nido de amores!
 Fué mi más dulce ilusión
 Curar mirando tus flores,
 Los más secretos dolores
 Que llenan mi corazón.

Entre pintorescas lomas
 Surges gallarda y gentil,
 Como un nido de palomas
 Que incensan con sus aromas
 Las tuberosas de Abril.

La azucena te perfuma,
 Te matiza el arbol;
 Venus nació de la espuma,
 Y tú de la tenue bruma
 Que celoso ahuyenta el sol.

Te colma el cielo de bienes,
 Y tu esclavo el amor es:
 ¿Quién no ha de amarte, si tienes
 Rojos mirtos en tus sienes,
 Blancos lirios á tus pies?

Dejas en el alma huellas
Que nada logra borrar,
Y tienes mujeres bellas
Como el cielo tiene estrellas
Y tiene arenas el mar.

Si bardos de alto destino
Tu belleza singular
Cantan con plectro divino,
¿Qué dirá quien sólo vino
A tu recinto á soñar?

¿Que hará al mirar tus jardines
Quien de tanta dicha en pos
Admira ya en tus confines
Los alados serafines
Que en tu seno puso Dios?

Sentir y aspirar la brisa
Que refresca tus cabañas;
Ser feliz cuando divisa
Tu ciudad, que es la sonrisa
Del ángel de las montañas.

Olvidar su duelo impío
En tu seno encantador,
Donde el monte, el llano, el río,
El bosque y el caserío
Brindan paz, dicha y amor.

Son como encajes sutiles
Tus nieblas de blanco tul,
Todas tus huertas pensiles,
Tódos tus meses Abriles,
Todo tu horizonte azul.

Hasta esa niebla ligera
Encanta mi corazón,

Pues pareces la hechicera
Novia de la primavera
Envuelta en albo crespón.

Tus blancos muros, tus rejas,
Reflejando vida y luz,
Tus techos de pardas tejas
Y tus quebradas callejas
Cual las del suelo andaluz,

Forman las gracias más bellas
Con que al que te mira engries,
Y entre las flores descuellas
No sé si escondiendo en ellas
Mujeres ó colibrís.

Deja, ciudad encantada,
Que de tí me acerque en pos
De una esperanza soñada;
Quiero darte una mirada,
Soñar y decirte adios.

No será el adios postrero
Del que nunca ha de volver
A tu jardín hechicero;
Aun no te dejo, y ya quiero
Soñar en volverte á ver.

No soy trovador. Si fuera,
Dulces cantos te daría;
Mas te dejo el alma entera,
¡Jalapa, tierra hechicera!
¡Jardín de la patria mía!

Jalapa, Enero 19 de 1889.

EN JALAPA.

À MI INTELIGENTE AMIGA ISABEL RIVADENEIRA.

En este vergel risueño,
 Donde es tan pródiga en dones
 Naturaleza, que viste
 Todos sus campos de flores;
 En este edén encantado,
 Donde son las ilusiones
 Hermanas de las gardenias
 Que dan al céfiro amores;
 ¡Cómo transcurre la vida
 Y van las horas veloces
 Curando las hondas penas
 De los tristes corazones!
 ¡Cómo se olvidan los duelos
 Y surgen encantadores
 Ensueños de nácar y oro
 Que al viejo tornan en joven!
 ¡Quién pudiera con la lira
 Que á Apolo presta sus sonos,
 Cantar en dulces endechas
 Este emporio de las flores!
 Cantar de sus lindas hijas
 Las pupilas como soles,

Las mejillas como rosas,
 Sus voces de ruiseñores,
 Y sus talles de palmeras,
 Y sus sentimientos nobles.
 Jalapa, jirón de cielo,
 Que entre pintorescos montes
 Te recatas hechicera
 De las miradas del hombre;
 Deja que en humildes notas
 Que han de apagarse veloces,
 Te diga en toscos acentos
 Cuanto de mi pecho brote;
 Deja que te dé en mis versos
 Desaliñados y pobres,
 Lo que el corazón me dicta
 Olvidando sus dolores;
 Deja que aspire las auras
 De tus aromados bosques
 Y que pida en tus hogares
 Consuelo á mis aflicciones;
 Deja que te diga todo
 Lo que en mi pecho se esconde
 Y resuciten tus brisas
 La flor de mis ilusiones.
 Soy el viajero cansado
 Que los desiertos recorre
 Y que no encuentra una tienda
 En los negros horizontes,
 Pero que tú me la ofreces
 Revestida por tus flores
 Y velada en todo tiempo
 Por el manto de tus noches
 Que están cuajadas de estrellas
 Que deslumbran como soles,
 Y por tus limpias auroras
 Que rompen el áureo broche
 Al ver como las saludan

Los mirlos y los zenzontles.
 Doblo en tierra la rodilla,
 Y así como el sacerdote
 Se inclina cuando levanta
 El místico pan de amores,
 Inclino la frente mustia
 Que no hay quien doblarla logre,
 Y así mi pasión te expreso
 En estos tristes acordes:

Tierra de amor y de fe,
 De ternura y de cariño,
 Que allá en mis horas de niño
 Como ilusión te soñé,

Deja que te diga aquí,
 Al són de mi humilde lira
 Cuánto tu afecto me inspira
 Y cuánto siento por tí.

Eres un nido de amores,
 Do se querellan sin penas
 La brisa y las azucenas,
 El lirio y los ruiseñores;

Donde al pálido arrebol
 Que en tus horizontes arde,
 Se enamoran por la tarde
 La luciérnaga y el sol;

Donde en dulce desvarío,
 El aire de tus montañas
 Canta amor entre las cañas
 Que bordan el manso río;

Donde fingen blancos tules
 Con que tus cañadas pueblas,

Un manto de blancas nieblas
 Entre horizontes azules;

Donde ante el nítido espacio
 De tu eterna primavera,
 Es junto á cada palmera
 Cada cabaña un palacio;

Donde corteja el rocío
 A los mirtos encarnados,
 Bajo los rojos tejados
 De tu hermoso caserío,

Y entre los verdes ramajes
 Y los juncos tembladores,
 Es toda la tierra flores
 Y todo el cielo celajes.

Donde, entre la viva luz
 Que vierte en el monte el cielo
 Se alza, brindando consuelo,
 Sobre la ermita la cruz.

¿Qué puedo entre tus jardines
 A tu belleza cantar,
 Si te he venido á encontrar
 Poblada de serafines?

Verjel hermoso, ¿qué quieres
 Que te diga en pobre acento,
 Si tienes un firmamento
 Cuyos astros son mujeres?

Su candor disipa enojos,
 Su pureza vence agravios,
 No hay labios como sus labios,
 Ni hay ojos como sus ojos;

Su franqueza peregrina
La vida en el alma acrece,
Y su sonrisa enloquece,
Y su mirada fascina;

Tiene su faz expresión,
Su cerebro pensamiento,
Hay en su alma sentimiento
Y amor en su corazón;

Nunca mienten sus sonrisas,
Nunca engañan sus amores,
Son tiernas como tus flores,
Y puras como tus brisas.

Quien las visita en su hogar
Les da cariño profundo,
Y después recorre el mundo
Sin poderlas olvidar.

Jalapa, eterno pensil,
Nido de blancas palomas,
Todo rosas, todo aromas,
Que vela un eterno abril.

¿Qué te daré á mi partida?
Tu franca hospitalidad
Me dió la felicidad
Que yo soñaba en la vida.

Mañana ¡triste de mí
Estarán, sin olvidarte,
Mi cuerpo en cualquiera parte
Y mi pensamiento en tí.

Jalapa, Enero 26 de 1889.

COATEPEC.

▲ MI FRATERNAL AMIGO MANUEL LEVI

Velado entre un cortejo
De brisas y de aromas,
Que de las nieblas rompen
El transparente tul,
Los mirlos lo despiertan,
Lo arrullan las palomas,
Sobre una alfombra verde,
Bajo un dosel azul.

Colmena de alabastro
Semeja el caserío;
Le forman los tejados
Coronas de rubíes,
Y reposado corre
El murmurante río
Entre gardenias, mirtos,
Camelias y alhélíes.

Tupidos cafetales
Esconden la cabafia,
Que el sol americano
Incendia con su luz,
Y entre el follaje denso
Defiende la montaña,

La ermita alzando al cielo
 Su solitaria cruz.

El liquidámbar tiende
 Sus ramas aromosas
 Sobre las verdes cañas,
 Riqueza del verjel;
 Cortejan los naranjos
 Las áureas mariposas,
 Mientras las piñas brindan
 A los jilgueros miel.

Al soplo de las brisas
 El platanar resuena;
 Al peso de los frutos
 Se dobla el cafetal,
 Y al pie del floripondio
 Se asoma la azucena,
 Cuyo nevado seno
 Refresca el manantial.

Cuando la tibia noche
 Su clámide desata,
 Y el río da á los vientos
 Su mágico rumor,
 Los azahares fingen
 Aljófares de plata,
 Que bañan los insectos
 Con vívido fulgor.

Es Coatepec un carmen
 Oculto en el follaje,
 Un sueño de poeta,
 La flor de una ilusión;
 Del mar de la existencia,
 Venciendo al oleaje,
 Un puerto en que se encuentra
 La paz del corazón.

Sus hijas son morenas,
 Afables y sencillas;
 Las flores de su huerto
 Su majestad les dan,
 Es ébano su pelo,
 Son rosas sus mejillas
 Y pétalos sus labios
 Del rojo tulipán.

Aquí, para las dichas,
 Para soñar amores,
 Para gozar tranquilo
 De paz y de quietud,
 La noche tiene estrellas,
 El campo tiene flores,
 Y la mujer el alma
 Radiante de virtud.

Jardín agreste y bello,
 ¡Con qué placer te miro!
 Revive de mi pecho
 La amortiguada fe;
 Contemplo tus encantos,
 Tu atmósfera respiro;
 Adiós, verjel hermoso,
 Jamás te olvidaré.

Ausente, veré en sueños
 Tus flores, tus cabañas,
 Tu panorama hermoso
 Que ante mi vista está;
 Y en alas de la brisa
 Que corre en tus montañas
 Mañana á visitarte
 Mi corazón vendrá.

Coatepec, Enero 21 de 1889.

EN LA FERIA DE TLACOTALPAM.

Á LA SEÑORA DOÑA PETRONILA CHÁZARO DE CHÁZARO.

Está en su punto la feria
De la alegre Tlacotalpam,
Todo es músicas y risas
Y confusión y algazara.

Por las pintorescas calles,
Entre las risueñas casas
Todas con portales blancos
Y con tejados de grana,
En medio de los fulgores
De las encendidas hachas,
Retozando con el pueblo
Ya pasó la mogiganga.

¡Qué extraños los gigantes
Que se achican y se agrandan
En manos de los chicuelos
Que con orgullo los cargan!
¡Qué revoltosos los toros,
Los elefantes, las garzas,
Que, como si fueran vivos,
Asustando al vulgo pasan!

¡Qué alegre está, qué contenta
La reina del Papaloápam!
Se preparan al *embalse*
Las corredoras piraguas,
Pintadas con los colores
Del pabellón de la patria;
Coronadas de banderas,
De gallardetes y flámulas,
Y listas para moverse
Al romper la luz del alba.

La gente que está en el muelle
Dichosa se mueve y canta,
Y en las puertas de la Iglesia
Las mujeres apiñadas,
Pugnan por ver á la hermosa
Virgen de la Candelaria,
Que viste traje muy rico
De seda luciente y blanca
Por mano de las doncellas
Con arte y amor bordada.
Es el altar de la Virgen
Ancho torrente de llamas
Que fingen un firmamento
De inmensas estrellas áureas.

Fuera del templo, y llenando
De rumor la alegre plaza,
El pueblo formando coro
Se entrega libre á la danza.

¿Quién á los bailes de *sones*
No va á dar una mirada,
Donde con lascivas notas
Puebla el aire la guitarra?
Allí no penetra nunca
La tierna exquisita dama

Que en los tranquilos hogares
Es reina en virtud y gracia

Allí no está la señora
Orgullo y flor de su casa,
Encanto y luz de la costa,
Lujosa y aristocrática.

Llenan el baile de sonos
Jarochas de rompe y rasga,
Que en la sonante tarima
A vista de todos danzan.

Es la jarocha, morena,
Con faz por el sol tostada,
Ojos negros y brillantes
Como los ojos del águila;

Con un andar muy garboso
Y una sonrisa muy franca
Y un talle esbelto y flexible,
Que se cimbra cuando marcha.

Tiene los negros cabellos
Sujetos en trenzas largas,
Que circundan su cabeza
Con aire de musulmana;

Ciñe las trenzas oscuras
La cinta azul ó encarnada,
Que en ancho y vistoso moño
Sobre la frente remata;

Por detrás de la cabeza
Relumbrando se destaca
Ostentoso cachirulo
Con rica teja dorada;

Envuelve su airoso cuello
Rica pañoleta blanca,
Ligera como la espuma,
Brillante como la plata;

Reboso de grandes puntas
Cubre su mórbida espalda,
Y con donaire descende
Sobre la ligera enagua
Que adornan anchos olanes,
Lustrosa y almidonada.

Al bailar; con qué soltura
Pone los brazos en jarras,
En tanto que en torno suyo
Canta el pueblo las *guarachas*:

“Jarochita de mis ojos,
¿Por qué me olvidas ingrata?
Mírame y dame la muerte,
Jarochita de mi alma.

“Dejé mi corazoncito
A la sombra de una palma
Y una jarochita infame
Lo mató de una mirada.”

Aplauda el pueblo los cantos,
Unos gritan, otros bailan,
Otros arrancan sollozos
A las dolientes guitarras,
Y así se pasa la noche,
Y así llega la mañana,
Entre risas y suspiros
Y confusión y algazara,
Mientras hermoso, imponente,
Con su manto de esmeralda,

Alegra y fecunda el río
Cocos, cafetos y cañas.

¿Quién sufre terribles duelos?
¿Quién llora penas amargas?
Está en su punto la feria
De la alegre Tlacotalpam.
El nenúfar de las ondas,
De la costa la sultana,
Trono de las mariposas
Y perla del Papaloápam.

Tlacotalpam, Febrero 4 de 1889.

AL PAPALOAPAM.

A MI FINO AMIGO SEÑOR D. JUAN CHAZARO SOLER.

¡Salve, anchuroso río,
Con muros de esmeralda por riberas!
¡En medio de tus ondas pasajeras
Concibe á Dios el pensamiento mío!

Con eterna ansiedad é igual encanto
Hasta la mar profunda te deslizas,
Y al blando soplo de las auras rizas
Sobre un abismo azul tu regio manto.

No hay en mi nùmen que tu luz abraza
Nada digno de tí. Débil aspiro
A cantar tu esplendor. Prosigue, pasa. . . .
¡Al ver tu majestad, callo, y te admiro!

¿Qué mano augusta y pródiga en belleza,
Al extenderte sobre el virgen suelo,
Coronó con sus pompas tu grandeza?
¡Nuestra madre inmortal, Naturaleza,
En tus remansos aprisiona el cielo!

¿Qué estrofas no aprendidas te murmura,
Robándote al pasar tus frescas galas,

La brisa que deshace con sus alas
 El níveo encaje de tu linfa pura?
 Estrellas tejen tu inmortal corona
 En las noches del trópico calladas,
 Y las tibias, tranquilas alboradas,
 Oro derraman en tu fértil zona.

Cuanto la tierra esconde
 Hermoso y rico en montes y praderas,
 Su gran tesoro de misterios lleno,
 Lo puso en tus riberas
 Y lo fecunda tu anchuroso seno.

Si muere el sol en lecho de escarlata,
 Líquida lumbre entre sus ondas brilla,
 Y en ellas alza la cortante quilla
 Al moverse el bajel, rosas de plata.

La alegre casa rústica, escondida
 De tu serena margen en la falda,
 Y la palmera erguida
 Con su inmenso penacho de esmeralda;
 En el diáfano espacio,
 Fúlgida antorcha que á lo lejos arde,
 Lágrima de topacio
 La solitaria estrella de la tarde;
 Bordando las laderas
 Del pescador humilde las cabañas;
 Las espigas en anchas sementeras;
 La agreste soledad de las montañas;
 El resonante coro
 A que tu eterno murmurar responde
 Y en que á los gritos del salvaje loro
 Se mezcla el arpa de oro
 De los jilgueros que la yagua esconde;
 La tonina saltando en tus espumas
 Que el pesado alcatrúz roza intranquilo;
 La esbelta garza de nevadas plumas

Burlando el asechar del cocodrilo;
 El huaco centinela entre el follaje,
 La guacamaya de pausado vuelo,
 Y como bardo errante del bosque
 El pardo ruiseñor, eco del cielo:
 Todo forma tu trono y tu paisaje,
 Todo matiza y borda tus orillas,
 Y tú, grande, magnífico, fecundo,
 En medio de tan regias maravillas
 Buscas por tumba el mar del Nuevo Mundo.

Eres la eternidad que se desliza
 Sobre las obras frágiles humanas,
 Y mira igual el fuego y la ceniza,
 Mientras el soplo de los siglos riza
 Su larga cauda de temblantes canas.

Corre, anchuroso río,
 Corre y torna á correr sin detenerte;
 Todos vamos á un fin triste y sombrío:
 ¡Tú vas hacia la mar, yo hacia la muerte!

¡Tú puedes, en tus fértiles riberas,
 Ver nacer y morir, año tras año,
 Aves, flores, espigas y palmeras,
 Sin que nunca en invierno sientas daño
 Ni te alienten las dulces primaveras!

Indiferente á todo, raudo lanzas
 A un abismo sin fin tus verdes ondas,
 Y arrastras cual perdidas esperanzas
 Las aves muertas, las marchitas frondas,
 El roble añoso por el rayo herido,
 Los frutos arrancados
 Antes de que estuvieran sazonados,
 Y algún desierto nido,
 Hogar sin fe ni amor, que va al olvido!

Cual tú rápido vas al Océano,
Siempre lleno de luz y en blanda calma,
Vuela á lo inmenso el pensamiento humano
Copiando en su cristal el sol del alma.

Así vuelan las aves de colores
Que en el nidal de la ilusión se crían;
Así se van la dicha y los amores
Que á las volubles ondas todo fían;
Así, cual tú, se lanza
A otro abismo sin fondo la esperanza;
Así la hermosa juventud camina
De místicos acentos al arrullo,
Y así todo declina
De la corriente humana en el murmullo.

¡Sólo tú eres eterno!

¡Ni te abrasas

Con la lumbre del sol, ni en el invierno
Tus ímpetus sosiegas! Siempre pasas
Y el hombre envidia tu pasar eterno!

¡El hombre, el rey que en tus volubles olas
Callando males que su pecho aflijen,
No puede nunca, meditando á solas,
Saber su fin ni descubrir su origen!

¿De dó viene? ¿A dó va?

¿Quién ha logrado

Su destino explorar? ¡Negra es la suerte
Que esconde lo futuro y lo pasado!
¡Tú paras en el mar, él en la muerte!

Deja que mi cansada fantasía
Tu regia pompa y majestad admire;
Deja que el alma mía
Mirándote correr sienta y se inspire.
Eres grande y hermoso,

Cuando entre flores mil soberbio creces,
Y si te encrespa el norte proceloso,
Gigante brazo de la mar pareces.

A la ciudad risueña,
Que como amante tuya se reclina,
Plácida, pintoresca y halagüeña,
En tu clámide azul y cristalina,
Prestas eterno encanto á sus riberas,
A sus jardines das verdor y galas,
Y se mira en tus ondas pasajeras
Cual níveo cisne de brillantes alas.
¡Llévame allí! . . . Sacude la tristeza
Que embarga y mata el pensamiento mío
Y prosigue soberbio de belleza. . .
¡Dios existe! ¡Tú copias su grandeza!
¡Salve, mil veces, anchuroso río!

A bordo del "Tenoya", Enero 31 de 1889.

EN TLACOTALPAM.

Á MI AMIGO EL GRAL. JUAN ENRIQUEZ.

No con necias presunciones
Os dirijo la palabra,
Que es desacato con versos
Interrumpir una danza.
Soy como el ave de paso
Que hospeda florida rama
Y el ave entre tantas flores
Se siente feliz y canta:
Seré breve, y dadme oído
Que os voy á hablar con el alma.

Es una ciudad risueña
Alegre y hospitalaria,
La que lleva el justo nombre
De perla del Papaloápan.
Surge entre las verdes ondas
Como una paloma blanca,
Porque es la novia del río
Más hermoso de mi patria.
Centinelas vigilantes
Semejan sus verdes palmas,
Y opulenta alfombra de oro

Sus anchos campos de cañas.
¡Qué limpias son sus auroras
En horizontes de nácar....!
¡Qué crepúsculos tan tibios
En sus tardes sosegadas!
¡Que música misteriosa
Su dulce paz acompaña
Cuando son manos las brisas
Y los nenúfares arpas....!
¡Cómo matizan los pliegues
De su manto de esmeralda
Las rosas, urnas de aroma,
Los nardos, cetros de plata!

¡Cuánta paz en los hogares,
En los campos y en las auras!
En el carácter franqueza,
Honradez en la palabra,
Sin engaños en la forma
Ni doblez en la mirada,
Ofrecen sus moradores
La hospitalidad más franca,
Y al que le llaman su amigo
Como un hermano le tratan,
Porque á quien le dan la mano
Con ella le dan el alma.
Es una ciudad muy bella
La perla del Papaloápan,
La ciudad novia del río
Más hermoso de mi patria.

Feliz y brillante pluma
La que acierte á retratarla,
Describiendo en dulces versos
Cuanto en su recinto guarda;
La dama de sus hogares
Es una perfecta dama,

Bella cual la flor del río
Que vió deslizar su infancia;
Es en el andar airosa,
En el mirar recatada,
Para sus virtudes, reina;
Para su deber, esclava;
Nunca hipócrita ni aleve,
Y siempre sincera y franca.

¡Oh mujeres de la costa
Que el indiano sol abrasa!
¡Oh flores cuyos encantos
Las verdes ondas retratan!
Dejadme que osado os cante
Con arpa mustia y cansada,
Como el cardo de la tierra
Canta á los lirios del agua,
Poniendo para cantaros
Mi corazón en el arpa... !

Mañana estaré muy lejos
De vuestra tierra encantada,
Y al recordar sus hechizos
Sentiré muy triste el alma.
Me llevo dulces recuerdos
Que ni se borran ni pasan.
¿Habéis visto cómo surge
Entre las ondas gallarda
Esta ciudad á los ojos
Del que deja tierra extraña?
Si fuera pintor, pudiera
Copiar el panorama:
Míranse los corredores
De esbeltas columnas blancas
Como si fueran de nieve
O de reluciente plata,
Recordando con sus arcos,

Sus puertas y sus ventanas
Los muros y minaretas
De una ciudad musulmana;
Y así en sus rojos tejados
Como en sus callejas largas,
Se sorprende una sonrisa
Espontánea, alegre y franca,
Que está diciendo al viajero:
—Entre todas estas galas,
Lo que encontrarás, si llegas,
Es la lealtad en el alma.

¡Y queréis que yo me olvide
De la alegre Tlacotalpam!
Su recuerdo mi memoria
Ya para siempre lo guarda.
¡Oh perla de la corona
Que ciñe libre mi patria!
Que siempre las verdes ondas
Que tu hermosura retratan,
Te encuentren feliz, risueña,
Próspera, rica y en calma,
Y que al hablar de tu suerte
Las gentes propias y extrañas,
Digan lo que yo te digo
Desde el fondo de mi alma:
Es un edén de ventura
La perla del Papaloápam.

Tlacotalpam, Febrero 3 de 1889.

ADIOS A MONTERREY.

(EN UN BAILE DEL "TIVOLI REINERO")

Cuando cruzan peregrinas
El cielo las golondrinas
En bullicioso tropel,
¿Verán las flores divinas
Que tiene cada verjel?

¿Verán la rosa encarnada,
La gardenia delicada,
El lirio de hojas de tul,
Cuando surcan en bandada
Del espacio el mar azul?

En su rápido aleteo
Verán al fulgor febeo,
Un ensueño, una ilusión,
Verán esto que yo veo
En medio de este salón.

Un verjel de amor y calma,
Donde la virtud es palma,
Y eterno sol la honradez;
¡Un edén que anhela el alma
Volver á verlo otra vez!

Bendiga Dios los primores
De aqueste jardín sin par,

Do tiene el alma las flores,
Donde brillan los amores
Sacrosantos del hogar.

¿Juzgáis que olvide algún día
Esta mansión de alegría
Donde la ventura está?
¡Si me dice el alma mía
Que nunca la olvidará!

¿Qué pudiera en esta vez
Deciros, en honra y prez
De esta tierra, mi laúd....?
¡Si yo adoro la honradez,
La franqueza y la virtud!

Si yo con el pecho lleno
De pesar y de veneno,
Conservo viva la fe,
Y he de dar culto á lo bueno
En dónde quiera que esté!

Arcángeles de ternura,
De bondad y de hermosura,
Que miro en mi derredor....
Miraros, es la ventura;
Dejaros, es el dolor.

Bellas rosas sin espinas,
Vuestras gracias peregrinas
Admiran con frenesí
Las viajeras golondrinas
Que han cruzado por aquí.

¿Qué dirán volviendo al nido
Acerca de este florido
Y sosegado verjel?
Que sólo dicha han sentido
Cuando estuvieron en él;

Que entre naranjos y cañas,
Sin pompas falsas ni extrañas
Y con ángeles por grey,
Dios puso entre las montañas
Un nuevo Edén: ¡Monterrey!

Diciembre de 1889.

EN COAHUILA.

(EN UNOS PREMIOS).

A vosotros, hijos tiernos
Del Estado de Coahuila,
Para quienes tiene encanto
La alborada de la vida;
Vosotros, que halláis un padre
Que os ilustra y os vigila
En esta comarca heróica,
En esta tierra bendita,
Dadle atención á mi acento,
Y sabed que cuanto os diga
Brotó del fondo del alma,
Que se entusiasma si os mira.

Niños, ¿sabéis qué es el mundo?
Niños, ¿sabéis qué es la vida?
Es un campo de batalla
En que el ignorante es víctima.
El hombre llega á la tierra
Y entre las sombras vacila;
Pero hay luz para las sombras
Y un templo en que nace el día.
Esa luz se llama: el libro,
Pues en sus páginas brilla
La razón de cuanto existe,
De todo lo que palpita

Bajo la bóveda inmensa
 Donde los astros cintilan.
 Mucho sabe quien estudia,
 Y si los espacios mira,
 Sabe lo que cada estrélla
 A los ojos significa;
 Si mira el peñón abrupto
 Que por gigante intimidada,
 Sorprende la oculta veta
 Que da riqueza en las minas;
 Si mira el campo, conoce
 Cómo se nutre y se anima
 La madre naturaleza
 Que tanto secreto abriga,
 Y así protege la industria,
 El comercio fortifica
 Y levanta y ennoblece
 Cuanto abarcan sus pupilas.

Todo nos lo enseña el libro,
 Todo la razón lo dicta
 En un gran templo, en la Escuela,
 Centro de luz y de vida.

La mujer en nuestro siglo
 No es ya la esclava sumisa
 Que allá en los antiguos tiempos
 Estuvo siempre abatida.

Hoy alza con noble orgullo
 Al cielo su frente limpia
 Y es el ángel que da gloria
 Y ventura á la familia.
 Hoy la mujer es un ángel
 En la ciencia y en la lira,
 Lucha por salvar la patria
 Cuando la patria pelagra,
 Que así fué Leona Vicario

Para la patria oprimida
 La infatigable y heroica
 Que su nombre inmortaliza.

Niñas, que escucháis los versos
 De mi destemplada lira,
 ¿Qué me acerca hasta vosotras?
 ¿Por qué mis ojos os miran,
 Y el regocijo les nubla
 Con emoción las pupilas?
 Vosotras habéis cumplido
 Con vuestra misión bendita,
 Y el Estado que es un padre
 Que vuestros pasos vigila
 Y que os ha dado amoroso
 En vez de vanas caricias,
 El pan del alma, la ciencia
 Que os salva y os dignifica,
 Hoy, por manos del que rige
 Los destinos de Coahuila,
 Premia al que más se ha esforzado
 En esta lucha pacífica.

Todo lo alcanza el estudio:
 La mujer es la heroína,
 Que se redime y se salva
 Y que su misión sublima
 Cuando explora los secretos
 De la ciencia y de la dicha.

Guardad con orgullo el premio
 Que vuestras manos reciban
 Porque es la joya más grande,
 La prenda de más estima
 De cuantas sobre la tierra
 Os concedan en la vida.
 Mañana . . . cuando los años
 Hayan corrido de prisa

Y recordéis estas horas
De sacrosanta delicia,
No olvidéis á los que os dieron
En el libro, eterna guía,
Y entonces, entre los goces
Callados de la familia,
Benedicid á quienes fueron
Vuestro sostén y que os miran
Como esperanzas hermosas,
Como predilectas hijas.

Si detrás de los espacios
En donde los astros brillan
Hay ojos que están mirando
El combate de la vida,
Ellos sigan vuestros pasos,
Ellos vuestra lucha midan
Y enaltezcan vuestros nombres
Y vuestro esfuerzo os bendigan.
¡Dios salve á las almas puras,
A las tiernas sensitivas
Que han de brillar como estrellas
En el cielo de Coahuila!

Saltillo, Diciembre de 1869.

¡POR EL PUEBLO!

EN UN BANQUETE DE RURALES.

Un brindis muy mexicano
Que es mexicano el poeta:
Por el pueblo Soberano,
Por el que viste chaqueta
Y usa sombrero jarano

Por el que mira en París
La casa del invasor,
Y al estilo del país
Llama al amigo *manís*
Y al cómplice *valedor*,

Por ese pueblo que grita
Lo mismo un viva que muera,
¡Y ve á Venus afrodita
Tras de la cara bonita
De la hurafia garbancera!

Por la inmensa humilde grey
Que, avara de nuevas luces,
Muere por salvar la ley
En el "Molino del Rey"
Y en el "Monte de las Cruces."

Por la grey descamisada
Que, tras la tosca refriega,
Como una veste sagrada
Usó la blusa encarnada
Junto á González Ortega.

Por el pueblo grande ó chico
Que del progreso á la luz,
Derrotó, en virtudes rico,
A Barradas en Tampico
Y á Jonville en Veracruz.

Por el pueblo extraordinario
Que bebe Laffite en Apam,
Y va á triunfar temerario
Con Rocha en el Cimatario,
Con Régules en Uruápam.

Por el que de gloria al rayo
Salva el nativo pensil,
Y sin temor ni desmayo,
Asombra el "Cinco de Mayo"
Y deslumbra el "Dos de Abril."

Por el que en noble ardimiento
En pos de lo grande vuela,
Y en pos de su sentimiento,
Donde derriba un convento
Levanta siempre una escuela.

Por el pueblo que ha salvado
Al pabellón nacional,
Y que está representado
En el rancho soldado,
En el valiente rural.

Por el pueblo en cuyos lares,
Adorándolo nací:

Por sus dioses tutelares;
Por el que condensa en Juárez
Un Moisés y un Sinaí.

Por estos charros, señores,
Que en sus caballos sin par,
Altivos y vencedores,
Lanzan á los invasores
Si no los pueden matar.

Por este charro guerrero
De traje deslumbrador,
Que es jinete en el potrero,
En el monte guerrillero,
Y en el estrado señor.

Y aquí en esta población
Que fué cuartel general
Del Jefe de la nación
Cuando su altiva legión
Abatió el cetro imperial,

Os pido en acento extraño,
Del héroe invicto á la faz,
Que vengamos sin engaño
A cantar año por año
Las victorias de la paz.

Mayo 3 de 1889.

A LERDO DE TEJADA.

EN LA TRASLACIÓN DE SU CADÁVER A MÉXICO

Ya don Sebastián volvió....
 Cuando entre salvas y dianas
 Por Querétaro pasó,
 Dicen que se estremeció
 El Cerro de las Campanas.

Y halló coronas y altares
 De la Patria en el regazo,
 Y al volver á nuestros lares
 Dejó su sepulcro Juárez
 Para darle estrecho abrazo.

Su hogar es la Patria entera;
 El pueblo libre, su corte;
 Su juez, la Historia severa;
 Su mortaja, la bandera
 Salvada en Paso del Norte.

¡POR LA FRONTERA!

(BRINDIS EN EL SALTILLO).

En la nación mexicana
 ¿Quién no ha oído por doquiera
 Ensaltar la honradez sana
 La franqueza noble y llana
 Que distingue á la frontera?

No hay carácter más sencillo:
 La lealtad es sola ley
 Y la honradez sólo brillo,
 Bajo el cielo del Saltillo,
 Bajo el sol de Monterrey.

Pueblos valientes y honrados,
 Todos franqueza y valor,
 Campesinos sosegados
 Que se cambian en soldados
 Enfrente del invasor.

No hollarán plantas extrañas
 Su tierra bendita y pura,
 Que de hogares y cabañas,
 Son baluartes las montañas
 Que eternizó la Angostura.

El patrio amor es su esencia,
La fraternidad su norma,
Y su mentor la experiencia;
Salvaron la Independencia,
Y salvaron la Reforma.

¿Por qué mi labio sincero
No ha de expresar la verdad?
Como bardo y caballero,
Aplaudo, estimo y venero
La tierra de la lealtad.

Porque aquí no es sueño vano
La amistad; es religión:
El amigo es un hermano,
Y al que se le dá la mano
Se le entrega el corazón.

Alzo mi copa, señores,
De la frontera en honor,
Por sus francos moradores,
Por sus damas, que son flores
De virtud y de candor.

Por el gobernante honrado
Que de todos es querido
Y de todos respetado;
Por tanto bravo soldado
Que en la frontera ha nacido.

Por Coahuila que, esplendente
Se nombra ante quien lo admira,
"Muzquiz" junto al insurgente,
Junto á "Juárez" "de la Fuente,"
Y "Acuña" junto á la lira.

15 de Diciembre de 1889.

AL PARTIR DE GUADALAJARA.

Tierra galana y hermosa
Que de mi patria en el suelo,
Brillas cual brilla en en cielo
Una estrella esplendorosa.
¿Qué voz dulce y misteriosa,
Qué ritmo, qué grato acento
Podrán las arpas del viento
Prestar á mi humilde lira,
Para decir lo que inspira
Tu amor á mi pensamiento . . . ?

Si fuera un bardo, cantara
Un himno á tu porvenir,
Mas lo que puedo decir
Es poco, Guadalajara.
Vierte el sol su lumbre clara
Y te esmalta en mil colores,
Y como ángeles de amores
Nublan tus mujeres bellas,
Con sus ojos las estrellas
Y con sus labios las flores.

¡Con qué afán te besa el sol
Y en purpúreos cortinajes

Prende ante rojos celajes
 Su vespertino arreboll!
 Como el Eden español
 Que se llama Andalucía
 Eres de la tierra mía
 Perla de rica aureola
 Cante España á su manola,
 ¡Mi patria á su tapatía!

Canto á la mujer hermosa
 De talle esbelto y pie breve,
 Con la tez de grana y nieve
 Y las mejillas de rosa.
 Que medita y ruborosa
 Acata deberes fijos,
 Sin tener más regocijos
 Ni más joyas, ni más flores,
 Que el altar de sus amores
 En la cuna de sus hijos.

Canto con pobre laúd,
 Con el alma entristecida,
 Esta tierra donde anida
 La franqueza y la virtud;
 Que obliga á la gratitud
 Con santa hospitalidad
 Y que en anterior edad,
 Alzando el patrio estandarte,
 Fué trono, escudo y baluarte
 Del sol de la libertad.

Elegida de la Gloria,
 Al defender sus derechos
 Llenó con heróicos hechos
 El libro de nuestra historia.
 Yo los guardo en la memoria
 Llenos de brillo y honor;

Si fuera digno cantor,
 Nuevo Homero los cantara
 ¡Quien dice: Guadalajara
 Dice: lealtad y valor!

De paso por tus confines
 ¿Qué notas daré suaves?
 Tienes más bardos que aves
 En tus risueños jardines!
 Tus genios, tus paladines
 Tus mujeres, dignas son
 De elevada inspiración;
 Yo te doy mi valimiento:
 Por lira mi pensamiento,
 Por trono, mi corazón.

Tierra de vírgenes bellas
 Que tienes en tus amores,
 Tu campo lleno de flores
 Tu cielo lleno de estrellas:
 Al adornarte con ellas
 Tu suerte bendijo Dios;
 Yo voy de mi afán en pos,
 De mi deber al reclamo
 Se feliz! . . . como te amo
 No puedo decirte, adios!

¡POR LA CARIDAD!

En la tranquila noche callada
Bajan los copos de la nevada,
Cubren los nidos del torreón,
Y, al ir á verlos con la alborada,
Sólo sepulcros los nidos son.

Nadie en los sueños del mundo fie:
El que con ellos goza y se engríe
Es el esclavo de su pesar,
Es el marino que alegre ríe
En las tormentas que esconde el mar.

Cuando natura persigue al hombre,
¿Dónde está el fuerte que no se asombre
Del terremoto, del huracán....?
Fuerza, talento, riqueza y nombre
¿De dónde vienen y á dónde van?

Frente á esas rocas grandes y solas
A que empenachan las aureolas
De un sol que incendia la inmensidad,
¡Qué turbulentas pasan las olas
Tal como pasa la humanidad!

Las olas negras que nadie alcanza
Y que sepultan con asechanza
Las fuertes naves, son el dolor;
Las olas verdes son la esperanza,
Y las azules son el amor.

Esos espesos toldos de bruma
Que el sol matiza, que el viento esfuma,
De nuestras dichas reflejos son,
Pues se deshacen como la espuma,
Como los sueños del corazón.

En el desierto buscad la palma,
Y ni á su sombra tendréis la calma;
El hombre lucha sin descansar;
Dios ha formado voluble el alma,
La tierra aleve, traidor el mar.

En ese eterno combate humano,
Si todo es falso, si todo es vano,
¿Nuestro martirio no tendrá fin?
¿Se alza el hermano contra el hermano?
¿En nuestro siglo, vive Caín?

¡No! ¡Dios es grande y omnipotente!
El nos ha dado la llama ardiente
Que significa la humanidad,
Virtud eterna, santa, esplendente,
Amor de amores ¡la Caridad!

Vive sin pompas y sin testigo;
Ella á los pobres dá pan y abrigo,
Es del enfermo fuerza y sostén,
Salva al esclavo, vela al mendigo,
Y hasta en las tumbas derrama el bien.

Hoy que en un pueblo franco y risueño,
Airada suerte con torvo ceño

Difunde muerte, siembra terror....
México entero con santo empeño
Como una madre muestra su amor....

Allí entre duelos y hondo quebranto
En las ruínas cunde el espanto ...
Todo es miseria, luto, orfandad;
Y con el agua se mezcla el llanto,
Y con las quejas la tempestad.

Murió la pompa de antiguas éras,
Ya son escombros casas enteras,
Ya los hogares escombros son,
Se han vuelto lagos las sementeras,
Y es un sepulcro todo León.

Allí son tantas las aflicciones,
Que todos visten negros crespones,
Pues siempre ha sido negro el dolor....
Pero hoy responden los corazones
Con nobles obras de inmenso amor.

“¡Gracias!” nos dicen los afligidos,
“¡Gracias!” murmuran los desvalidos,
Los infelices, gracias nos dan;
Vuestros esfuerzos están cumplidos;
Dais á los pobres vestido y pan.

Gracias—os digo—que el cielo os mande
Por solo premio, cuanto demande
Vuestra ternura del pobre 'en pos....
¡Grande es mi patria, que un pueblo es grande
Cuando en sus obras refleja á Dios!

AL AHUEHUETE DE SANTA MARIA DEL TULE.

¡Con qué pompa á la vista te presentas
Titán de estas risueñas soledades!
Si sacuden tu copa las tormentas.
Sollozan en tus ramas las edades.

¿Qué te puedo decir? inspiras tanto,
Que á mí me basta recojer tu nombre
Y darte mi mutismo como canto;
¡Junto á un árbol así, nada es el hombre!

Santa María del Tule (Oaxaca), 14 de Noviembre de 1892.

EN LAS RUINAS DE MITLA.

A MI MUY QUERIDO AMIGO ROSENDO PINEDA.

Le temps n'outrage que l'homme.

Maravillas de otra edad;
 prodigios de lo pasado;
 páginas que no ha estudiado
 la indolente humanidad,
 ¿por qué vuestra magestad
 causa entusiasmo y pavor?
 Porque de tanto esplendor
 y de tantas muertas galas,
 están batiendo las alas
 los siglos en derredor.

Muda historia de granito
 que erguida en pie te mantienes,
 ¿qué nos escondes? ¿Qué tienes
 por otras razas escrito?
 Cada inmenso monolito,
 del arte eximio trabajo,
 ¿quién lo labró? ¿quién lo trajo
 á do nadie lo derriba?
 Lo saben, Dios allá arriba,
 la soledad aquí abajo.

Cada obelisco de pie
 me dice en muda arrogancia:
 Tú eres dudas é ignorancia,
 yo soy el arte y la fé.
 Semejan de lo que fué
 los muros viejos guardianes...
 ¡qué sacrificios! ¡qué afanes
 revela lo que contemplo!
 Labrado está cada templo
 no por hombres, por titanes.

En nuestros tiempos, ¿qué son
 los ritos, usos y leyes,
 de sacerdotes y reyes
 que aquí hicieron oración!
 Una hermosa tradición
 cuya antigüedad arredra;
 ruinas que viste la yedra
 y que adorna el jaramago;
 ¡la epopeya del estrago
 escrita en versos de piedra!

Del palacio la grandeza;
 del templo la pompa extraña,
 la azul y abrupta montaña
 convertida en fortaleza;
 todo respira tristeza,
 olvido, luto, orfandad:
 aun del sol la claridad
 se torna opaca y medrosa
 en la puerta misteriosa
 de la negra eternidad!

Despojo de lo ignorado,
 busca un trono la hoja seca
 en la mutilada greca
 del frontón desportillado,

Al penate derribado
 la ortiga encubre y escuda;
 ya socavó mano ruda
 la perdurable muralla
 Viajero: medita y calla
 ¡lo insondable nos saluda!

Sabio audáz; no inquieras nada,
 que no sabrás más que yo:
 aquí una raza vivió
 heróica y civilizada;
 extinta ó degenerada,
 sin renombre y sin poder,
 de su misterioso ser
 aquí el esplendor se esconde
 y aquí sólo Dios responde
 y Dios no ha de responder.

Mitla (Oaxaca), Noviembre 15 de 1892.

IN TERRA PAX HOMINIBUS.

EN LA INAUGURACION DEL FERROCARRIL DE SAN LUIS

¡Salve al Progreso! ¡Salve al poderoso
 Siglo de la Razón, que inflama y llena
 El cosmos con su aliento luminoso!
 Desde la limpia, azul, vasta y serena
 Región de los espacios estelares,
 Hasta el lecho de arena
 Do en muda soledad duermen los mares;

Todo lo inunda con fulgor divino
 La omnipotente y sola soberana
 Que ha regado de lauros el camino
 Del siglo actual: ¡la inteligencia humana!

Salvan las empinadas cordilleras,
 Y los desiertos y el profundo océano.
 La palabra y la voz ¡ya no hay fronteras!
 ¡El hombre es ya del mundo ciudadano!
 Y el pensamiento en el alambre preso,
 La voz en el fonógrafo cautiva,
 Lanzan en coro el estruendoso viva
 Al dogma de los libres: ¡el Progreso!

El vapor en esclavo convertido
 Y la eléctrica chispa dominada
 El mundo han transformado y redimido,
 Enaltecendo del mortal el nombre!
 Dad un himno á la paz, las almas puras!
 ¡Gloria á Dios! ¡Gloria á Dios en las alturas!
 ¡Paz en la tierra al hombre!

Octubre 31 de 1888.

RECUERDOS.

EN EL ALBUM DE UNA MEXICANA

Fulgura el sol en el zenit, su lumbre
 Las plantas y los árboles desmaya,
 Contra las negras rocas de la playa
 Sus ondas quiebra perezoso el mar.

Reina del aire la gaviota errante
 Va por la azul inmensidad cruzando
 Mientras yo triste vago suspirando
 Muy lejos de la patria y del hogar.

Busca en vano la mente fatigada
 Los bosques de sabinos seculares,
 Las ceibas, los naranjos, los palmares,
 Que ayer alegre y satisfecho ví.

Y humedecen las lágrimas mis ojos,
 Se llena el alma juvenil de duelo,
 Porque este cielo azul no es aquel cielo,
 Porque nada de América hay aquí.

Recuerdo alborozado aquellas tardes,
 De la Natura y del Amor tesoro,
 Cuando el sol que se oculta en mar de oro
 Baña del cielo el nacarado tul.

Y los volcanes cuya eterna nieve
Mares esconde de candente lava
Y el pico de cristal del Orizaba,
Que altivo rasga el infinito azul.

Los mangles, atalayas de la costa
Con sus penachos altos y severos,
Los erguidos, sonantes cocoteros
Que fruto y sombra al caminante dan.

Aquellas flores de perpetuo aroma,
Aquellos tan alegres horizontes,
La frente audaz de los soberbios montes
Donde estrella su furia el huracán.

¿Dónde están la caléndula de nieve
Rojos jacintos y purpúreas rosas,
Que buscan las doradas mariposas,
Y besa revolando el *pica-flor*?

¿Do está la blanca garza voladora
Que los juncales en el lago agita?
¿Do está el zenzontle, que dormido imita
De las vírgenes selvas el rumor?

La brisa de mi patria, cual la brisa
Que los cedros del Líbano atraviesa,
Caliente y perfumada, mueve y besa
Las hojas del florido cafetal.

Sobre eternas campiñas de esmeralda
Brilla en el cielo azul la blanca luna,
Que refleja el cristal de la laguna
En la serena noche tropical.

Allá bajo los toldos de follaje
Que Otoño esmalta con doradas pomas,
Bulliciosa bandada de palomas
Se arrullan tristes al morir el sol.

La alondra habita los risueños valles,
Y cual flores con alma, en los jardines,
Agitan los parleros *colorines*
Sus alas que envidiara el arrebol.

¡Oh verjel de mis sueños! tierra hermosa,
Que guardas mis recuerdos y mis lares,
Queda con Dios tras los revueltos mares:
Yo lejos vengo á suspirar por tí.

Buscando tus estrellas y tus flores
Suspira el alma con profundo duelo,
Porque este cielo azul no es aquel cielo,
Porque nada de América hay aquí.

Dos aves, hijas de la misma selva,
Que abandonan la rama en que han nacido,
Si llegan á encontrarse, hablan del nido
Que fué su casto y primitivo hogar.

A tí de los jardines de mi patria,
Flor que tesoros sin igual encierra,
Consagro los recuerdos de la tierra
Que allá quedó tras la extensión del mar.

Llevas la luz del trópico en los ojos
Y la voz de sus brisas en tu acento,
Su clima en tu ardoroso pensamiento,
Su grandeza en tu propio corazón.

Feliz si el nombre de la patria hermosa
Tus más bellas palabras acompaña:
El nombre de la patria en tierra extraña
Es un poema, un himno, una oración.

Costa Cantábrica, 1878.

11 DE ABRIL.

FRENTE A LA TUMBA DE LOS MARTIRES.

Ellos allí.... sin lápida, sin nombre,
Durmiendo bajo el musgo de este suelo
Donde vienen las lágrimas del hombre,
A unirse con las lágrimas del cielo.

Hijos queridos de la patria mía,
Si en cada hombre mirábais un hermano
¿Por que os llevó del mundo tan temprano
Una mano fatídica é impía?....

Erais del porvenir.... ya vuestras huellas
Se ostentan en los campos del mañana....
Mártires cuyos nombres son estrellas
Que las venera la conciencia humana.

A vosotros os tocán las plegarias
De los que amen el suelo en que nacieron;
Los cielos vuestras almas recogieron
Al verlas como estrellas solitarias.

¿Cuál en el mundo fué vuestro delito?....
¡Ay de aquel que sangriento en sus excesos,
En la tierra que envuelve vuestros huesos
Dejó su nombre con infamia escrito!

Yo era un niño.... en plácida bonanza
Guardaba esta alma que el dolor derrumba....
Y no sé, cuando vine á vuestra tumba,
Lo que sintió mi pecho, era venganza,

Odio terrible, malestar horrendo,
Y al cielo supliqué diera al verdugo
Todo lo negro que á su infamia plugo,
Todo lo que hay de horrible y de tremendo.

Yo amo la libertad.... amo la suerte
De aquel que logra sucumbir por ella....
Cada nombre de aquellos es la estrella
Que alza la vida en medio de la muerte.

Pudo romper violento vuestro pecho
El proyectil que disparó el encono....
Morísteis proclamando ese derecho
Que nadie puede disputarle el trono.

De vosotros quizá no hay un vestigio
Que nos recuerde allí vuestra existencia,
Pero vivís llenando la conciencia
De todo pensador de nuestro siglo.

¡Benditas vuestras tumbas inmoladas
En aras del más noble sentimiento!....
¡Bendito vuestro santo sufrimiento!
¡Benditas vuestras almas ignoradas!

Ya la patria no quiere más dolores,
Cansada está su frente de pesares,
Llenos de sangre corren nuestros mares,
Llenas de llanto se hallan nuestras flores.

Hoy que la paz enarboló en el cielo
Su blanco pabellón, su limpio manto,
Tiempo es de que se enjugue nuestro llanto
Y que el progreso reine en nuestro suelo.

Mañana . . . ante la luz de aquella aurora
 Que el cielo de los libres hermosa,
 Cada alma que hoy en vuestra tumba llora,
 Será otro nuevo apóstol de la Idea.

Y vosotros seréis siempre el escudo
 Para los que desmayen abatidos,
 Astros de libertad siempre encendidos
 Yo os bendigo, os respeto y os saludo.

1869.

EN CHAPULTEPEC.

A LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR

Torno á venir de nuevo entre vosotros,
 A levantar mi voz y á saludaros
 En medio de estos viejos ahuehuetes
 Que al aire entregan su cabello cano.

En este bosque que eligió por trono
 La magestad del tiempo, y de altar sacro
 Guarda el castillo cuyos fuertes muros
 Están de heroica sangre salpicados;

Aquí, donde palpitan los recuerdos
 De aztecas reyes y de heroicos años,
 Torno de nuevo á veros, y mi lira
 Vuelve á vibrar de amor y de entusiasmo.

*
*
*

¡Hijos del porvenir! La Patria os pone
 Con maternal amor el arma al brazo,
 Para que siempre defendáis sus fueros
 Sin provocar ni herir á los hermanos!

Más que el arma homicida, guarda el libro
De la victoria el talismán sagrado,
Que no hay arma que alcance cual la ciencia
A la región ignota de los astros,
Y allí siga su marcha, los explore
Y les mida en sus órbitas el paso.

Ninguno alcanzará triunfo más grande
Que el del guerrero valeroso y sabio,
Que el talento es el arma de este siglo
Para alcanzar inmarcesibles lauros.

La fuerza debe de escudar al débil,
Siempre defiende el hijo al padre amado,
Y el cielo en que mecióse nuestra cuna
Velar se debe con el arma al brazo.

Por ley eterna, en afrentosa lucha
Vivirán y han vivido los humanos,
Y hay que esperar en el violento ataque
Salvar de todo intento el suelo patrio.

El libro es astro, pero el arma es fuego;
Mientras el uno nos alumbra el campo,
El arma en semidiós convierte al hombre
Que puede activo fulminar el rayo.

Si tan sólo á gozar se entrega Atenas
La vencerá en su empuje el espartano;
Y si sólo á gozar se entrega Roma,
Atila la hollará con su caballo.

Jamás es tiempo de rendirse al sueño,
Que siempre el enemigo está velando,
Y, cual nueva Judith, llega á la tienda
Cuando ninguno le detiene el paso.

Hoy la patria está en paz, su limpio nombre
Respetan y consagran los extraños;

Pero en el viaje por el mar del mundo,
En este mar tan hondo y tan amargo,

Hay que fijarse hasta en la blanca nube,
No engendre tempestad y brote rayos;
Y hay que velar el suelo en que nacimos
Con fe en el alma y con el arma al brazo.

* * *

¡Hijos del porvenir! ya en otros tiempos
Brillaron en valor vuestros hermanos:
Guarda sus nombres con amor la historia
Y la fama les da brillantes lauros.

En este mismo bosque, ellos supieron
Combatir sin temor y sin descanso;
Suárez, Melgar, Barrera, Montes de Oca,
Escutia, Márquez. . . . Ellos demostraron

Que en las horas de lucha, en los instantes
De combatir sin tregua á los extraños,
"Muere el Colegio, pero no se rinde,"
Que así la muerte es triunfo sacrosanto.

Seguid tan noble y tan hermoso ejemplo
Los que gozosos recogéis ufanos
El premio que alcanzáistes en la lucha
Serena del estudio y del trabajo.

* * *

Arde como en un templo en vuestras almas
La fe que alienta los primeros años,
Y en esa hermosa edad todo se mira
Como un amanecer radiante y claro.

El tiempo correrá, vendrá la tarde,
Con ella la tristeza y el cansancio,

Y los arbustos, hoy de verdes hojas,
Serán cual estos árboles sagrados,
Vigorosos y erguidos, manteniendo
Fresca la savia y el cabello cano.

* * *

Recordaréis entonces con ternura
La majestad solemne de estos actos,
La diana que os despierta cuando el sueño
Es el más dulce sobre el lecho blando;

Las largas horas que en helada noche
Sufriendo el cierzo y con el arma al brazo,
Pasáis de centinelas y os parece
Que dura un siglo inmenso cada cuarto.

Recordaréis las cátedras severas
Tan animadas al nacer el año,
Las ansias del exámen, la victoria
Del más inteligente y del más apto.

Recordaréis al predilecto amigo
Que os quiso en el colegio como hermano,
Y que más tarde le abatió la suerte,
Ó murió en la campaña á vuestro lado.

Y si tenéis hogar y tenéis hijos,
Ellos escucharán de vuestros labios,
Las dulces aventuras de esta vida
En que sóis estudiantes y soldados.

Les pintaréis la augusta ceremonia
En que llenos de gozo y de entusiasmo,
Mirábais al que rige con acierto
El destino inmortal del suelo patrio,
Grande en la guerra y en la paz más grande,
Daros un premio con sus propias manos.

Y si entonces tornáis al viejo bosque,
Y miráis estos árboles sagrados
Y las blancas paredes del castillo
Que está de heroica sangre salpicado,

Sentiréis que humedece vuestros ojos
El más dulce y hermoso de los llantos,
Y que renace en vuestros nobles pechos
La viva fe de los primeros años;

Y sentiréis á solas, satisfechos,
Hondo amor á los tiempos ya pasados,
Orgullo de haber sido del Colegio
Y orgullo de llamaros mexicanos!

Diciembre, 1º de 1889.

5 DE MAYO.

Amor de patria, amor, santo, infinito,
 Que en cada corazón pones tu llama,
 Presta á mi voz el hálito bendito
 Que mi alma enardecida te reclama.
 Dame la resonancia del torrente
 Para cantar las glorias de este suelo;
 De esta virgen feliz é independiente,
 Que puede limpia levantar la frente
 Y altiva y libre contemplar el cielo.
 Ella nació como luciente perla
 Entre las claras ondas escondida,
 Ella nació durmiendo entre palmares
 Con su diadema tropical ceñida,
 Sintiendo dulce resbalar la vida
 Al voluptuoso arrullo de los mares,
 Tierra de amor tendiendo encantadora
 Su rica alfombra de esmeralda y grana,
 Que el sol de Mayo fertiliza y dora....
 Joya que dejó Dios deslumbradora
 Prendida en la diadema americana.
 ¡Cómo no amarla si nació tan pura!
 ¡Cómo no amarla si nació tan bella
 Y lloró tantos años de amargura!....
 La esclava ayer, hoy libre y con ventura,

Quién es?... mi patria... contempladla... es ella!
 Mírala, pueblo... ¿sientes?... ¿te emocionas?
 Ya libre del palacio á la cabaña,
 Tiene á sus pies quebradas dos coronas
 Y el pabellón de una nación extraña....
 ¿Os acordáis?... La Francia, la severa
 Emperatriz del mundo que ha llevado
 Hasta el polo los carros de su gloria,
 Arrancando el laurel de la victoria
 Doquier su pabellón ha tremolado....
 La que posó sus águilas altivas
 Sobre Sebastopol, Palestro y Jena,
 Sin verlas nunca ante la lucha esquivas....
 La que supo arrancar águilas vivas
 Del águila ya muerta en Santa Elena.
 Esa nación que eleva y que derrumba
 Con su continuo batallar profundo,
 Repúblicas é imperios con sus leyes;
 Que con Dantón abofetea á los reyes,
 Con Bonaparte tiraniza al mundo,
 Con Voltaire amedrenta al fanatismo,
 Con Chateaubriand sus creencias consolida,
 Que en medio de la muerte halla la vida,
 Que unas veces es luz y otras abismo;
 Esa nación que cae agonizante,
 Y con hurras sofoca su agonía,
 Y quedándose atrás grita: "adelante"....
 Esa nación, entonces, amenazante,
 Te provocó á la lucha, patria mía,
 Guerra te dijo y te retó insultante
 Con el orgullo que su raza encierra,
 Eras pequeña tú y ella gigante;
 Guerra te dijo, y recojiste el guante
 Y enfurecida respondiste: "guerra."
 Y la lucha empezó.... pero ¡ay! tú estabas
 Débil por las revueltas de otros días
 De luchas fraticidas; tú llevabas,

Aunque de amor y de entusiasmo ciegos
 Y á sostener tu ley acostumbrados,
 Frente á aquellos magníficos soldados
 Tus tropas de artesanos y labriegos.
 El bronce despertó con voz rugiente
 Todas tus iras, te robó la calma,
 Y el que débil te vió, te halló valiente,
 Con muchas cicatrices en la frente
 Y muchas cicatrices en el alma.
 Monstruo de hierro que amenaza inerte
 A quien su paso corta, en voz tronante
 ¿Qué das á Francia? dijo, y al instante
 Con tus cañones respondiste: *muerle*.
 Y la muerte voló desde esas bocas
 Donde la ciencia sorprendió un secreto.
 ¡Con qué desdén burlando tu destino
 Miraba al triunfador de Solferino
 El indio centinela del Loreto!
 La lucha comenzó nubes oscuras
 Aquí y allí levantan los cañones,
 Indignados los cielos ahogar quieren
 A aquellos poderosos batallones,
 Y desploman sobre ellos á torrentes
 La lluvia que envolvió sus maldiciones.
 Destácanse á lo lejos orgullosos
 Los que la fama declaró titanes,
 Zuavos de Argel, que trepan valerosos
 Por la erizada roca,
 Llevando en la pupila
 Esa conformidad grave y tranquila
 Que timidez ó admiración provoca.
 Y suben ya se mezclan, se confunden,
 Allí se encuentra la nación primera,
 Las balas se difunden,
 Los hurras se levantan,
 Y allí soldados sin aliento gimen
 Y aquí soldados valerosos cantan.

Ya casi á tocar llegan la trinchera
 Que guarda nuestro ejército; no advierte
 El invasor, que allí, venganza, muerte,
 Deshonra vil y humillación le espera.
 Pero llegar ¡ay! ¡no! que aún quedan pechos
 Que altivos, patria, su valor ostenten
 "Atrás" clamó á una voz la siempre firme
 Voz del soldado humilde mexicano,
 Y como al soplo de huracán terrible,
 Retrocedió vencido el invencible
 Sostenedor de Napoleón tirano.
 Ved como ruedan de las altas peñas
 O como al peso de la muerte inclinan
 Aquellas frentes que tiñó el espanto
 Y ellos siguen aún ¡ay! ¿no adivinan
 Que entre esos indios que se humillan tanto
 Que en esos rostros por el sol tostados
 Y en esos pechos ante el sol desnudos
 Están todos los odios desatados?
 En México los pechos son escudos
 Únicos que acostumbran los soldados.
 Potente esfuerzo que arrancó el ultraje,
 Ira de la pantera que ve herida
 La prole que ocultaba en el bosque;
 Odio tetrrible que estalló violento
 Como una tempestad contra la suerte,
 Y con la rapidez del pensamiento
 Sembró en las huestes invasoras muerte.
 Todo lo que hay de grande y de espantoso
 Que al hombre desvanece é intimida,
 Todo eso cuyo velo tenebroso
 Cubre el afán de arrebatarse la vida
 Soplaba sobre aquellos luchadores,
 Como tronante, hirviendo catarata
 De ruegos y sollozos y clamores.
 Dignidad ultrajada ante la Historia!
 Todo eso cuyos hórridos rumores

Predican muerte donde siembran gloria . . .
 Y el triunfo fué . . . porque jamás natura
 Le negó la venganza al ultrajado,
 Zaragoza hizo eterna su figura
 Y el honor nacional quedó vengado.
 ¡Zaragoza! el valiente, el aguerrido,
 El grande, el inmortal, el denodado
 Que aquellas santas tropas acompañó,
 Miró á los defensores de cien reyes
 Sin aliento rodar por la montaña,
 Tirar las armas, traspasar el llano,
 Y perderse por fin con la distancia.
 Desde entonces el pueblo mexicano
 Con frente altiva contempló á la Francia.
 ¡Puebla! tú has visto al pabellón que el Sena
 Retrata en sus cristales, al que flota
 Sobre París con magnas ovaciones,
 Flamear ruborizado sus girones
 En medio del terror de la derrota.
 Y tú, sol de victoria, que ese día
 Gloria nos diste con tu luz ardiente,
 Con los rayos que viertes en mi frente
 Manda más glorias á la patria mía . . .
 Ella hoy tiende su manto de azucenas
 Que la paz embalsama y engrandece
 Se levanta ante el mundo y aparece
 Gigante y poderosa ante la historia . . .
 Desde la espiga que en el campo crece
 Hasta el condor que en el azul se mece
 Se bañan en la luz de la victoria
 Mándale siempre ¡oh sol! triunfos, grandeza,
 Sin que jamás hermanos contra hermanos
 Empañen con su sangre su pureza,
 Y hallando en el trabajo su riqueza
 No consienta invasores ni tiranos.

1869 (Escuela Nacional Preparatoria).

AL GRAL. CARLOS FUERO.

LEÍDA EN EL CEMENTERIO FRANCÉS.

En el albor de mi revuelta vida,
 Allá en el despuntar de una mañana
 Que doró sus celajes con los rayos
 Del sol de mis primeras esperanzas;
 Cuando sólo ví flores en la tierra
 Y pájaros canoros en las ramas
 Y era la sangre en las henchidas venas
 Un torrente viril de hierro y lava:
 Entonces entre el himno de Victoria,
 Sobre el ya roto cetro de un monarca;
 Heraldo de valor, sereno y fuerte,
 Conocí á este soldado de la patria.
 Fuerte cual los antiguos gladiadores,
 Erguido como el roble en la montaña,
 Con grandes ojos negros y brillantes
 A que daba expresión la luz del alma;
 Sutiles líneas perfilando el rostro
 Lleno de austera gravedad romana
 Y coronado en la severa frente
 Por negra cabellera ensortijada;
 Así lo ví, su mano generosa
 Estrechó con lealtad mi mano franca:

¡Ay! yo empezaba á manejar la pluma
 Y él acababa de soltar la espada.
 El era un adalid.....era un Bayardo
 Sin dobléz, sin temores y sin tacha;
 Tan sereno al hablar con un amigo
 Como al cruzar el campo de batalla.
 Desde niño, su hogar fué el campamento;
 Su compañera inseparable el arma;
 Su lecho el peñón tosco ó la llanura,
 Su camarín la tienda de campaña
 Y su mejor saludo á la Victoria
 El retumbar sonoro de las salvas.
 Profesó un culto humano y le dió toda
 Su intensa adoración nunca turbada;
 ¡Amó como á su Dios á la que tuvo
 La gloria de llevarlo en sus entrañas!
 Despues de esa mujer que fué su numen
 A una novia inmortal idolatraba:
 La que le dió su manto en todo tiempo
 Como prueba de amor: la hermosa Patria!

.....
 Cuando cayó en Querétaro vencido
 El infeliz y soñador monarca,
 A quien deshizo el pueblo la corona
 Llevándolo á morir en las Campanas;
 Este soldado custodió á Castillo
 Que condenado á muerte, pidió gracia
 De ver á un sacerdote y á un letrado
 Para arreglar sus últimas demandas.
 “Yo no los llamaré”—le dijo Fuero—
 “Tenéis para buscarlos puerta franca;
 “Sóis todo pundonor y aquí os espero
 Que os van á ejecutar por la mañana.”
 Salió el anciano jefe, con asombro
 De todos los que allí le custodiaban;
 No vuelve pensó alguno—y Fuero dijo:
 “Un bravo así, no falta á su palabra.”

Y todos lo sabéis, tornó á su celda
 El jefe honrado de la opuesta causa,
 Y aún no ha podido decidir la Historia
 Quién de los dos más alto se levanta,
 Pero hechos como el hecho que recuerdo
 El mundo admira y los envidia Esparta!
 Y aquí yace el soldado valeroso
 Sin expresión ni luz en la mirada;
 Viene á dormir el sueño que no turba
 El vano ruido de la grey humana.
 Duerme, noble guerrero, en tu sepulcro
 Florece el lauro que la Historia guarda
 A los que como tú; todo lo dieron
 Al deber, á su pueblo y á su patria!
 Duerme; fuiste un soldado victorioso,
 Y á tí no se te llora, se te canta;
 Entra al mundo en que viven muchos héroes;
 De pie te esperan donde nada acaba
 Y al mirarte llegar, llenos de gozo
 Todos te van á presentar las armas.

13 de Enero de 1892.

EN LOS FUNERALES

DEL

GRAL. JESUS GONZALEZ ORTEGA.

I

No vengo débil á regar con llanto
 Los restos del soldado cuyo acero
 Al defender la Patria brilló tanto.
 En acento viril, grave y austero,
 Premio debido al heroísmo santo,
 Vengo á cantar las glorias del guerrero:
 Al que tuvo por ley, por sola norma
 El lábaro inmortal de la Reforma.

II

Ese enlutado féretro que encierra
 Del bravo luchador el cuerpo inerte,
 Que con su muda pompa nos aterra
 Y que conturba el ánimo más fuerte,
 Tan solo el cuerpo entregará á la tierra
 Que ha de trocarse en polvo por la muerte
 Pero eternos serán en nuestra historia
 Su fé, su nombre, su valor, su gloria.

III

Como surge el león, fiero, animoso,
 Del fondo de los bosques seculares,

Tú surgiste caudillo valeroso
 Del seno de las masas populares:
 Y bajo el sol de libertad hermoso,
 Al sonar de los himnos militares,
 Llevaste con honor esa bandera
 Que de Sonora á Yucatán impera.

IV

¿Qué corazón habrá que no se asombre
 De la epopeya liberal que habías
 Enaltecido tanto con tu nombre?
 ¡Oh muerte! ¡y cambias en cenizas frías
 El venerado cuerpo de aquel hombre,
 Emblema de la fe de aquellos días!
 ¿Qué viento helado extinguirá esa llama
 Eterna en los espacios de la Fama?

V

Quien vuelva sus miradas al pasado
 Y te contemple apuesto y aguerrido,
 Con lauros de victoria coronado
 Y en los brazos del pueblo conducido;
 No creará que más tarde, abandonado
 Con negra ingratitud en hondo olvido,
 Te hallaste, como en lóbrego desierto,
 Vivo en la Historia y en tu Patria muerto.

VI

Aun puede recordar el pensamiento
 Que con su vuelo audaz todo lo alcanza;
 Aquellas horas de luchar violento,
 De rencor, de bravura y de matanza.
 Eras de tus soldados el aliento,
 De redención del pueblo la esperanza,

Y orgullosos pasaban tus corceles
Entre vivas, y aplausos y laureles.

VII

El lazo rojo en el erguido cuello
Símbolo de su causa redentora,
En tus ojos la fe como destello
Y en tu diestra la espada vencedora;
Bajo este patrio sol, ardiente y bello,
A México llegaste y la sonora
Voz del pueblo en tu torno repetía:
¡Héroe de Calpulalpam, Dios te guía!

VIII

De augusta libertad el sol divino,
Bañó en luz el pendón de tus legiones;
Bajo palmas de triunfo en tu camino
Latieron los patriotas corazones:
Y cuando en Puebla te venció el Destino,
No de Francia los fieros batallones:
Presentaste, asombrando al extranjero,
Rotas las armas y el Honor entero.

IX

Tú fuiste de los libres la muralla
En horas de dolor y luto llenas;
Tú, que joven los campos de batalla
Regaste con la sangre de tus venas.
¿Y después . . . ? ¡ay! de sentimiento estalla
El corazón, al comprender tus penas,
¡Oh amarga y torpe ingratitud del hombre!
¡Nadie en el triunfo pronunció tu nombre!

X

Allá... muy lejos... pueblo hospitalario
De patriotismo y de virtudes foco,

Te acogió como á nuevo Belisario,
¡Ay! y aquí, tu valer teniendo en poco,
Olvidaron al héroe solitario
Y la calumnia te llamaba loco.
¡Cuán profundo dolor habrás sufrido
Loco de decepción, loco de olvido!

XI

No, no fué de la patria el golpe rudo
Que te dejó en las sombras sepultado,
La patria es madre, y cuando hablarte pudo
Te dijo: "Vuelve á mí, noble soldado,
Despierta gladiador, ven con tu escudo
Que ninguno venció ni está manchado."
Y al oír de su voz el eco cierto
De gratitud y de emoción has muerto.

XII

Miradle allí . . . la Patria entristecida
Llora en la cripta que su cuerpo encierra,
Tiene su frente de laurel ceñida
Y si ya no veremos en la tierra,
En sus ojos el fuego de la vida,
Ni en sus manos el rayo de la guerra:
Su nombre alumbra con eterno rayo
El sol de Zaragoza, el sol de Mayo.

XIII

Héroe, descansa en paz, los que podemos
Juzgarte sin envidia ni rencores,
Siempre cual hoy, tu gloria cantaremos;
Y siendo de tu ejemplo imitadores
Con honra y con valor defenderemos
Le fe de tus principios redentores,
¡Siempre, jóvenes hoy, mañana ancianos,
Sostendrán tus banderas nuestras manos.

XIV

Duerme el eterno sueño, has merecido
 Bien de la Patria por tus grandes hechos;
 Al borde de tu fosa hemos venido
 Jurando defender nuestros derechos;
 Tus glorias nunca empañará el olvido,
 Y siempre habrán de verte nuestros pechos:
 ¡Vivo en la historia, en el sepulcro inerme!
 ¡Héroe de Calpulalpam, duerme... duerme...!

México, Abril 1º de 1881.

EN MEMORIA DEL GENERAL CARLOS PACHECO.

Oh vida! ¡combate humano!
 Tus adalides ¿qué son?
 Deleznable encarnación
 De polvo frágil y vano.
 ¿Quién profundiza el arcano
 Do tus destinos están?
 La fe, la gloria, el afán
 Que con la esperanza juegan,
 De un oscuro abismo llegan
 Y á un oscuro abismo van.

Revuelto y profundo río
 Donde el viento desbarata
 Los aljófares de plata
 Que le regala el Estío;
 Légame inmenso y sombrío,
 ¿Qué fueras sin la memoria,
 Sin la verdad, sin la gloria
 Que con el olvido en guerra,
 A los muertos de la tierra
 Los resucita en la Historia?

Ya el talento, ya el trabajo,
 Inmortal recuerdo deja;
 Noble se llama á la abeja

Y vil al escarabajo.
 Del gañán que hienda el tajo
 Al sabio que absorto lea,
 No hay labor que útil no sea
 Y que el hombre no bendiga:
 El gañán busca la espiga
 Y el sabio busca la idea.

No todo muere ni pasa,
 Que no todo es polvo leve;
 Si el sepulcro torna nieve
 El fuego que nos abrasa;
 Si todo la muerte arrasa
 Y lo lleva al ataúd.....
 ¿Quién por el terrible alud
 Rodar ha visto el Honor,
 El Genio, la Fe, el Valor,
 La Bondad y la Virtud?

Sin los nobles ideales
 De un dulce romanticismo,
 ¿Qué hicieran frente al abismo
 De la muerte, los mortales?
 ¿Todos seremos iguales
 Al morir? ¡Vana impostural
 Aun en tosca sepultura
 Quien vale al olvido humilla,
 Que más el cocuyo brilla
 Si la noche es más oscura!

Estudiad á los cautivos
 Del mundo, sabios expertos,
 Y encontraréis vivos muertos,
 Y muertos que siguen vivos.
 Los robles del monte, altivos
 Desdeñan la tempestad,
 Con la misma magestad
 Que á un ser superior conviene;

Y así como el monte, tiene
 Sus robles la humanidad.

Nacer en modesta cuna
 Y en apacible pobreza,
 Sin señuelos de nobleza
 Ni mimos de la fortuna;
 Domeñar una tras una
 Amargas contrariedades,
 Y ante añejas sociedades,
 Con suerte dura y contraria,
 Ser como la procelaria,
 Hijo de las tempestades.

Ser un gladiador romano
 En los campos de batalla;
 Entregar á la metralla
 Despojos del cuerpo humano;
 Sangrando, sin pie, sin mano,
 Buscarse extraña andadera
 Y trepar á la trinchera
 Con medieval hidalguía,
 Vitoriando en agonía
 Su caudillo y su bandera!

Vivir triste y mutilado
 En constante actividad,
 Con la extraña dualidad
 Del apóstol y el soldado;
 De nuevo lanzarse osado
 Por su causa á combatir,
 Hallar la meta, subir,
 Y firme con la fe ilesa,
 Darle cauce á toda empresa
 De gloria y de porvenir.....

Ser un Bayardo en lealtad,
 Ser un Cid en el valor,

Un pródigo en el favor
 Y un estóico en la verdad.
 Ser prócer en la ciudad,
 Gladiador en la campaña,
 Cazador en la montaña,
 En todo, soplo que agita,
 Y un labrador eremita
 Muriendo en una cabaña!

Tal admiré y comprendí
 La labor inteligente
 Del héroe humilde y ausente
 Que recordamos aquí.
 Jamás honrado me ví
 Con el renombre mundano
 De "su amigo" ó de su "hermano"
 Muerto, aun vierte sus reflejos,
 Y hoy que está lejos, muy lejos,
 Busco en la sombra su mano!

Ausente: juzgue la Historia.
 Tus obras; yo sé que son
 Hijas de noble ambición
 De dar á tu patria gloria.
 A tu fosa mortuoria
 Basta un emblema viril:
 Que allí corone el buril
 Tu frente limpia y altiva
 Con la fresca simpreviva
 Que fecunda el sol de Abril.

México, Septiembre 26 de 1892.

A LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR.

EN LA DISTRIBUCION DE PREMIOS DEL 29 DE NOVIEMBRE DE 1891.

¿Por qué en toda ocasión me halláis dispuesto
 Entre vosotros á tañer el arpa
 Y canto vuestros méritos, seguro
 De que acojéis, benignos, mis palabras?

Porque sois á mis ojos, la más cierta
 Encarnación viril de una esperanza;
 Los predilectos hijos en que afirma
 Su fe en el porvenir, la madre Patria!

Yo os hablo desde tiempos venturosos
 En que lo mismo que soñáis, soñaba;
 Cuando aún eran capullos esas flores
 Que un aire helado marchitó en el alma.

Hay un íntimo culto en cada pecho
 Que se alimenta con eterna llama
 Y que la negra decepción no extingue
 Ni el tiempo borra ni la edad apaga.

El culto por la tierra en que nacimos,
 Tierra que tantos héroes consagran

Y á costa de dolores y amarguras
Por bravos adalides libertada!

¿Qué fué de su grandeza primitiva?
¿Dónde está el esplendor de sus monarcas?
¿Qué nos dice este bosque de sus glorias?
¿Qué nos cuenta ese sol de sus hazañas?

Preguntad á los viejos ahuehuetes
De verdes hojas y güedejas blancas,
Pues ellos pueden descifrar los signos
Que en toscas piedras nos legó su raza.

Preguntad á los "cactus" espinosos
Que pueblan las llanuras solitarias
O á los azules lagos que en un tiempo
Ondularon besando sus piraguas.

Cayó el guerrero intrépido que vive
Cual semi-dios en la bronceínea estatua
Y que aún parece irradia su semblante
La luz de gloria del antiguo Anáhuac.

El espíritu heróico de ese atleta
Quedó errando en su tierra infortunada
Y aconsejó en la sombra á los primeros
Que desafiaron el poder de España.

Cruzó á la par que satisfecho triste,
Sobre el cadalso augusto de Chihuahua
Y se cernió cual águila orgulloso
Viendo á Morelos combatir en Cuautla.

Acompañó hasta lo último á los bravos
Que no tuvieron en la lucha santa
Más recompensa que ominosa muerte
Ni más afán que libertar la patria.

La columna de fuego que á los hijos
Amados de Israel á Sión guiara
No fué más que el espíritu gigante,
Del indio rey que enalteció á su raza.

Por los aires vagando infundió aliento
Al caudillo del Sur en las montañas,
Y recogió los últimos suspiros
Lanzados en los campos de batalla.

Dió un ósculo en la frente á los guerreros
Cuando la gloria coronó su causa
Y á su tierra natal volvió posado
En la nueva bandera de la patria.

Surgió otra vez cuando invasor odioso
El bosque azteca con sus pies hollara
Y estuvo al lado de los héroes—niños
Que aquí murieron asombrando á Esparta.

Fué ese espíritu el noble compañero
De un hijo de su genio y de su raza,
Que en el desierto se mantuvo errante
Dando á la ley su corazón por arca.

Y ese espíritu aún vaga en estos sitios,
Cruza en la soledad por estas ramas
Y os mira con amor cuando la aurora
Enhebra perlas y diamantes cuaja.

Baja al bosque en los rayos de la luna
Que argenta las paredes de este alcázar,
De magestad reviste á los volcanes
Que se yerguen cual mudos atalayas
Y os habla con la voz de los zenzontles:
¡Alados bardos que escuchó el Anáhuac!

Qué puedo yo deciros cuando él sabe
Comprender como nadie vuestras ansias,

Coronar con su manto vuestros sueños
 Vestir de luz las dulces esperanzas
 Y besar con orgullo vuestras frentes
 Cuando en el brazo sustentáis el arma.

¿No sentís que se cierne jubiloso
 En esta fiesta noble y consagrada?
 ¿No sabéis que él aplaude la victoria
 Que logran el talento y la constancia?

Imitad su entereza y su bravura,
 Como él abrid para lo grande el alma
 Y seréis en la tierra y en la historia
 Orgullo y regocijo de la patria.

29 de Noviembre de 1891.

A VICENTE RIVA PALACIO.

DESPUES DE SU PRISION; EN DIAS PRÓSPEROS.

Donec eris felix.....

Si adversa suerte con el genio impía
 Quiere empañar tu nombre esclarecido
 Y tornas á tus libros y á tu olvido
 En celda estrecha de prisión sombría,

Volverá entonces la palabra mía
 A hablarte de esperanzas al oído
 Y tornaré á venir como he venido
 A compartir tus penas cada día.

Las golondrinas cantan á la aurora
 Tú lo has dicho ¿recuerdas? si anochece
 Tiembla y huye la turba adúladora.

Hoy que á cantarte van porque amanece
 Dale un recuerdo al que padece y llora
 Con el preso que llora y que padece!

1885

GRAL. RAMON CORONA.

A LA DISTINGUIDA SEÑORA MARÍA-ANA MAC-ENTEE, VIUDA DE CORONA.

Con la varonil belleza
 De un joven soldado griego,
 Dulce y franco en el lenguaje
 Y en el carácter enérgico;
 Alzándose con las alas
 Del trabajo y del talento,
 Y sin tener más blasones
 Que su valor y sus méritos;
 Ramón Corona era un hombre
 De los que admiran los pueblos,
 Porque cruzan por la tierra
 Tan solo de tiempo en tiempo.
 Nació en honrada pobreza,
 Y desde su albor primero
 Con su personal trabajo
 Ganó renombre y sustento.
 Entró al campo de batalla
 Desde sus años más tiernos
 Y por sus costumbres puras,
 Por su carácter discreto,

Por su valor sin medida,
 Y su actividad sin término,
 El lugar más prominente,
 El más distinguido puesto,
 Lo conquistó con aplauso
 De contrarios y de adeptos.

Era al mirarle á caballo,
 Por lo arrogante y lo diestro,
 Rival del gaucho más ágil
 De cuantos las pampas vieron.
 Y en las horas de peligro
 Era un adalid de hierro,
 Al que nunca rindió el brazo
 Ni la fatiga ni el sueño.
 Los franceses le temían
 De tal suerte, que pusieron
 Por una ley ominosa,
 Su noble cabeza á precio.
 Pero en *Villa Unión, Copala,*
Agua-zarca, Palos prietos,
El Espinazo del Diablo,
El Colorado, Siqueros,
Veranos, Concordia, Válamo
 Y otros gloriosos encuentros,
 Les probó con su bravura
 Y con su heroico denuedo,
 Que cuando invaden la patria
 Los más altivos ejércitos,
 Bastan para defenderla
 Algunos hijos del pueblo
 Que por invencibles armas
 Llevan la fe y el derecho.
 En Jalisco y Sinaloa
 Están vivos los recuerdos
 Del joven héroe, que supo
 Con inmortales ejemplos,

Alcanzar en nuestra historia
Un nombre limpio y eterno.

Refieren cuantos lo han visto,
Que en el sitio de Querétaro,
Fué Corona el más humilde
A pesar de su alto puesto;
Y cuando en el *Cimatario*
A sus soldados vencieron,
Y se quedó triste y solo
En medio del campamento;
Al ver que llegaba Rocha
Con poderosos refuerzos,
Sin fijarse en su alto rango,
Se le presentó diciendo:
"Se han dispersado mis fuerzas,
"Estoy solo y aquí vengo
"A *batirme á vuestras ordenes,*
"Y *aquí no mando, obedezco.*"

Después de que fué vencida
La bandera del Imperio,
Era Corona en Jalisco
El brazo de su Gobierno.
Alzose en la sierra de Alica
Amenazante y siniestro,
Manuel Lozada, llamado
El tigre, porque sus hechos
Criminales y espantosos
Amedrentaban al pueblo.
Lozada entre las abruptas
Montañas que lo nutrieron
Con sanguinarios instintos
Desde sus años más tiernos,
Era el feudal más salvaje
Que registran nuestros tiempos.
Dueño de vidas y haciendas

Absoluto en sus decretos
Y rebelde y enemigo
De la autoridad de México.
Con diez mil indios armados
Tuvo á Jalisco en asecho,
Y en setenta y tres, intenta,
A principios de Febrero,
Hacer de Guadalajara
De sus venganzas el centro.
Corona con dos mil hombres
Veloz le sale al encuentro;
Acampa en la Mojонера
A resistirlo resuelto,
Y del reñido combate
En los instantes supremos,
Hallan que el parque está inútil
Los soldados del Gobierno;
Proyectiles y saquetes
Estaban casi deshechos,
Y siendo la artillería
De salvarse el solo medio,
Frente á las chusmas compactas
Que ya no estaban muy lejos.
Corona, sin arredrarse,
Ordena á sus compañeros
Que recojan velozmente
Paños de sol y pañuelos
Y que al pie de los cañones
Fabriquen saquetes nuevos.
Obedecidas sus órdenes
Comienza el nutrido fuego,
Derrotan al enemigo
Que se dispersa en los cerros,
Dejando en su rauda fuga
Tupida alfombra de muertos
Y queda Jalisco en salvo
La paz torna á nuestro cielo,

Y el joven héroe conquista
Nuevas glorias ante el pueblo.

Algunos meses más tarde
Corona en hispano suelo,
Representa como pocos
El limpio nombre de México.
En España se le admira
Por su natural modesto,
Por ser amigo sin tacha
Y en el hogar un modelo,
Y porque busca ocasiones
Para estrechar los afectos
De dos pueblos que rebosan
En iguales sentimientos.
Vive ausente catorce años,
Y al fin retorna, trayendo
El afán honrado y noble,
El santo y hermoso ensueño,
De ser en su amada patria
Un infatigable obrero,
Al conservar la paz firme,
Fuente de todo progreso.
Cuando pensaba dar cima
A cuanto forma su anhelo,
Y al Estado de Jalisco
Honraba con su Gobierno,
La mano de un asesino,
De un loco, á la virtud ciego,
Le da la muerte, ignorando
Su crimen infame y negro.

.....
.....

Dejad que envuelva mi lira
Eterno crespón de duelo,
Para llorar al patricio,
Al ciudadano, al guerrero,

Que no debió morir nunca,
Pues siempre fué por sus méritos
De aquellos hombres que infunden
Adoración á su pueblo,
Porque cruzan por la tierra
Tan sólo de tiempo en tiempo.

Marzo de 1893.

¡POR LOS RURALES!

IMPROVISACIÓN EN EL BANQUETE DE 3 DE MAYO DE 1891.

La voz mal, torpe el acento
De la "influenza" á la presión,
Pero sano el pensamiento
Y el espíritu contento
En esta franca reunión.

Brindo, cual siempre he brindado
Con plectro humilde y sincero,
Por el rancho-soldado,
Que presenta uniformado,
Vivo, á Nicolás Romero.

El cosaco mexicano
Que tiene en monte y pradera;
Por cetro un lazo en la mano,
Por corona su jarano,
Trono en su silla vaquera.

Que orgulloso se cimbréa
Cuando el caballo relincha

Si el rancho vecino otéa
Y ufano caracoléa
Haciendo crujir la cincha.

Por el rancho sencillo
Cuya riqueza á mi ver
La forman un vaquerillo,
Un jorongo del Saltillo,
Un rifle y una mujer.

Que en el palacio, en la choza,
De la tierra en la extensión,
Desde Marte á Zaragoza,
No hay quien no rinda á una moza
La espada y el corazón.

Brindo al que prefiere osado
Al "vol-au-vent" el elote,
Al "Champagne" el "colorado"
Y al mejor faisán trujado
El "mole de guajolote."

Al jazmín las amapolas,
Y en música es su ideal,
No Valkirias ni mamolas
Sino el vals "Sobre las olas"
Junto al Himno Nacional.

Por el que con frente ufana
Odia todo lo extranjero,
Y declara gente vana
Al que no echa una mangana
Ni luce en un herradero.

Por el que no halla en Europa
Semejante ni rival
En garbo, en usos y en ropa
Y que surge en nuestra tropa
Como tipo nacional.

Y por el hombre de honor
A cuyo augusto perfil
La gloria le dá esplendor . . .
El caudillo vencedor
De Puebla en el dos de Abril.

Por su gloria y los fulgores
De su renombre inmortal
Y por sus timbres mejores;
Es decir, los tres colores
Del pabellón nacional.

¡POR LA INDEPENDENCIA!

Quando hablo de la tierra donde he nacido,
Surgen sus grandes hechos en mi memoria;
Los héroes que sin mancha la han redimido;
Cada mártir sublime; cada elegido,
Que en brazos de la muerte nació á la Gloria.

No son vanas ficciones ni frases huecas;
No es oropel mezquino ni lumbre fátua;
Yo sé bien que mis versos son hojas secas;
Pero al ver al más grande de los Aztecas,
De rodillas los pongo bajo su estatua.

Por Cuauhtemoc á Anáhuac nadie desprecia
Y respeta sus glorias el mundo entero
Y no le asesta dardos la envidia necia;
Por un Homero vive la madre Grecia;
La madre Anáhuac vive por un guerrero.

¡Ah! ¿por qué fué vencida la tierra indiana?
A la ley del progreso no hay quien resista;
Pudo más el mortero que la macana.

Y si todo lo vence la fe cristiana
Fué la Cruz la bandera de la conquista.

—
Allá el poder y el fausto que al trono abruma;
Aquí el desnudo atleta sobre el recinto;
Allá cotas de acero, y aquí de pluma;
Aquí el ánimo enfermo de Moctezuma
Y allá el brazo invencible de Carlos Quinto.

—
Venció á la raza indiana la raza ibera
Por una incontrastable ley de la historia;
La victoria fué grande y aun más lo fuera
Si no hubiera manchado con una hoguera
Cortés todos los fastos de aquella Gloria.

—
Tres siglos es España dueña y Señora
De este suelo bendito, bello y fecundo;
Le dá su fe y su lengua rica y sonora,
Y como nombre, el nombre que más adora,
El de "La Nueva España del nuevo mundo."

—
De dos viriles razas la sangre lleva
La que puebla los feudos americanos;
En ella el patriotismo su culto eleva,
Y nace con un grito la Patria nueva
¡La Patria que hoy tenemos los mexicanos!

—
Un anciano es el héroe, que sin el arte
De insignes capitanes, logra se agrupe
En su redor el pueblo, sin más baluarte
Que un valor sin ejemplo y un estandarte
Con nuestra indiana virgen de Guadalupe.

La virgen más humilde, la más morena,
Que siendo del Anáhuac faro y consuelo
Alentaba á la tropas dulce y serena
Porque Ella era la madre paciente y buena
¡La Madre de los Indios que está en el cielo!

—
Al ver ese estandarte libre se sueña
El pueblo que en él cifra todas sus luces;
La lucha más terrible pronto se empeña,
Hasta mirar flotando la santa enseña
Como un sol de victoria sobre las Cruces.

—
Muere Hidalgo y su senda sigue Morelos,
¡Descubrámonos todos, ante este nombre!
Cien victorias son premios de sus desvelos;
Era de aquellos seres que envían los cielos,
¡Un semidios que encarna con forma de hombre!

—
Al cadalso le lleva la fé que entraña;
La muerte le conquista su genio austero;
Pero otro nuevo genio queda en campaña;
El águila indomable de la montaña;
El mártir de Cuilapam, el gran Guerrero!

—
Y cuando ya parece que abate el ala
El Angel que velara tiempos mejores,
Y que el postrer suspiro la Patria exhala,
Sol de la nueva aurora, surge en Iguala,
El lábaro bendito de tres colores!

—
El pabellón agosto; la sacra forma,
Del honor y la dicha de los hogares,
Que de la patria libre la senda norma,

Porque es la Independencia y es la Reforma,
En las manos de Hidalgo y en las de Juárez.

El pabellón no visto pero soñado
Por aquellos guerreros pobres y ardientes,
Que con ancho sombrero, lazo encarnado,
Un caballo, un mosquete, y un pecho honrado,
Llamamos en la historia los Insurgentes.

Honremos sus recuerdos en este día;
La paz que disfrutamos es su victoria;
Imitemos sus hechos y su hidalguía
Ellos fueron tus padres ¡oh patria mía!
Morir por vernos libres formó su gloria.

Un grito, como el eco de la conciencia
Bajo el sol de Septiembre doquiera vibre;
Fraternidad, estudio, trabajo y ciencia,
Esto salva y mantiene la Independencia
De un pueblo como el nuestro, valiente y libre.

UN HEROE DE SINALOA.

(22 de Diciembre de 1864)

A MI RESPETADO AMIGO EL GRAL. FRANCISCO CAÑEDO.

¡Cómo engaña la apariencia!
¡Cómo desmiente el aspecto!
¡Cómo se engaña el que juzga
El alma según el cuerpo!

El bravo Antonio Rosales
Era de exterior modesto,
De una estatura mediana,
De ojos claros y serenos;
Bigote negro y poblado,
Obscuro y lacio el cabello,
Las cejas juntas y espesas,
De hablar pausado y discreto.

Desde los tristes instantes
En que Juárez dejó á México,
Y junto con sus ministros
Llevó á San Luís el Gobierno,
Rosales fué á presentarse
Con afán al Ministerio,

Y pidió lo incorporasen
A los cuerpos del ejército
Que á batir al enemigo
Estuvieran ya dispuestos.

Como era un desconocido,
Inspiró á todos recelo,
Y al punto le preguntaron
Su partido y sus proyectos.
—“Mi partido”—respondióles,
—“Lo ignoro, pues no lo tengo,”
“Yo no defiendo personas
“Sino á la patria y al pueblo;
“Y mi proyecto se cifra
“En lograr de mi Gobierno,
“Que á batir á los franceses
“A mí me mande el primero.”

Como nadie hiciera caso
A tan honrados deseos,
Quizás por otros asuntos
De más trascendencia y peso,
O también porque inspirase
Aquel hombre algún recelo;
Volvióse callado y triste
A vivir á extraño puerto,
Dejando para más tarde
Mirar su afán satisfecho.

El sabio Ignacio Ramírez,
Aquel filósofo egregio
Que de Catón tuvo el alma
Y la lira de Tirtéo.
Cuando en Mazatlán anduvo
Mil amarguras sufriendo,
Conoció á Antonio Rosales,
Profundizó sus anhelos
Y orgulloso de tratarlo,
Escribió á Guillermo Prieto:
—“Ya encontré al hombre que puede.

“Ser un héroe para el pueblo;
“Aguila que busca espacio
“Para remontar su vuelo;
“Ya verás, llegado el día
“Si digo verdad ó miento”

**

Diez meses después de dichos
Estos solemnes conceptos.
Cuando en Culiacán esperan
Al invasor extranjero,
Rosales á sus soldados
Los organiza en silencio
Y se queda á pocas leguas
Para encontrarlos dispuesto,
En el alegre y tranquilo
Pueblecillo de “San Pedro.
Cerca de trescientos hombres
Con escasos elementos,
Resisten al rudo empuje
Del invasor altanero,
Que con fuerzas imperiales
Ataca con gran denuedo.

Rosales, con una audacia
Propia de tales momentos
Después de emboscar dos piezas
Y reservar en el centro
Cien hombres, se lanza osado
Al enemigo embistiendo
Con una pequeña escolta
Que combate cuerpo á cuerpo.

Los invasores lo envuelven
Y juzgan el triunfo cierto,
A punto que por los flancos
Los hiere el compacto fuego
De los infantes, que estaban

Emboscados en el pueblo.

Pocas horas de combate
Dan á Rosales el éxito;
El enemigo le deja
Cerca de cien prisioneros
Con Gazielle, el comandante,
Y ocho oficiales apuestos.

Sobre el campo se miraban
Los heridos y los muertos,
Banderas, parque, medallas
Y cañones y trofeos.

Un argelino acercóse
A Rosales, todo trémulo,
Y quiso besar su mano,
Pero el jefe sonriendo
Le contestó—“No acostumbran
Los hombres besarse en México.”

Un jefe de tiradores
Llorando, de rabia ciego,
Se niega á entregar su espada
Que se la pide un sargento,
Pero Rosales le dice:
“Dádla, sós mi prisionero”
Y entonces, Gazielle, la suya
Dar quiere al bravo guerrero
Quien le dice—“Vos sós digno
De conservarla en su puesto.”

No hay palabras que describan
La nobleza y el respeto
Que usó Rosales con todos
Sus vencidos prisioneros.

Ningún acto de violencia,
Ningún rencor, ningún hecho
Que revelase venganza
Envidia, crueldad ó celo.

Rosales se mostró grande,
Justo, generoso y bueno

Y dió gloria al libre Estado
Que adora su nombre escelso
Eternizando en la historia
La batalla de San Pedro.

Marzo de 1893.

FUECO SENORI

BATALLA DE LOS HERIDOS EN EL PUEBLO DE ROSALES

¡FUEGO, SEÑOR!

BATALLA DE LOS REYES.—20 DE FEBRERO DE 1865.

A EDUARDO RUIZ.

Carlos Salazar, el héroe
 Por nuestra patria llorado,
 El mártir que tanta gloria
 Dió á su causa en el cadalso;
 Con mil cuatrocientos hombres
 Obedientes á su mando,
 Va de Uruápam á Jalisco,
 Pues en el Sur de ese Estado
 Están las tropas que intentan
 Dar á Colima un asalto.

**

Después de largas fatigas,
 Ya Teocuitatlán mirando,
 Se detiene y manda al pueblo
 Un correo extraordinario,
 Pidiéndole á Guadarrama
 Que auxiliara á sus soldados.

No le dan respuesta alguna;
 Y ante tan gran desengaño
 Entra al pueblo con su tropa
 Y se encuentra de contrarios
 A Guadarrama y los suyos,
 Que dan aviso en el acto
 A la guarnición francesa,
 Pues ya tienen de aliados
 En Zapotlán y Sayula
 A imperialistas y zuavos.
 En vista de tal suceso,
 El jefe republicano
 Contramarcha sin fijarse
 En los terribles trabajos
 Que les esperan á todos
 Sus valerosos soldados.

Sobre las agudas crestas
 De las abruptas montañas
 Que la neblina corona
 En la región azulada;
 Salvando los ventisqueros
 Y las profundas barrancas,
 Y por los negros abismos
 Cruzando como las águilas;
 Encendiendo por las noches
 Ocotes, para la marcha;
 Durmiendo sobre las rocas,
 Marchando sobre las zarzas,
 Comiendo secas raíces
 Si el fruto silvestre falta;
 Con rostros ennegrecidos
 Por el sol que los abrasa,
 Y señalando su paso
 Con la sangre de sus plantas
 Van caminando las tropas

Que el bravo Salazar manda,
Hasta llegar á una Villa
Que "de los Reyes" se llama,
Donde tras tanto martirio
Pobres y enfermos descansan.

Apenas la nueva aurora
Su limpio fulgor derrama,
Los soldados liberales
Salen á buscar con ansia
Las frescas ondas del río
Que cruza aquella comarca.

Carlos Salazar, en tanto
Por la margen de esmeralda
En su caballo "El Recuerdo"
Vigilando á todos vaga.

De súbito los soldados
Oyen tocar *general*;
Se asombran, pues los cornetas
También están en el agua,
Y todos, á un solo impulso,
Desnudos á tierra saltan.

Ven á su jefe que ha dado
Él mismo el toque de alarma,
Al divisar la columna
Aproximándose rápida
De imperiales y franceses
Que por "San Gabriel" avanza,
Y que ya de sus clarines
Se escucha el toque de carga.

Un bosque de platanares
Es el muro que separa
A patriotas é invasores

Que van á medir sus armas,
Sorpréndense los franceses
Cuando al fijar sus miradas,
Encuentran que están desnudos
Los que les cortan la marcha.

Trábase el combate fiero,
Comienza al fin la batalla,
Y en medio de tanto estruendo;
Con magestad se destaca
De Salazar, la sonora
Imponente voz que manda
Al oficial de artilleros
Con sus sabidas palabras:

"Fuego, Señor; fuego, fuego;"
Ve la pieza abandonada
Y llega el mismo y rabioso
Con sus manos la dispara,

Al oír el estampido
Los soldados se entusiasman,
Y al enemigo arremeten
Con bayoneta calada.

Difunden así el espanto
Rompen las líneas compactas,
Siembran el campo de muertos,
Y el triunfo completo alcanzan.

Queda entre los prisioneros
Banderbáe, que allí mandaba
A los zuavos, y á quien dejan
Libre, bajo su palabra
De nunca, en lo de adelante
Volver á entrar en campaña.
También el segundo en jefe
De la legión mexicana,
Que en defensa del Imperio
Tomó parte en la batalla,
Quedó como prisionero
Y sus tropas dispersadas

Lo abandonaron, dejando
Muchos muertos en la marcha.

En acción tan memorable,
Salazar solo contaba
Con unos seiscientos hombres
Sin recursos y sin armas;
Excediéndole en el número,
Y en favorables ventajas
Los aguerridos contrarios
Que de sorpresa le atacan.
Conseguida la victoria,
Salazar á nadie mata;
Y cuando llega el momento
De emprender violenta marcha,
Deja á aquellos prisioneros
Sin más juez que su palabra,
Que más tarde desconocen,
Y con De Potier se lanzan
Con Banderbáe persiguiendo
Al que la vida les salva.

Al héroe invicto y modesto
Que con desnudos luchaba,
"Fuego, Señor," repitiendo
En medio de la batalla
Y que perdonó clemente
A cuantos tuvo á sus plantas,
Algunos meses más tarde
De aquella heróica jornada,
Cayó entre los enemigos
Prisionero y en desgracia,
Y en pago de su nobleza
Lo fusilan en Uruápam,

Para mengua de la historia,
Para baldón de sus armas
Y para enlutar ¡infames!
La bandera de la patria.

Marzo de 1893

IGNACIO M. ALTAMIRANO

CONTRIBUYE A LA REVISTA DE LA PATRIA

El héroe invicto y modesto
Que con desnudos luchaba,
"Fuego, Señor," repitiendo
En medio de la batalla
Y que perdonó clemente
A cuantos tuvo á sus plantas,
Algunos meses más tarde
De aquella heróica jornada,
Cayó entre los enemigos
Prisionero y en desgracia,
Y en pago de su nobleza
Lo fusilan en Uruápam,

Para mengua de la historia,
Para baldón de sus armas
Y para enlutar ¡infames!
La bandera de la patria.

AL MAESTRO

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

En la velada que le consagró
la Sociedad Mexicana de GEOGRAFIA y ESTADISTICA
el 9 de Marzo de 1893

Si alguien se mofare aquí
Al mirar que un hombre llora,
Bien puede hacer desde ahora
Sangrienta irrisión de mí.
Maestro, pensando en tí,
¿Qué puede expresar mi canto?
Cuando el alma duele tanto,
La pena á los ojos sube,
Busca espacio, forma nube,
Se deshace y llueve llanto.

No es femenil cobardía
Ni apocamiento y temor,
Es que retoña el dolor
Profundo del alma mía.
¡Oh existencia! ¡oh breve día!
¿Quién de tí se ha de engrair?

Son el nacer y el morir
Limpio oriente, negro ocaso,
Distantes tan solo un paso
Que á nadie es dado medir.

Fué tu nativa heredad
Una choza sin fortuna;
Allí velaron tu cuna
El olvido y la humildad.
Del monte la soledad
Esconde aún tu cabaña.
¿A quién tu origen extraña,
Si es natural condición
Que el águila y el león
Tengan nido en la montaña?

Fué tu aprendizaje rudo
Bañado en llanto salobre;
Amaste al desnudo, al pobre,
Por nacer pobre y desnudo.
En tí mismo hallaste escudo
Del mundo ante la amenaza,
Surges, te elevas y traza
Tu vuelo, con luz de Gloria,
Sobre el cielo de la Historia
La vía láctea de tu raza!

Fuiste en las luchas atleta,
En las rostras orador,
En la arena gladiador,
En el Parnaso poeta.
Fué tu elocuencia saeta,
Ariete, escudo y muralla;
Tu Genio todo avasalla
Y es lema de tu virtud:

“Donde está la Juventud
Está el Campo de batalla.”

Luchaste tanto por ella
Que no sabe entristecida
Si al apagarse tu vida
Se habrá apagado su estrella.
En vano busca tu huella
Sobre el mar que el viento riza;
Te invoca, te diviniza,
Con amor filial y santo
Y quiere regar con llanto
Tu veneranda ceniza.

¡Oh Maestro! ¡qué sombría
Y qué intensa es su amargura!
Eras su gloria más pura,
Su bienhechor y su guía.
De tus labios recibía
El consejo limpio y sano
Que al soltarla de tu mano
Y dar libre el paso rudo,
Lleva por arma y escudo
En este combate humano.

Halló en tí lealtad, nobleza,
Ciencia, honradez, heroísmo,
Abnegación, patriotismo,
Desinterés y grandeza.
Yergue altiva tu cabeza
En la negra eternidad;
Tú llevas la claridad
Que las tinieblas colora:
¡Hijo de la eterna aurora!
Entra en la inmortalidad.

Hombres cual tú no perecen
Ni el olvido los arrasa,
En cada instante que pasa
Más deslumbran y más crecen.
Tus obras nos envanecen;
Veneramos tu memoria;
Y al verte entrar en la Historia
Honrando tu patrio suelo
Están repicando á vuelo
En el templo de la Gloria.

Ya venció quien luchó tanto
Pero en él los ojos fijos
Inconsolables sus hijos
Visten luto y vierten llanto.
Es un lamento, no un canto
Lo que expresa su aflicción;
Su paternal bendición
Imploran puestos de hinojos,
Que está “lejos de los ojos
Y cerca del corazón.”

LOS PEONES DE LA MOTA.

A MI BUEN AMIGO EL GENERAL JOSE MONTESINOS.

Cuando al fin se rindió Puebla
Después de rudas campañas,
Y nuestro valiente ejército
Destrozó todas sus armas,
Guardando tan solo ilesos
Su honor y sus esperanzas;
Con inmensas precauciones
Se deportaron á Francia
Muchos jefes y oficiales
Que al invasor estorbaban.

Se puede escribir con sangre
La historia de las desgracias
Que sufrió en largo camino
Esa legión mexicana.
Fueron desde Puebla al puerto
Como ilótas, como párias;
Sin alimentos ni abrigos,
Haciendo á pie las jornadas.

Metieronlos en los buques
Como si fueran en *trata*,
Durmiendo sobre cubierta
Expuestos al sol y al agua,
Y comiendo muchas veces

Galletas agusanadas,
Restos de las que las tropas
A Sebastopol llevaron.

Era de ver á los bravos
Cuyas frentes ostentaban
Las huellas de cien combates
Gloriosos para la patria,
Erguirse allí más que nunca,
Mudos como unas estátuas,
Con altivez soportando
Humillación tan nefanda.

Ellos que en la heroica Puebla
Con Zaragoza triunfaran,
Y que pocos meses antes
Invencibles les llamaban
Porfirio Díaz y Patoni,
Ghilardi, Negrete y Auza;
De pie sobre la cubierta
Sintieron brotar sus lágrimas,
Cuando al levantar los ojos
Hacia la extensión lejana,
Se les borró para siempre
El Pico del Orizaba.

En Francia los repartieron
Para distintas comarcas,
Exigiéndoles á todos
Bajo su honrada palabra,
No abandonar esos puntos
Mientras no se les mandara.
Trascurridos muchos meses
Sufriendo horribles desgracias,
Se les ofreció volverles
Su libertad y su patria,
Si juraban no hacer nunca
Contra los franceses armas.

Condición tan humillante
 Fué á cada cual presentada
 Por sorpresa, á un tiempo mismo,
 Con la ilusoria esperanza
 De que todos la admitieran
 En tan tristes circunstancias.
 Ciento trece se negaron
 A suscribir tal demanda,
 Y en vista de su entereza
 Se les dejó en tierra extraña,
 Sin ningunos elementos,
 Para aumentar sus desgracias.

En horas tan angustiosas,
 Mientras con dolor y rabia
 Ven que á la tierra nativa
 Los juramentados marchan,
 Los que quedan, se proponen
 Sintiendo oprimida el alma,
 Con su personal trabajo
 Ganarse la vida honrada,
 Y un grupo parte contento
 A una tierra hospitalaria,
 Que tiene su fé y su lengua,
 A la generosa España,
 De la cual, de pronto elijen
 Las Provincias Vascongadas.

**

Entre las revueltas ondas
 De un golfo de azul y plata,
 Como reina del Océano,
 "San Sebastián" se adelanta,
 Semejando ante el viajero
 Inmensa gaviota blanca,
 Que en los movibles cristales
 Su limpio plumaje baña.

No hay playa tan pintoresca
 Como aquella extensa playa,
 Do el *lamboril* y el *zortzico*
 Pueblan de notas las auras.
 Tierra de los robredales,
 Región heroica y sagrada,
 Que riegan de *sagardúa*
 Las simbólicas manzanas.

Región de hechiceros valles
 Que los trigales esmaltan,
 Y donde pintados pájaros
 A la libertad ensalzan.

Quiero que mi canto llene
 Tus horizontes sin mancha,
 Que flote entre las neblinas
 Que coronan tus montañas;
 Que se mezcle á los rumores
 De tus vistosas cascadas,
 Y que perturbe el silencio
 De tus campos, donde vaga
 El melódico cencerro
 De tus ubérrimas vacas.

Porque te lleva mi canto
 La gratitud de las almas,
 Por haber sido tan noble
 Acogiendo hospitalaria,
 A los soldados proscritos
 De mi idolatrada patria,
 Dándoles hogar, trabajo,
 Amparo y amistad santa.

¡Oh San Sebastián! ¡oh perla
 De la región Vascongada!
 Por tus calles y jardines,
 Por tus parques y tus plazas,

Llevan mis versos un eco
De gratitud mexicana,
Y acójele, como todo
Lo noble que va á tus playas.

Por la vistosa ladera
Del monte que *Urgull* se llama,
Los oficiales proscritos
Ván subiendo una mañana,
Y al castillo de la *Mota*
Silenciosos se adelantan.
Buscan al jefe que tiene
Las obras encomendadas,
Y que si mal no recuerdo
Era el Coronel Esparza.

Al mirarlo, *Montesinos*
Le dirige estas palabras:
— “Todos somos oficiales
“De las tropas mexicanas
“Que combatieron sin tregua
“La injusta invasión de Francia
“Y que ya rendida Puebla,
“Después de romper las armas,
“Nos trajeron deportados
“Y por larga temporada
“Nos han sometido á todas
“Las pruebas de la desgracia.
“Por condición nos pusieron
“Para volver á la patria,
“Reconocer al imperio
“Y nunca tomar las armas.
“Al rechazar tal propuesta,
“Quedamos en tierra extraña,
“Sin la limosna humillante

“Que como sueldo nos daban,
“Y hemos venido resueltos,
“A la generosa España,
“A buscar con el trabajo
“Una subsistencia honrada.
“Recibidnos de albañiles,
“Pues las fuerzas no nos faltan,
“Y podemos cargar piedras
“Los que cargamos espadas.
“Solo trabajo y salario
“Los que aquí véis, os demandan
“Y por ello os anticipan
Señor Coronel, las gracias.”

Con lágrimas en los ojos
Repuso al instante Esparza,
“Contad todos con trabajo,
“Que la obra es grande y va larga;
“Una condición impongo,
“Que no ha de ser rechazada:
“Que los nuevos albañiles,
“Que vienen á honrar su patria,
“Dando á la vez un ejemplo
“Al mundo entero y á España,
“Han de comer en mi mesa
“Y han de dormir en mi casa.”

Y desde aquellos instantes
Con la pica y con la pala,
Se ganaron el sustento,
Y aliviaron su desgracia,
Los que más tarde tornaron
Para defender su causa,
Y para salvar con Juárez
La bandera de la patria.

Y cuentan que las más bellas
Y alegres Guipuscoanas,

Mientras vieron trabajando
 A aquellas gentes honradas,
 Cuando entraban y salían,
 Por la tarde y la mañana,
 Con sonoros tamboriles
 Al pasar los saludaban,
 Echando á su paso flores
 Por ellas mismas cortadas.

El castillo de la Mota
 Aún conserva en su muralla,
 En las trabas esculpido
 Con menudas piedras blancas,
 Nombres y fechas que forman
 En la historia de mi patria
 La prueba más elocuente
 De honradez y de constancia
 De sus soldados proscritos
 En épocas muy aciagas.

Marzo de 1893.

GENERAL JOSE M^a PATONI.

(13 de Marzo de 1863).

Tras las reñidas acciones
 Que se libraron en Puebla
 Por los hijos de Toluca,
 Monterrey y Zacatecas,
 De Veracruz y Oaxaca,
 Michoacán y la Frontera
 Y de todos los Estados
 Que de la patria en defensa
 Se afanan por distinguirse
 En libertar su bandera;
 Acalláronse los fuegos,
 Por una especie de tregua,
 Hasta que el *trece de Marzo*
 El cañón francés resuena
 Amagando con sus tiros
 Nuestras rudas fortalezas.

A los primeros disparos,
 Junto á González Ortega
 Llega el General Patoni,

Y pide que le conceda
 Salir en esos momentos
 De la línea de defensa,
 Y reconocer el campo
 Do el enemigo se encuentra.
 Se le concede el permiso;
 Patoni al punto se aleja
 Con las tropas de Durango
 Y Chihuahua, hasta que llega
 A tocar de los franceses
 Las más cercanas trincheras.
 Al mirarlo, el enemigo
 Ardiendo en cólera inmensa,
 Con una lluvia de balas
 A sus soldados anega.
 Los nuestros no retroceden,
 Con más bravura pelean,
 Y aunque sus compactas filas
 El invasor pronto diezma,
 Tras de montones de muertos
 Audaces se parapetan,
 Entusiasmados mirando
 Que Patoni á la cabeza,
 Estudia las posiciones,
 Mide las contrarias fuerzas,
 A las cuales desaloja
 De sus mismas paralelas,
 Y cuando ya ha terminado
 La misión que allí lo lleva,
 Vuelve alegre y satisfecho
 Con los pocos que le quedan,
 Y entre gritos de entusiasmo
 Entra en la ciudad de Puebla.

Fué un alarde de bravura,
 Un arranque de fé ciega,
 Con el cual nuestros soldados

Conquistaron gloria eterna.
 Patoni que los condujo
 Y en la lucha los alienta,
 Era un soldado arrogante,
 De poblada barba negra,
 De ojos brillantes y vivos,
 De distinguidas maneras;
 En el vestir elegante,
 Erudito en la elocuencia,
 En el estrado una dama
 Y en el combate una fiera.

Después de ese triunfo hermoso
 Que le dió renombre en Puebla,
 Cuando el Imperio domina
 Con extrañas bayonetas,
 De Cuauhtemoc y de Juárez
 La rica y heroica tierra,
 Fué Patoni á Sinaloa,
 Y allí en "*El Fuerte*," renueva
 Sus ejemplos de bravura,
 Pues con muy escasas fuerzas,
 A franceses é imperiales
 Con su limpia espada ahuyenta.

Héroe que cruzaste el mundo
 Como fugitiva estrella,
 Siempre envolviendo tus rayos
 Con tu natural modestia,
 Si tan solo sinsabores
 Hallaste sobre la tierra,
 Y si al morir perdonaste
 Toda herida y toda ofensa,
 En el altar de la historia
 Donde sin mancha te elevas,
 Los que conocen tus hechos
 Con el alma te veneran,

Y á la vez que ante sus hijos
 Como un ejemplo te muestran
 Cubren con palmas y lauros
 Tu martirio y tu grandeza.

Marzo de 1893.

INDICE.

| | page |
|---------------------------------------------------------------|------|
| AL LECTOR | III |
| Colón é Isabel. | 1 |
| Hidalgo. | 8 |
| La Victoria de Tampico | 9 |
| De Marinero á Trapista. | 13 |
| Ni el Nombre ni el Oficio. | 19 |
| La Pierna de su Alteza. | 23 |
| Recuerdos de un Veterano. | 29 |
| En Churubusco. | 43 |
| Los Fueros del Valor. | 46 |
| Riverita | 52 |
| Santos Degollado. | 55 |
| Leandro Valle. | 58 |
| Aquiles Collín. | 64 |
| Terán y Maximiliano. | 68 |
| Comonfort. | 73 |
| Tomás Mejía. | 79 |
| Xochiapulco. | 86 |
| La Corte Marcial. | 92 |
| A media noche. | 98 |
| La heroína del dolor. | 109 |
| El prisionero de Papazindan. | 120 |
| El tordo. | 132 |
| ¡Primero es la Patria! | 136 |
| El canje de prisioneros, primera parte. Los dos padres. . | 141 |
| El canje de prisioneros, segunda parte. Belgas y mexicanos. . | 152 |

| | Págs. |
|-------------------------------------------------------|-------|
| Los mártires de Uruápam..... | 160 |
| El centinela..... | 170 |
| Heroísmo mexicano..... | 175 |
| Una respuesta de Miramón..... | 180 |
| El último puesto..... | 182 |
| Maximiliano..... | 184 |
| Pensador y héroe..... | 192 |
| Recuerdos de Mayo..... | 196 |
| El grito de independencia..... | 200 |
| ¡Patria!..... | 204 |
| A Juárez..... | 211 |
| Margarita Maza de Juárez..... | 215 |
| A los alumnos del Colegio Militar..... | 216 |
| Al "Blasco de Garay"..... | 223 |
| México y España..... | 226 |
| A México..... | 229 |
| ¡Por Consuegra! ¡Por España!..... | 234 |
| Al partir de España..... | 238 |
| A Veracruz..... | 240 |
| A Guadalajara..... | 243 |
| A Jalapa..... | 247 |
| En Jalapa..... | 250 |
| Coatepec..... | 255 |
| En la feria de Tlacotalpam..... | 258 |
| Al Papaloápam..... | 263 |
| En Tlacotalpam..... | 268 |
| Adios á Monterrey..... | 272 |
| En Coahuila..... | 275 |
| ¡Por el pueblo!..... | 279 |
| A Lerdo de Tejada..... | 282 |
| ¡Por la Frontera!..... | 283 |
| Al partir de Guadalajara..... | 285 |
| ¡Por la Caridad!..... | 288 |
| Al ahuehuete de Sta. María del Tule..... | 291 |
| En las ruinas de Mitla..... | 292 |
| In terra pax hominibus..... | 295 |
| Recuerdos..... | 297 |
| 11 de Abril..... | 300 |
| En Chapultepec..... | 303 |
| 5 de Mayo..... | 308 |
| Al Gral. Carlos Fuero..... | 313 |
| En los funerales del Gral. Jesús González Ortega..... | 316 |
| En memoria del Gral. Carlos Pacheco..... | 321 |
| A los alumnos del Colegio Militar..... | 325 |

| | Págs. |
|---------------------------------------|-------|
| A Vicente Riva Palacio..... | 329 |
| Gral. Ramón Corona..... | 330 |
| ¡Por los rurales!..... | 336 |
| ¡Por la independencia!..... | 339 |
| Un héroe de Sinaloa..... | 343 |
| ¡Fuego, Señor!..... | 348 |
| Al Maestro Ignacio M. Altamirano..... | 354 |
| Los peones de Mota..... | 358 |
| Gral. José M ^a Patoni..... | 365 |

BIBLIOTECA CENTRAL

BIBLIOTECA CENTRAL
L

PQ7297

.P48

L5

CAP.

15672

AUTOR

PEZA, Juan de Dios.

TITULO

8

